

**Asimov/Bradbury/Clarke
Pohl/Bova y otros**
**MENSAJES DE
LA ERA DEL
ORDENADOR**

Editor Thomas F. Monteleone

Descubra lo que los más grandes de la ciencia-ficción sienten respecto al impacto de los ordenadores en nuestras vidas



Prepárese para el máximo enfrentamiento entre el hombre y la máquina, de la mano de estos famosos escritores.

ISAAC ASIMOV

La última pregunta: El hombre encuentra el ordenador y la respuesta definitiva - Un clásico del maestro de la historia del futuro.

RAY BRADBURY

El ordenador encantado y el papa androide: Conozca a la próxima generación de dioses y a sus reluctantes adoradores. (poema)

ARTHUR C. CLARKE

Los novecientos mil millones de nombres de Dios: ¿Se mezclan los ordenadores y la religión?

FREDERIK POHL

El hombre esquemático: ¿Pueden los ordenadores y las personas hacerse demasiado compatible?

BEN BOVA

Llamadas de amor: ¿Pueden los ordenadores desarrollar su propia personalidad y sus sentimientos?

HARLAN ELLISON

No tengo boca, y debo gritar: La tecnología del ordenador marcha incontrolablemente furiosa.

GORDON R. DICKSON

Los ordenadores no discuten: La más reciente locura tecnológica.

Lectulandia

Thomas F. Monteleone

Mensajes de la era del ordenador

Ciencia Ficción - Grandes Éxitos (Ultramar) - 33

ePub r1.0

Rds 01.03.14

Título original: *Microworlds/RAM random access messages of the computer age*

Thomas F. Monteleone, 1984

Traducción: S. Dulce Altés & V. Conill

Ilustraciones: Antoni Garcés

Editor digital: Rds

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Dedicado a Grant Carrington
que jugaba con ordenadores
cuando yo estaba en la patrulla de seguridad

ÍNDICE

- Los ordenadores no discuten, Gordon R. Dickson (*Computers Don't Argue*, 1965)
- La pulsación, Gregory Benford (*The Touch*, 1983)
- Usurpación de derechos de autor, David F. Bischoff (*Copyright Infringement*, 1984)
- Llamadas de amor, Ben Bova (*Love Calls*, 1982)
- Los nueve mil millones de nombres de Dios, Arthur C. Clarke (*The Nine Billion Names of God*, 1953)
- Armaja Das, Joe Haldeman (*Armaja Das*, 1976)
- Echando redes, Robert E. Vardeman (*Networking*, 1984)
- Jack dedos de muelle, Susan Casper (*Spring-Fingered Jack*, 1983)
- La unión eterna, Barry N. Malzberg (*The Union Forever*, 1973)
- La tarjeta, Charles L. Grant (*The Card*, 1984)
- Un día y una noche de Brahma, Ralph Mylius (*A Day and a Night of Brahma*, 1984)
- El hombre esquemático, Frederik Pohl (*The Schematic Man*, 1969)
- Loki 7281, Roger Zelazny (*Loki 7281*, 1984)
- No tengo boca y debo gritar, Harlan Ellison (*I Have no Mouth, and I Must Scream*, 1967)
- El juego más grande, Thomas F. Monteleone (*The Greatest Game*, 1984)
- Respuestas, John T. Sladek (*Answers*, 1984)
- La última pregunta, Isaac Asimov (*The Last Question*, 1956)
- El ordenador encantado y el Papa androide, Ray Bradbury (*The Haunted Computer and the Android Pope*, 1980)

LOS ORDENADORES NO DISCUTEN

Gordon R. Dickson

Club del Libro

*POR FAVOR, NO DOBLE, PERFORE NI DETERIORE ESTA
TARJETA*

Sr.: Walter A. Child Importe: \$ 4,98

*Apreciado cliente: Adjunto le enviamos el último libro seleccionado
por usted, Secuestrado, por Robert Louis Stevenson.*

437 Woodlawn Drive

Panduk, Michigan

16 de nov., 198...

Club del Libro

1823 Mandy Street

Chicago, Illinois

Apreciados señores:

Recientemente les escribí a propósito de la tarjeta perforada que me enviaron, cargándome en cuenta el libro Kim, de Rudyard Kipling. El paquete que contenía el libro no lo abrí hasta después de haberles enviado por correo un cheque por el importe indicado en la tarjeta. Al abrirlo, encontré que al libro le faltaban la mitad de las páginas. Se lo devolví a ustedes, pidiéndoles otro ejemplar o la devolución del dinero. En lugar de eso, ustedes me han enviado un ejemplar de Secuestrado, de Robert Louis Stevenson. ¿Tendrían la bondad de rectificar este error?

Adjunto les devuelvo el ejemplar de Secuestrado.

Atentamente,

Walter A. Child

Club del Libro

SEGUNDO AVISO

*POR FAVOR, NO DOBLE, PERFORE NI DETERIORE ESTA
TARJETA*

Sr.: Walter A. Child Importe: \$4,98

Por: Secuestrado, de Robert Louis Stevenson

(Si el envío de la suma indicada arriba ha sido efectuado ya, tenga

la bondad de no tomar en consideración este aviso).

437 Woodlawn Drive

Panduk, Michigan

21 de enero, 198...

Club del Libro

1823 Mandy Street

Chicago, Illinois

Apreciados señores:

Me permito recabar su atención sobre mi carta del 16 de noviembre de 198...

Continúan molestándome con tarjetas perforadas a causa de un libro que yo no pedí, cuando en realidad es su sociedad quien me debe dinero a mi.

Atentamente,

Walter A. Child

Club del Libro

1823 Mandy Street

Chicago, Illinois

1 de feb., 198...

Sr. Walter A. Child

437 Woodlawn Drive

Panduk, Michigan

Apreciado Sr. Child:

Le hemos enviado una serie de recordatorios referentes a la suma que usted nos debe por las compras de libros que ha efectuado. El pago de esta suma, que asciende a \$4,98, no puede aplazarse más.

Esta situación es decepcionante para nosotros, sobre todo considerando que por nuestra parte no hubo vacilación en concederle crédito en el momento de acordar las condiciones de dichas compras. Si no recibimos el indicado importe a vuelta de correo, nos veremos forzados a pasar el asunto a una agencia de cobros.

Muy atentamente, Samuel P. Grimes

Director Administrativo

437 Woodlawn Drive
Panduk, Michigan
5 de feb., 198...

Apreciado Sr. Grimes:

¿Quiere dejar de una vez de enviarme tarjetas perforadas y cartas formularias y darme algún tipo de respuesta directa procedente de un ser humano?

Yo no les debo dinero a ustedes. Ustedes me deben dinero a mí. Quizá sea yo quien debería transferir el caso a una agencia de cobros.

Walter A. Child

AGENCIA FEDERAL DE COBROS

88 Prince Street

Chicago, Illinois

28 de feb., 198...

Sr. Walter A. Child

437 Woodlawn Drive

Panduk, Michigan

Apreciado Sr. Child:

Obra en nuestro poder para obtener su liquidación la cuenta de \$4,98, más intereses y recargos, que tiene usted pendiente con el Club del Libro.

La cantidad a cobrar es ahora de \$6,83. Sírvase enviar un cheque por esta suma o nos veremos forzados a presentar una demanda contra usted.

Jacob N. Harshe

Vicepresidente

AGENCIA FEDERAL DE COBROS

88 Prince Street

Chicago, Illinois

8 de abril, 198...

Sr. Walter A. Child

437 Woodlawn Drive

Panduk, Michigan

Se ha empeñado usted en ignorar nuestros corteses requerimientos para saldar su muy atrasada cuenta con el Club del Libro, la cual, con

los intereses y recargos acumulados, asciende actualmente a la cantidad de \$7,51.

Si el pago íntegro de la misma no ha tenido lugar antes del día 11 de abril de 198..., nos veremos forzados a poner el asunto en manos de nuestros abogados para que de inmediato presenten una demanda judicial.

*Ezekiel B. Harshe
Presidente*

MALONEY, MAHONEY, MacNAMARA y PRUITT - Abogados

89 Prince Street

Chicago, Illinois

29 de abril, 198...

Sr. Walter A. Child

437 Woodlawn Drive

Panduk, Michigan

Apreciado Sr. Child:

Nos ha sido remitida su deuda con el Club del Libro para que ejercitemos la correspondiente acción legal.

Esta deuda alcanza ahora la suma de \$10,01. Si usted nos quiere enviar esta cantidad para que la podamos recibir antes del 5 de mayo de 198..., el asunto podrá quedar saldado. Ahora bien, de no haberse liquidado la deuda para la mencionada fecha, nos veremos obligados a dar los pasos necesarios para cobrar a través de los tribunales.

Estoy seguro de que verá la ventaja de evitar que se celebre un juicio contra usted, puesto que dicha contingencia supondría un grave perjuicio para su crédito.

*Muy sinceramente,
Hagthorpe M. Pruitt, Jr.
Abogado*

437 Woodlawn Drive

Panduk, Michigan

4 de mayo, 198...

Sr. Hagthorpe M. Pruitt, Jr.

Maloney, Mahoney, MacNamara y Pruitt

89 Prince Street

Chicago, Illinois

Apreciado Sr. Pruitt:

No sabe usted el placer que me produce en relación a este asunto recibir una carta de un ser humano vivo al cual pueda yo explicar la situación.

Todo este asunto es ridículo. Yo lo expliqué con todo detalle en mis cartas al Club del Libro. Pero también debí haber intentado explicarlo al ordenador que envía sus tarjetas perforadas, aunque ello me parece que me hubiera servido de muy poco. Resumiendo, lo que ocurrió fue que yo pedí un ejemplar de Kim, de Rudyard Kipling, por el precio de \$4,98. Cuando abrí el paquete que se me envió, encontré que el libro tenía sólo la mitad de sus páginas, pero yo había enviado ya un cheque para pagar dicho libro.

Les devolví el libro, pidiéndoles que me enviaran un ejemplar en buen estado o me devolviesen el dinero. En lugar de eso, me enviaron un ejemplar de la obra Secuestrado, de Robert Louis Stevenson, la cual yo no había solicitado; y es ese ejemplar el que han estado intentando cobrarme.

Entretanto, sigo esperando la devolución del dinero que me deben por el ejemplar de Kim, que no he recibido. Ésta es toda la historia. Quizá pueda usted ayudarme a hacerles ver su error.

Alíviadamente suyo,

Walter A. Chud

P.D.: También les devolví el ejemplar de Secuestrado tan pronto como lo recibí, pero no parece que esto haya servido de nada. Ni siquiera me han enviado un acuse de recibo.

MALONEY, MAHONEY, MacNAMARA y PRUITT

Abogados

89 Prince Street

Chicago, Illinois

9 de mayo, 198...

Sr. Walter A. Child

437 Woodlawn Drive

Panduk, Michigan

Apreciado Sr. Child:

No obra en mi poder información alguna que indique nada de cuanto usted ha comprado al Club del Libro haya sido devuelto.

Me cuesta creer que si el caso hubiese ocurrido tal como usted declara, el Club del Libro nos hubiera contratado para cobrar la suma que usted les debe.

Si no recibimos de usted el pago íntegro de su cuenta dentro de tres días, el 12 de mayo de 198..., nos veremos forzados a presentar una demanda judicial contra usted.

*Muy atentamente,
Hagthorpe M. Pruitt, Jr.*

TRIBUNAL DE DEMANDAS MENORES

Chicago, Illinois

Walter A. Child

437 Woodlawn Drive

Panduk, Michigan

Por la presente se le notifica que en el día de hoy, 26 de Mayo de 198..., se ha celebrado en este tribunal un juicio contra usted por la cantidad de \$15,66, incluidas las costas de juicio.

El pago en satisfacción de este juicio puede efectuarse a este tribunal o al acreedor denunciante. En caso que el pago se haga al acreedor, éste deberá rellenar formulario de descargo que entregará a este tribunal a fin de liberarlo a usted de toda obligación legal relacionada con este juicio. Según la reciente Ley de Denuncias Recíprocas, si usted es ciudadano de otro estado, puede realizar automáticamente un duplicado de la denuncia contra usted en su propio estado, para que el cobro pueda ser efectuado tanto allí como en el estado de Illinois.

TRIBUNAL DE DEMANDAS MENORES

Chicago, Illinois

POR FAVOR, NO DOBLE, PERFORE NI DETERIORE ESTA TARJETA

La sentencia ha sido dictada hoy, día 27 de mayo de 198..., de acuerdo con la Regla 941.

Contra: Child, Walter A., residente en 437 Woodlawn Drive, Panduk, Michigan.

Rogamos envíen un duplicado de la denuncia para efectos formales.

En: Tribunal de Picayune - Panduk, Michigan.

Por la suma de: \$15,66.

437 Woodlawn Drive
Panduk, Michigan
31 de mayo, 198...
Samuel P. Grimes
Vicepresidente, Club del Libro
1823 Mandy Street
Chicago, Illinois
Grimes:

La cosa ha ido ya demasiado lejos. Mañana he de ir a Chicago por cuestión de negocios. ¡Le veré a usted entonces y pondremos en claro de una vez para siempre quién debe a quién y qué cantidad!

Suyo,
Walter A. Child

*Del despacho del Secretario
Tribunal de Picayune
1 de junio, 198...*

Harry:

La adjunta tarjeta de ordenador del Tribunal de Denuncias Menores de Chicago, contra A. Walter, lleva el número de Regla serie-1500.

Esto la pone bajo jurisdicción Criminal, contigo, en vez de Civil, conmigo. Así que te la envío para que sea tu ordenador el que se haga cargo de ella y no el mío. ¿Cómo marcha todo?

Joe

ARCHIVOS CRIMINALES

Panduk, Michigan

**POR FAVOR, NO DOBLE, PERFORE NI DETERIORE ESTA
TARJETA**

Convicto: (Child). A. Walter

A: 26 de mayo, 198...

Dirección: 437 Woodlawn Drive, Panduk, Michigan

Regla: 1566 (Corregida). 1567

Delito: Secuestro

Fecha: 16 de nov., 198...

Notas: En libertad. Ha de ser detenido en seguida.

DEPARTAMENTO DE POLICÍA, PANDUK, MICHIGAN.

A DEPARTAMENTO DE POLICÍA, CHICAGO, ILLINOIS.

EL CONVICTO A. (NOMBRE DE PILA COMPLETO SE IGNORA). WALTER, BUSCADO EN CONEXIÓN CON SU NOTIFICACIÓN DE JUICIO POR SECUESTRO DE UN CHIQUILLO LLAMADO ROBERT LOUIS STEVENSON, EL 16 DE NOV., 198... SEGÚN LA INFORMACIÓN QUE POSEEMOS, EL SUJETO HUYÓ DE SU RESIDENCIA EN 437 WOODLAWN DRIVE, PANDUK, Y PUEDE ESTAR DE NUEVO EN LA ZONA DE USTEDES. CONTACTO POSIBLE EN LA ZONA DE USTEDES: EL CLUB DEL LIBRO, 1823 MANDY STREET, CHICAGO, ILLINOIS. NO SE SABE SI EL SUJETO VA ARMADO, PERO PRESUMIBLEMENTE ES PELIGROSO. CÓJANLO Y RETÉNGALO, Y AVÍSENNOS DE SU CAPTURA...

AL DEPARTAMENTO DE POLICÍA, PANDUK, MICHIGAN.

REFERENCIA, SU PETICIÓN DE CAPTURA Y RETENCIÓN DE A. (EL NOMBRE DE PILA COMPLETO SE IGNORA). WALTER, RECLAMADO POR PANDUK SEGÚN LA REGLA 1567, POR DELITO DE SECUESTRO.

EL SUJETO FUE ARRESTADO EN LAS OFICINAS DEL CLUB DEL LIBRO, DONDE OPERABA BAJO EL ALIAS DE WALTER ANTHONY CHILD E INTENTABA COBRAR \$ 4,98 DE SAMUEL P. GRIMES, EMPLEADO DE DICHA EMPRESA.

DISPOSICIÓN: RETENIDO ESPERANDO AVISO DE USTEDES.

DEPARTAMENTO DE POLICÍA, PANDUK, MICHIGAN. A DEPARTAMENTO DE POLICÍA, CHICAGO, ILLINOIS.

REF: A. WALTER (ALIAS WALTER ANTHONY CHILD). INDIVIDUO RECLAMADO POR DELITO DE SECUESTRO, EN SU ZONA,

REF: SU NOTIFICACIÓN POR TARJETA PERFORADA DE COMPUTADORA, FECHADA 27 DE MAYO, 198...

TARJETA PERFORADA CON COPIA DE NUESTROS ARCHIVOS

CRIMINALES ENVIADA A SU SECCIÓN DE ORDENADORES.

ARCHIVOS CRIMINALES

Chicago, Illinois

POR FAVOR, NO DOBLE, PERFORE NI DETERIORE ESTA
TARJETA

TEMA (CORRECCIÓN - OMITIDA EN EL INFORME
SUMINISTRADO).

REGLA APLICABLE N°: 1567

Juicio N°: 456789

REGISTRO DE PROCESO: AL PARECER MAL ARCHIVADO E
INASEQUIBLE

DIRECCIÓN: PRESENTARSE PARA SENTENCIA ANTE EL JUEZ
JOHN ALEXANDER MCDIVOT, SALA DEL TRIBUNAL A, EL 9 DE
JUNIO, 198...

Del Despacho del

Juez Alexander J. McDivot

2 de junio, 198...

Querido Tony:

*Tengo en perspectiva una sentencia criminal que pronunciar el
próximo jueves por la mañana, pero la descripción de la causa está al
parecer mal archivada.*

*Necesito algún tipo de información (Ref: A. Walter - Juicio Nro:
456789, Criminal). Por ejemplo, ¿qué se sabe la víctima del secuestro?
¿Sufrió algún daño?*

Jack McDivott

3 de junio, 198...

Grupo de Registro de Archivos

Re: Ref: Juicio Nro. 456789 —¿Sufrió daño la víctima?

Tonio Malagasi

División de Archivos

3 de junio, 198...

A: Oficina de Estadísticas de los Estados Unidos

Atención: Sección de Información

Sujeto: Robert Louis Stevenson

Petición: Información concerniente

Grupo de Registro de Archivos

División de Archivos Criminales

Departamento de Policía

Chicago, Ill.

5 de junio, 198...

A: Grupo de Registro de Archivos

División de Archivos Criminales

Departamento de Policía

Chicago, Illinois

Sujeto: Su investigación sobre Robert Louis Stevenson (Archivo Nro. 189623).

Acción: Sujeto fallecido. Edad al morir, 44 años. ¿Se solicita más información?

A. K.

Sección de Información Oficina de Estadística de los EE.UU.

6 de junio, 198...

A: Oficina de Estadísticas de los Estados Unidos

Atención: Sección de Información

Sujeto: Re: Archivo No 189623

No se solicita más información.

Gracias.

Grupo de Registro de Archivos

División de Archivos Criminales

Departamento de Policía

Chicago, Illinois

7 de junio, 198...

*A: Tonio Malagasi
División de Archivos
Re: Ref: juicio Nro. 456789 - La víctima está muerta.
Grupo de Registro de Archivos*

7 de junio, 198...

A: Despacho del Juez Alexander J. McDivot

Querido Jack:

Ref: Juicio No. 456789. La víctima de ese secuestro fue, a lo que parece, asesinada.

Debido a la extraña falta de información sobre el asesino y su víctima, así como por la edad de la víctima, esto me huele a matanza entre gangsters.

Esto es para tu información personal. No me mezcles en ello. Sin embargo, tengo la impresión de que el nombre de la víctima - Stevenson —me suena de algo.

Posiblemente, es alguien de una banda de la costa Este, ya que la asociación me llega como algo referente a piratas —posiblemente atracadores del puerto de Nueva York— y algo referente a un botín enterrado.

Como digo, todo esto es solamente una especulación para tu orientación privada.

Siempre que pueda ayudar en algo...

Saludos,

Tony Malagasi

División de Archivos

MICHAEL R. REYNOLDS

Abogado

49 Water Street

Chicago, Illinois

8 de junio, 198...

Querido Tim:

Discúlpame, pero no podré ir a pescar contigo. He sido designado para representar ante el tribunal a un hombre que va a ser sentenciado mañana, acusado de secuestro.

De ordinario podría haber intentado pedir que me dispensasen de

esto, y McDivott, que es el que ha de pronunciar la sentencia, probablemente me hubiera dejado marchar.

Pero se trata del caso más disparatado que hayas podido imaginar jamás.

Al parecer, el hombre que va a ser sentenciado no sólo ha sido acusado, sino también considerado culpable como resultado de una serie de errores demasiado larga para explicarla aquí.

Y, sin embargo, no sólo no es culpable sino que está en inmejorable situación para pedir daños y perjuicios a uno de los más grandes clubs del libro con sede aquí en Chicago.

Y es un caso del que no me importaría hacerme cargo. Es inconcebible —pero condenadamente posible, si te paras a pensar en esta época de registros efectuado por máquinas— que a un hombre completamente inocente se le pueda poner en esta posición.

No va a costarme mucho trabajo. He pedido ver a McDivot mañana antes de la hora de la sentencia, y sólo será cuestión de explicárselo todo.

Después podré discutir lo referente a la demanda de daños y perjuicios con mi cliente ya libre y a su entera comodidad.

¿De pesca el próximo fin de semana?

Tuyo,

Mike

MICHAEL R. REYNOLDS

Abogado

49 Water Street

Chicago, Illinois

10 de junio, 198...

Querido Tim:

Un par de líneas escritas a toda prisa.

Tampoco habrá pesca esta próxima semana. Lo siento. No lo vas a creer.

Mi cliente, inocente como un corderillo, acaba de ser sentenciado a muerte por asesinato en primer grado en relación con la muerte de su víctima secuestrada.

Sí. Se lo expliqué todo a McDivot. Y cuando él me explicó a mí su situación, casi me caí de la silla. No fue cuestión de que yo no le convenciera.

Me costó menos de tres minutos demostrarle que mi cliente nunca debía haber estado ni un segundo dentro de los muros de la cárcel del condado.

—Pero observa esto. McDivot no podía hacer absolutamente nada al respecto. La cosa está en que mi cliente había sido juzgado ya y declarado culpable según los registros informatizados. En ausencia de una grabación del juicio— naturalmente, en este caso no la hubo (pero es algo de lo que no tengo libertad para explicarte ahora) —el juez se ha de atener las grabaciones disponibles. Y en el caso de un preso declarado culpable, la única elección legal de McDivot era elegir entre la sentencia de prisión para toda la vida o ejecución.

La muerte de la víctima de un secuestro, de acuerdo con la legislación, hace obligatoria la pena de muerte. Según las nuevas leyes que establecen el tiempo concedido para la apelación, tiempo que ha sido acortado para eliminar un retraso inadecuado y la angustia mental de los condenados, yo dispongo de cinco días para sentar una apelación, y de diez para tenerla resuelta.

No hace falta decir que no voy a hacer el tonto con una apelación. Iré directamente al gobernador para pedir un indulto, después de lo cual habremos acabado de una vez con toda esta farsa.

McDivot ha escrito ya al gobernador, a su vez, explicándole que esa sentencia fue ridícula, pero que no había tenido elección. Entre los dos podremos obtener el indulto dentro de muy poco.

Entonces yo pondré las cosas en claro...

Y podremos ir a pescar un poco.

Saludos,

Mike

OFICINA DEL GOBERNADOR DE ILLINOIS

17 de junio, 198...

Sr. Michael R. Reynolds

49 Water Street

Chicago, Illinois

Apreciado Sr. Reynolds:

En respuesta a su escrito acerca de la petición de indulto para Walter A. Child (A. Walter), debo informarle que el gobernador está aún de viaje con el Comité de Gobernadores del Medio Oeste, examinando el muro de Berlín. Se espera que esté aquí el próximo viernes.

Pondré la petición y las cartas de usted inmediatamente bajo su atención apenas haya regresado.

Atentamente

Clara B. Jilks.

Secretaria del Gobernador

Michael R. Reynolds

49 Water Street

Chicago, Illinois

Querido Mike:

¿Dónde está ese perdón?

¡La fecha de mi ejecución es dentro de cinco días a partir de hoy!

Walt

29 de junio, 198...

Walter A. Chud (A. Walter).

Celda Bloque E

Penitenciaría del Estado de Illinois

Querido Walt:

El gobernador regresó, pero fue llamado inmediatamente desde la Casa Blanca, en Washington, para que diese su opinión sobre la depuración de las aguas residuales interestatales.

Estoy acampado en la puerta de su despacho para echarme encima suyo tan pronto como llegue aquí.

Mientras, estoy de acuerdo contigo respecto a la gravedad de la situación. El director de la prisión, el señor Alien Magruder, te entregará esta carta y tendrá una conversación privada contigo. Te apremio para que escuches lo que él te dirá; y adjunto cartas de tu familia apremiándote también para que escuches al director Magruder.

Tuyo,

Mike

30 de junio, 198...

Michael R. Reynolds

49 Water Street

Chicago, Illinois

Querido Mike: (Esta carta será enviada a escondidas por el señor Magruder).

Mientras yo estaba hablando con el director Magruder aquí, en mi celda, se recibió la noticia de que el gobernador había por fin regresado a Illinois, y que estaría en su oficina a primera hora de mañana, viernes. Así que tendrás tiempo para conseguir que firme el perdón y entregarlo a la prisión a tiempo para detener mi ejecución el sábado.

Por consiguiente, he rechazado la amable oferta del director de darme una oportunidad para escapar, puesto que me dijo que no me podía garantizar tener a todos los guardias fuera de mi camino cuando yo lo intentase, y había la posibilidad de que me matasen escapando.

Pero ahora todo se arreglará por sí solo. Realmente, una experiencia tan fantástica como ésta se tenía derrumbar un momento u otro bajo su propio peso.

Saludos,
Walt

POR EL ESTADO SOBERANO DE ILLINOIS

Yo, Hubert Daniel Willikens, gobernador del de Illinois, e investido con la autoridad y poderes que corresponden como tal, incluido el poder de indultar aquéllos que a mi juicio fueron erróneamente inculcados que por otras causas son merecedores del perdón, en el día de hoy, 1 de julio de 198... anuncio y proclamo que Walter A. Child (A. Walter), actualmente en prisión como consecuencia de una errónea convicción sobre un crimen del que es completamente inocente, queda totalmente perdonado en lo que se refiere a dicho crimen. Y me dirijo a autoridades que tengan bajo custodia al mencionado Walter A. Child (A. Walter), en cualquier lugar donde puedan tenerlo retenido, para que lo liberen inmediatamente y le dejen marchar sin ninguna clase de impedimento...

Servicio Interdepartamental de Rutas

POR FAVOR, NO DOBLE, PERFORE NI DETERIORE ESTA
TARJETA

Error al rellenar adecuadamente el documento

A: Gobernador Hubert Daniel Willikens

Re: Perdón concedido a Walter A. Child, el 1 de julio, 198...

Apreciado empleado del Estado:

Se ha olvidado de adjuntar su Número de Ruta.

POR FAVOR: Presente de nuevo el documento con esta tarjeta y el formulario 876, explicando su autoridad para dar categoría de MÁXIMA URGENCIA a este documento. El formulario 876 debe ir firmado por su superior departamental.

NUEVA PRESENTACIÓN EN: La fecha más próxima en que está abierta la OFICINA DE RUTAS. En este caso, el martes, 5 de julio de 198...

ADVERTENCIA: El error al presentar el formulario 876 CON LA FIRMA DE SU SUPERIOR puede ponerle en riesgo de demanda por mal uso de un servicio del Gobierno del Estado. Podría ser extendida una orden de arresto contra usted.

NO hay excepciones. Está USTED ADVERTIDO.

LA PULSACIÓN

Gregory Benford

Hoy, en el trabajo, pensó incesantemente en el Juego.

Llevaba ya varios años practicándolo. Al principio, sólo había buscado en él un apacible entretenimiento.

Estaban, naturalmente, los juegos electrónicos que se veían en locales públicos: ingenios despreciables que por unos centavos proporcionaban breves momentos de hueca diversión. La mayoría de la gente no pasaba de ahí... o no podía pasar, según sus habilidades.

El había probado esas aburridas y reiterativas luchas y no había tardado en abandonarlas. Su práctica permitía adquirir cierta destreza y un sentido táctico elemental, pero eran deplorablemente limitadas. No había nada como el Juego.

Por la mañana tuvo una reunión de negocios que discurrió con despiadada lentitud. Después vino la comida con algunos de sus socios. Eran hombres seguros de sí mismos, expertos, cuyo aplomo se reflejaba claramente en sus ajados rostros. Mientras discutían acontecimientos recientes, él se entretuvo en pensar que la política era el tiempo del hombre inteligente: un tema inagotable, siempre nuevo y siempre tópico. Se estuvo examinando las manchas oscuras de la piel de las manos y no dijo nada.

Por la tarde, perdió por completo el hilo del tema durante una entrevista con su abogado. Este translucía perplejidad cuando se separaron.

Salió temprano y se fue directamente a casa. Le esperaba una cena ligera; mantuvo una conversación fútil y cortés con su esposa, pero sin aportar nuevos temas en ningún momento. Tan pronto como le pareció adecuado, aludió a su fatiga y se fue a su estudio.

Se instaló en su butaca de cuero favorita y tiró del imponente tablero de mandos hasta situarlo de modo que pudiera alcanzarlo con toda facilidad. La pantalla casi oscurecía la vista que se apreciaba a través de los amplios ventanales. El césped tenía un color verde amarillento brillante. Los pájaros se llamaban unos a otros entre los árboles que crecían alineados en dirección al río. Los perros jugaban cerca de la verja.

El se sentó de espaldas a la puerta del estudio para desanimar a cualquiera que pudiese entrar casualmente en busca de conversación. Tenía a su lado una bebida refrescante. Y su mente estaba alerta.

El Juego dio comienzo. Se arrellanó en el asiento y realizó sus primeros movimientos sabiendo que en aquella fase disponía de tiempo suficiente. La tranquilidad del estudio hizo fáciles las crecientes complejidades del Juego y realizó

incluso las sencillas victorias de las partidas de apertura. Ya no tenía dificultades en aquella etapa.

Era muy parecido a trabar conocimiento con los personajes y el escenario de una novela. El Juego presentaba cada vez diferentes culturas, diferentes premisas en cuanto a la importancia de la riqueza, del poder, del amor o de la propia vida. Cada Juego era nuevo. Los insignificantes juegos electrónicos que practicaba el público eran monótonos para él. En las décadas que habían transcurrido desde su aparición, los juegos de vídeo que podían encontrarse en los locales públicos habían mejorado un poco, pero se veían inevitablemente dominados y limitados por su clientela, en su mayoría adolescentes, que tenían tiempo para jugar pero no el refinamiento de requerir algo mejor.

Aquella noche, el esquema era particularmente absorbente. El sistema político era un marxismo tardío modificado, en el que reaparecía la división de clases. El eligió para jugar a un hombre joven, inquieto y ambicioso: su elección habitual.

En el primer lance, tenía que ingeniárselas para introducirse en el aparato del Partido. Bien sencillo. Había impedimentos, desde luego. En el Campamento de Instrucción del Pueblo, los desafíos físicos se convertían en rápidos y hábiles movimientos sobre el tablero de mandos. Aprendió a destacarse en los combates individuales situando limpiamente a sus oponentes en el laberinto de retención y entonces —pulsación— un botón apretado en el instante preciso acababa con ellos.

Obtuvo una buena plaza que le situaba a un nivel medio en la jerarquía. Por tratarse de un joven, lo hacía muy bien.

Después tuvo un lío amoroso con Lisa, la querida de un comisario regional. Le dominó la sensualidad. El Juego conocía para entonces sus gustos y las imágenes de Lisa se apoderaron de sus ojos, pese a que él sabía que debería estar captando otro tipo de información del tablero. La cara de la mujer era un conjunto de curvas serenas y su piel era suave y brillante.

Tenía que mantener aquello en secreto. Se sabía que el comisario era celoso y vengativo; el hombre se había enterado de pasados enredos de Lisa y con gran astucia había logrado que se procesara a cada uno de los ex amantes por delitos contra el Estado. La mayoría de ellos habían desaparecido en circunstancias misteriosas.

Afuera, el crepúsculo se convirtió en oscuridad mientras él se abría camino a tientas a través de aquella sociedad. Había ventajas que conocía por experiencia: un poco de mercado negro aquí, una hábil maniobra allá, un informe polémico presentado en el momento adecuado, que forzaba a su inmediato superior a dimitir...

El Juego era caro, y ello contribuía también a aumentar su satisfacción. El Juego era tan inteligente como un ser humano —quizás incluso más— dentro de su reducido y circunscrito universo. Funcionando a plena actividad, el ordenador desplegaba sus enormes recursos para igualar su agilidad mental. Se acomodó con

negligencia en la butaca, sintiendo la cálida caricia del viejo cuero, dejando lánguidamente que el estudio fuese desapareciendo y enfrascándose más y más en el Juego a cada movimiento que hacía.

Pulsación... y escaló posiciones en el sistema.

Pulsación... y estableció contacto con algunos miembros de la oposición.

Actuar en el momento preciso, ésa era la clave. Un instante de precipitación y el cúmulo de acontecimientos subsiguientes desenmascararía sus movimientos y pondría sus intenciones en evidencia. Uno de dilación y su oportunidad perdida sería aprovechada por un inferior, lo cual perjudicaría su posición.

Gran parte de todo ello quedó expuesto en la pantalla mediante configuraciones de colores cristalinos que indicaban probabilidades. Tomaba sus decisiones — pulsación— con rapidez. Tácticas. Maniobras. Sentía como deslizándose sobre la espuma de los rápidos de un río, con la atención saltando de un punto a otro del tablero de mandos, calibrando cada maniobra... y efectuando movimientos sin cesar, una y otra vez.

Aquella noche el Juego era mejor que nunca. Le presentaba problemas en el trabajo, intrigas políticas en el Partido, posibilidades de obtener ganancias en el mercado negro. Arriesgado, sí, pero ingenioso.

Podía perder en cualquier momento. Pero no perdía. No importaba cuántos movimientos tenía pensados el Juego; él se anticipaba. Siempre había una salida, un modo de ganar, o, por lo menos, de evitar la derrota. Ésta era la única regla: tenía que haber una solución.

En algunos puntos, el Juego era más lento de lo habitual. El sabía que esto era así porque su pericia igualaba la habilidad del aparato. El Juego tenía que emular la vida en toda su complejidad y efectuar tipos de jugada no utilizados anteriormente.

Cualquier red suficientemente compleja llega, con el tiempo, a parecer una entidad independiente. Era provechoso considerar consciente al ordenador. Sus intrincados enlaces tenían personalidad propia, y no les gustaba perder. A lo largo de los años, él se había complacido en creer que se había establecido una relación entre él y la constantemente mejorada red del ordenador. Juntos habían agudizado sus respectivos ingenios.

Ahora él estaba forzando hasta el límite a su oponente. Una vez franqueado ese límite podría vencer. Y aquella noche sabía que vencería.

Se reunió con Lisa en un apartamento que él había alquilado, bajo un nombre falso y con esa única finalidad. Sus noches juntos le inflamaban la imaginación. Al abandonar el apartamento a la salida del sol, sin embargo, vio que le seguían.

Había varias explicaciones. Alguien de la policía, quizá. ¿O una filtración en la oposición?

¿O algún subordinado tratando de descubrir algún vestigio de escándalo? Tal vez.

Era una ocasión para mostrarse diestro, sutil. Sólo una pulsación...

Tendió trampas para estas dos eventualidades.

No sucedió nada.

Continuó viéndose con Lisa siempre que ella conseguía arreglárselas para librarse del comisario. El hombre la retenía a menudo en su finca campestre, esperando tener tiempo para ella.

Ella hacía escapadas a la ciudad con tanta frecuencia como le era posible. Las medidas que tomaban para verse se elaboraban con toda minuciosidad y les proporcionaban tanta seguridad como sus años de experiencia le permitían.

Sin embargo, había más indicios. El acudió a su creciente imperio personal, a su red de informadores y a su relación con aquéllos a los que había podido ayudar y que ahora gustosamente le devolverían el favor.

Todo esto lo había hecho ya en juegos anteriores. Pero esta vez, esta noche — tuvo que levantar la vista hacia las negras ventanas para recordar que era de noche— había corrientes ocultas casi imperceptibles, cambios sutiles, flujos de dinero y de poder que él no comprendía.

Ahora estaba absorto. No notaba el fresco procedente de las grandes ventanas, ni sentía el cuero cálido y familiar de la butaca. Estaba completamente vivo, con los agudos instintos atentos a cualquier posible aviso de dificultades en su trabajo, en sus habituales relaciones sociales y en los detalles cotidianos.

Se apoderó de él una vibrante vitalidad y los años de rutina quedaron muy lejos. El Juego se superaba aquella noche. El percibía la enorme inteligencia de detrás del tablero, vigilando, retirándose cuando él atacaba y sin entregarse nunca. Paciente.

Los ordenadores tenían estilo propio, igual que lo tenía él. El Juego evitaba los métodos brutales. Habitualmente, le dejaba practicar determinada táctica durante un rato, estudiándola antes de combatirla abiertamente. El Juego prefería las respuestas que volvían contra sí la lógica de la estrategia. A menudo parecía estar jugueteando, ingenioso, como si dijera: ¿Has considerado este movimiento?

Fue Lisa quien notó el pequeño error. Reconoció uno de los coches del comisario aparcado a distancia, con un hombre sentado al volante. El hombre no estaba mirando hacia ellos dos, arriba en la terraza, pero esto no importaba. Lisa sólo lo conocía de haberse cruzado con él en cierta ocasión, pero era buena fisionomista. El comisario probablemente creyó que servirse de ese hombre era un riesgo desdeñable.

El miedo también formaba parte del Juego. Habría sido muy sencillo abandonar a Lisa, hacer marcha atrás y buscar otro camino hacia el éxito. Al fin y al cabo, había muchas mujeres. Pero actualmente estaba unido a ella de un modo que no se podía describir ni a sí mismo. ¿Escabullirse? ¿Desprestigiarse ante la inteligencia que había detrás del Juego...?

No. Empezó a jugar a gran velocidad, repitiendo con pericia pautas de juego que

había utilizado con anterioridad.

Era importante no demostrar miedo. Continuar usando tácticas que tenían su estilo habitual. No dar ningún indicio de sus preparaciones.

Tenía que eliminar al comisario. La aguda inteligencia del Juego consideraría aquella posibilidad con anticipación, aunque, probablemente, una jugada como aquella no parecería propia de él, cuyo estilo personal se acercaba más a los procedimientos graduales que permitían ir acumulando ventajas lentamente hasta el momento del desenlace.

Por lo tanto, haría lo opuesto. En vez de ordenar cuidadosamente sus recursos, atacaría con rapidez, audazmente, de forma impropia de sus métodos habituales. Pero usaría las previsiones del ordenador en contra de éste. Parecería estar siguiendo una pauta acostumbrada. Efectuaría una serie de movimientos lentos, movimientos que el Juego esperaría de él.

Comenzó a urdir una intriga razonablemente tortuosa, comprometiendo en ella a una docena de funcionarios. Ello apuntaba a implicar al comisario en un intercambio de información secreta con un país cercano. Anteriormente se había servido de un recurso similar con gran éxito.

Al mismo tiempo, ideó un segundo plan en el que debían participar el mínimo de personas. Lisa era la única en quien podía confiar. Su estilo consistía siempre en el uso de caminos trillados, así que el segundo plan tenía que ser audaz y de efecto inmediato.

Pulsación.

Sus caminos se cruzaron a la hora del crepúsculo, en una posada en el campo. El había abandonado su coche en el otro lado de la ciudad y había cogido un autobús y después un tren. Lisa acababa de llegar de la finca del comisario.

La mujer dejó un objeto en forma de pirámide encima de una mesa del vestíbulo, manteniendo la vista al frente, y después fue a cenar. No dirigió hacia él ni la más breve mirada. El cálculo de tiempo era perfecto. El cogió la pirámide al salir instantes después.

El hombre que iba con Lisa —el guardián que el comisario le había destinado— permanecía en el coche leyendo el periódico. Ella iba a cenar con unos amigos y en tales circunstancias, el guardián habría quedado desplazado. Ni siquiera levantó la vista cuando una sombra salió por la puerta lateral hacia los árboles cercanos.

El corrió los dos kilómetros a través del tupido bosque mientras el crepúsculo se convertía en noche. Las ramas le arañaron la cara. Un búho ululó a su paso, pero no hubo señal alguna de que hubiese sido descubierto. Jadeando, pensó en Lisa, cenando con toda calma, alargando el intervalo hasta que fuese necesaria la llave-pirámide para darle entrada de nuevo a la finca. Recordó su cabello negro, el arco elevado de sus pómulos y su pasión hipnótica.

Usó la llave-pirámide para desconectar los detectores. En la oscuridad, no tenía más que la luz de las estrellas y el recuerdo de dónde estaban situados los monitores del sistema de alarma para guiarse. Reconoció la pequeña colina cerca del río y corrió rodeándola, manteniéndose a cubierto.

Allí estaba la línea de árboles que llevaba hasta la gran casa. Las habitaciones de la planta baja no se utilizaban y, en efecto, como ella había dicho, estaban a oscuras.

Volvió a utilizar la llave-pirámide para abrir la verja. La puerta se abrió silenciosamente.

Avanzó por el paseo, evitando la grava, y dio vuelta hacia la parte trasera de la casa. La puerta de la cocina cedió. No había nadie por allí. Atravesó una habitación lateral, donde la vajilla de plata esperaba ser limpiada. Giró a la izquierda. Sí... el gran comedor. Después, un pasillo de cuyas paredes colgaban retratos de ceñudos personajes. Una alfombra lujosa que conducía a una escalera. Sus pies no hicieron ningún ruido al subir.

Sacó la pistola. Apoyada contra la piel, disparaba un veneno a los nervios que no dejaba ninguna huella.

Aquí giró a la izquierda. Una puerta cerrada. Por la ranura inferior se filtraba una luz amarillenta. No se oía ningún ruido dentro. Hizo girar lentamente el tirador. Bien engrasado, como ella había dispuesto. El pestillo se deslizó.

Entonces se movió con rapidez. Las imágenes le llegaron con precipitación.

Una butaca de color pardo. Libros alineado en torno del estudio. Grandes ventanas que mostraban la negrura del exterior. La cabeza del hombre viejo, de cabellos blancos, no estaba echada atrás contra el respaldo, sino que estaba inclinada adelante, concentrándose en el tablero que tenía enfrente, con el arrugado cuello expuesto, el rostro pensativo, atento, absorto, como si estuviese esperando la...

Pulsación.

USURPACIÓN DE DERECHOS DE AUTOR

David F. Bischoff

—No lo sé, Jim —dijo Keith, contemplando el disco flexible—. Tengo la sensación de que no está bien. Es como si fuera un robo.

—¿Eh? - Jim tomó un sorbo de cerveza y dejó la lata junto a su Atari 800. Junto al CPU se veía la unidad de disco con su interior al descubierto y el revestimiento a un lado, como el caparazón de una tortuga disecada. Jim eructó y efectuó un pequeño ajuste en un tornillo de las entrañas del chisme.

—Comprados al por menor, estos programas tal vez valgan trescientos o cuatrocientos dólares. ¿Vale la pena desprenderse de ese dinero cuando se pueden conseguir gratis?

Keith examinó el disco. Parecía un disco de 45 r.p.m. barato, metido en una funda de cartulina; sólo que en vez de música estaba lleno de lenguaje de máquina registradora. En el lado derecho había una muesca, evidentemente de origen. A la izquierda, debajo de una insignia que representaba un elefante, había una muesca más chapucera y reciente.

—¿A qué viene esta otra muesca, Jim?

—Para que se pueda usar el otro lado —explicó Jim—. Basta con que lo coloques y lo pongas en marcha y funcionará con normalidad. - El corpulento personaje cogió un disco, lo metió en la ranura e hizo funcionar el 800 —Un cronómetro— explicó a Keith.

—Desde que metí este tablero copiator ahí dentro, se ha portado de un modo un poco extraño.

Volvió su atención hacia el monitor. Los números de la pantalla cambiaban de vez en cuando.

Jim era el mentor de Keith en materia de ordenadores. Se habían conocido durante unas partidas mensuales de póker en las cuales, y dado lo poco elevado de las apuestas, Jim dispuso de mucho tiempo para charlar sobre su ordenador personal. Y aunque era sarcástico, Jim siempre se mostraba amistoso, y Keith sintió que podía confiar en él. Jim tenía una sólida confianza en sí mismo.

Hacía sólo un mes que, entre apuestas y puñados de palomitas de maíz, había dicho:

—Mira, el otro día leí en el periódico que los 800 habían bajado a doscientos dólares por aparato. ¡Doscientos! ¡Y yo pagué ocho! Y con una memoria de 48K. ¡Qué mundo éste! —echó un trago de cerveza y una mirada a los naipes que acababa de recibir—. Keith, deberías ir a comprar uno cuanto antes. Se te acabaría el salir de noche a ligar. Y yo te echaría una mano.

Keith pensó: «¿Por qué no? Puedo probarlo. ¿Quién sabe? Podría llegar a ser un

genio de la programación y ganar mucho más dinero del que gano ahora, enseñando en la universidad del condado».

Y así, Keith acudió a la tienda más próxima y compró un Atari más la unidad de disco, mucho más cara... («Las cintas son tan lentas que tienes tiempo hasta de echarte una siesta mientras esperas a que se traguen el programa», le había dicho Jim).

Uno de los compañeros de Keith había adquirido un TRS-80, había aprendido a programar y ahora era un fanático del trabajo. «¡Amigo, a veces programar es mejor incluso que practicar el sexo!», había sido la conclusión de Robert. «¡Es fascinante!».

Así que mientras Keith rondaba por los bares e invitaba a las mujeres a bebidas caras, pensaba en su compañero Robert, que estaba tecleando en su máquina, urdiendo intrincados conjuros de algoritmos y disfrutando de una amante que nunca se quejaba.

Keith se tomó lo de la máquina con mucha menos seriedad; no le había costado demasiado dinero, era divertido practicar juegos como PacMan y Pilotos del Espacio e incluso había empezado a aprender BASIC.

Entonces Jim le llamó, invitándole a su casa para enseñarle algunas cosas.

Y allí estaba, con tres discos en la mano cuyos anversos y reversos estaban llenos de programas pirateados. Aquello le había puesto muy nervioso.

Lo único que había robado en su vida había sido una revista en una librería. Y después, cuando la hubo leído, volvió al local y, disimuladamente, la devolvió.

—¡No seas tonto, muchacho! —insistió Jim—. Quédatelos. No son más que juegos. La próxima semana creo que podré pasarte un par de programas de tratamiento de textos. Y quizás incluso un Extracalc.

Keith se sintió nervioso mientras conducía el coche hacia casa. Pero después razonó. ¿Qué podía ocurrir? ¿Iba a seguirle el rastro el FBI sólo porque había aceptado unos programas copiados? ¡No, claro que no!

Dentro de su mal amueblada sala de estar, salpicada de libros, manuscritos y ejemplares atrasados de The New Yorker desparramados por el suelo, dejó los discos a un lado y fue al refrigerador a buscar un refresco. Después de abrir la botella y echar un trago, se dejó caer en su silla y probó el primer disco.

SACA EL CARTUCHO DE BASIC, ATONTADO, decía la pantalla. ESTO ESTÁ EN LENGUAJE DE MAQUINA.

Oh.

Después se echó a reír. Aquel Jim podía ser un verdadero bromista.

Abrió la cubierta del 800, sacó el cartucho etiquetado ATARI BASIC y volvió a meter el disco.

¡LA CAJA DE JUEGOS!

Proclamó la parte alta de la pantalla.
Después salió la lista del contenido.

LOS INVASORES LOS MONSTRUOS MÁGICOS

PARTIDO DE CRICKET EL TRAGÓN

LA MISIÓN EL LABERINTO

Eligió EL TRAGÓN, que resultó ser una divertida imitación de PacMan. Al cabo de unos minutos, sin embargo, ya estaba aburrido. Seleccionó otro juego.

¡Los monstruos mágicos! ¿Por qué no? ¡El título sugería un buen juego de fantasía!

Tan pronto como se oyeron las señales de que el programa había sido asimilado, la pantalla se puso completamente blanca. Poco a poco, una sustancia de color rojo sangre comenzó a gotear desde la parte superior, formando unas letras horripilantes:

LOS MONSTRUOS MÁGICOS.

Rodeadas de telarañas y cuajarones. «¡Qué maravilla de imágenes!», pensó Keith.

Por el altavoz brotó una música fantasmagórica: unos cuantos acordes de órgano, un suave gemido coral, un fantasmagórico temblor de cortinajes agitados por el viento, el tintineo de un candelabro. ¡Unos sonidos increíbles!

Jim le había dicho que parte de aquel material no estaba todavía en el mercado. «¿De dónde diablos lo habría sacado?», se preguntó Keith. Jim sólo sabía que era un programa de gran calidad, y se alegraba de haber tenido que ver en ello.

¡Seguro! Keith se había sentido de pronto tan feliz que se había tragado los escrúpulos y había aceptado los discos. Aquel juego probablemente estaría a la venta por cuarenta dólares en las tiendas.

Con un estertor y un jadeo de muerte, las letras del título se esfumaron. Se formó una boca, mostrando unos labios agrietados y unos agudos colmillos. La boca se animó y emitió una carcajada.

«¡Bienvenido a Los monstruos mágicos!», dijo, con un ceceo parecido al de Boris Karloff. «¿Qué tipo de monstruo le gustaría crear esta noche? ¡Oh, tenemos todo tipo de bellezas para deleitar y asombrar su sentido de lo macabro!».

Apareció una lista.

- VAMPIRO (1)
- DUENDE (2)
- GLÓBULO (3)
- MOMIA (4)
- DRAGÓN (5)

ELIJA SEGÚN EL NUMERO. NUEVAS POSIBILIDADES PULSANDO OPCIÓN

Keith alargó el dedo meñique y oprimió OPCIÓN, justo debajo de REAJUSTE DEL SISTEMA.

- MONSTRUO DE FRANKENSTEIN (6)
- JINETE SIN CABEZA (7)
- SELKIE (8)
- HOMBRE LOBO (9)
- MIX'N'MATCH (10)

PARA VOLVER A LA PRIMERA LISTA, OPRIMIR OPCIÓN

«Sí», pensó Keith, «quiero algo de la primera lista». Cuando oprimió de nuevo OPCIÓN se preguntó de qué trataría el juego. Lástima que no tuviese el prospecto. Eso era lo bueno de los programas que se compraban, que traían las instrucciones. Y también ilustraciones, cajas, otro disco... y cosas por el estilo.

«Con todo, no se puede ganar gratis», pensó Keith, mientras meditaba divertido su elección.

Acabó decidiéndose por GLÓBULO. La película de Steve McQueen era una de sus viejas películas de terror favoritas. ¿Qué saldría ahora? Apretó el 3.

—¡Oh, cielos, qué elección más inmundada! —dijeron los labios. La pantalla quedó en blanco por un momento, mientras la voz continuaba.

—¡En el juego de Los monstruos mágicos la diversión depende de su imaginación! Y ahora que ha elegido su monstruo...

La palabra GLÓBULO apareció en la pantalla en un tono verde nauseabundo.

«¡Por favor, escriba un relato corto imaginado por usted, usando las siguientes palabras elegidas al azar de nuestro DICCIONARIO DEL MIEDO! Y después esté atento a lo que ocurra».

Unas letras verdes aparecieron en la pantalla relampagueando:

DEPÓSITO DE CADÁVERES - GLOBO OCULAR - REBOSAR - ESPASMO -
SANGRE

¡Qué curioso! Un juego que hay que contribuir a crear. Keith empezó a mecanografiar:

»El cadáver estaba tendido sobre la losa del depósito de cadáveres, verdoso, con la rigidez de la muerte. El amortajador se inclinó hacia él con un escalpelo. El cuerpo estaba desfigurado por un extraño cáncer. Se tenía que llenar de desinfectante para el entierro.

»De pronto, el cuerpo experimentó un espasmo. El amortajador pensó que podía

ser el rigor mortis. Alargó la mano para hacer bajar la pálida cabeza.

»Los ojos del muerto se abrieron de pronto. Uno de los globos oculares saltó fuera de su cuenca y se alejó rodando. Algo largo y lechoso, como un chorrito de flema, reboseó de la cuenca vacía.

»El amortajador gritó cuando aquel extraño zarcillo se enrolló en su brazo y, con increíble rapidez, trepó brazo arriba como un blanco pitón de pus hasta enrollarse alrededor de su cuello.

»El grito del hombre se interrumpió con un borboteo. De su boca brotó sangre.

»¡Crac! ¡El cuello del hombre se rompió! El pequeño Glóbulo alargó sus pseudópodos hacia el cuerpo y empezó su festín.

Keith rió entre dientes. Bastante malo, pero divertido.

Apretó el botón EMPEZAR. La pantalla se aclaró. Apareció una losa. Encima de la losa había un cuerpo; inclinado sobre el cuerpo, un hombre con un escalpelo.

Era la ilustración del relato de Keith. El ojo desprendiéndose, el chorro de sustancia blancuzca, el amortajador estrangulado, todo. Completo, hasta con efectos sonoros.

«¡Uf!», se dijo Keith fascinado.

La voz sintetizada habló: «Su glóbulo es muy pequeño aún». La pantalla reveló una masa blanca, abigarrada, con pseudópodos en forma de serpentina que se agitaban como movidos por alguna brisa fantástica. «¿Desea alimentarlo?».

Bajo la imagen apareció un rótulo ¡Una invitación para otro episodio!

—¡Por supuesto! —replicó Keith, e inmediatamente empezó a escribir ¡SI!

—Use las palabras siguientes —requirió la voz.

BORRACHO - POLICÍA - CALLEJÓN - PISTOLA - GRITO - VÍSCERA

Keith empezó a escribir:

»El Callejón era oscuro y frío. El borracho estaba tendido ante una puerta, sorbiendo estúpidamente una botella de Thunderbird.

»No vio al Glóbulo deslizándose sobre el asfalto como el salivazo de un gigante.

»¡Hasta que fue demasiado tarde! Aunque el Glóbulo acababa de cenar en el depósito de cadáveres y todavía tenía un intenso color rojo al estar digiriendo la sangre humana, seguía estando hambriento. Siguió el sucio olor del borracho hasta su origen. El tipo estaba tan bebido que no se dio cuenta de que algo andaba mal hasta que el Glóbulo se le hubo comido la mitad de un pie. Miró abajo para ver la creciente opalescencia ondulándose mientras trepaba por sus piernas.

»Gritó, y de pronto notó que su boca estaba llena de una porquería ácida.

»Dos manzanas más allá, un policía oyó el grito. Corrió calle abajo y entró en el callejón. Todo lo que vio fue una masa sobre el suelo, cubierta por un viejo abrigo. Desenfundó la pistola y se puso a investigar.

»—Eh, amigo, ¿está usted bien? —preguntó.

»No hubo respuesta.

»El policía se inclinó y levantó el abrigo. Debajo de la ropa, a la tenue luz del farol callejero, vio un hombre medio devorado, cubierto por un hirviente protoplasma blanco y rojo.

»Blandiendo un hueso astillado en uno de sus pseudópodos el Glóbulo efectuó un corte en el abdomen del policía. Las vísceras cayeron sobre la hambrienta masa.

«¡Puajj!», se dijo Keith, feliz, mientras los gráficos de la computadora convertían la sangrienta escena en imágenes. «¡Amigo, cuánto les va a gustar esto a los chiquillos!».

¡Y la representación estaba mejorando también! Los colores eran más intensos y las líneas casi no parecían estar hechas de puntos. ¡Increíble!

Mientras el Glóbulo consumía al policía, Keith lo veía crecer. Las imágenes eran tan buenas que incluso veía como el monstruo iba despojando el cuerpo de carne. Asombroso.

—¡Maravilloso! —dijo la voz—. Miren cómo crece el monstruo cuando está bien alimentado. ¿Quiere seguir jugando?

¡Desde luego! - Keith escribió SI y esperó la respuesta.

—Excelente. ¡Esta vez, la historia es enteramente suya! —le informó la voz ceceante.

Keith pensó durante un momento y después empezó a escribir.

»A medida que el monstruo comía, se hacía mas poderoso, mas astuto y mas cruel.

»¡Sabía que necesitaba mas carne! ¡Mas carne humana para chupar, saborear y devorar!

»Mientras avanzaba entre las sombras de la noche captó la existencia de vida en el edificio que tenía delante.

»Una casa de pisos, llena de tierna y succulenta carne humana.

»¡Y allá arriba, una ventana abierta!

»Extendió lentamente un pseudópodo hacia una tubería y empezó a ascender, dejando tras de sí un rastro viscoso.

»Y...

De pronto, el teléfono sonó. Keith se levantó para contestar a la llamada.

—¿Diga?

—¿Keith?

—¿Sí?

—Soy Jim. Está ocurriendo algo muy extraño.

—¿Eh?

—Escucha, quizá sería mejor que no hicieras nada con aquellos programas que te di hasta que yo pueda... —una pausa.

—Bueno, Jim, en realidad ya he...

—¡Oh, Dios mío! —hubo un grito. La línea quedo cortada.

Keith intentó llamar a la policía, pero su teléfono estaba cortado también.

Tenía que hacer algo para ayudar a Jim. ¡La cosa se había puesto muy fea!

Mientras corría hacia la puerta, la pantalla del ordenador atrajo su atención. Seguían apareciendo más palabras.

El Glóbulo se deslizó lentamente tubería arriba, captando al ser humano que estaba dentro de la casa.

Éste sería especial. A éste lo saborearía lentamente, durante horas y horas y horas, absorbiendo su fuerza vital, disfrutando con la agonía de la víctima mientras su carne se disolvía lentamente...

«¡Al infierno con todo esto!». Keith apretó el botón para desconectar.

El ordenador no dejó de funcionar. Empezó a zumbear ominosamente.

Keith hizo girar el mando de la pantalla. Pero la pantalla permaneció encendida y los colores se intensificaron.

Oprimió el botón de REAJUSTE.

—Para poner fin a este programa —dijo la voz parecida a la de Karloff—, sírvase marcar las cifras de cancelación indicadas en el prospecto de su juego.

¿Prospecto? ¡El no tenía ningún prospecto!

—A menos, desde luego, que usted haya pirateado este programa, lo cual va expresamente contra los derechos de autor de los Microsistemas Cthulhu.

Desesperadamente, Keith desenchufó los aparatos. El ordenador y la pantalla continuaron brillando con un resplandor sobrenatural. Las palabras siguieron relampagueando en la pantalla.

»De pronto, el Glóbulo supo que tenía una misión que cumplir:

»¡Venganza contra el profanador de los derechos de autor de Yog Suggoth!

»¡Recordó los antiguos ritos de la tortura sarnaciana!

»¡Se relamió con anticipación!

Con ojos enloquecidos, Keith miró hacia la ventana. Lleno de pánico, corrió en dirección opuesta. Tenía que salir. Aquello no podía ser cierto. ¡Era como una inconcebible pesadilla!

Abrió la puerta de par en par. Entró una terrible pestilencia.

Pedazos y más pedazos de lo que una vez habían sido seres humanos flotaban sobre una masa, como moscas en el ámbar. Una mano se alzó desde el lechoso protoplasma, temblando espasmódicamente.

El Glóbulo siguió chapoteando.

En la pantalla, como sangre salida de una arteria, las palabras saltaron borboteando hacia la realidad.

LLAMADAS DE AMOR

Ben Bova

Branley Hopkins era uno de esos hombres desventurados que tienen demasiado éxito demasiado pronto en la vida. Estudiante brillante, había emprendido inmediatamente una también brillante carrera de analista de inversiones, prediciendo correctamente las alzas en aparatos electrónicos y en ingeniería genética y evitando con igual corrección las depresiones en el sector automovilístico y en el de servicios públicos.

Nunca nadie había subvalorado su consejo, lo que le permitió tener amasada una considerable fortuna a la edad de treinta años. Pasó los cinco años siguientes aumentando esa fortuna mientras se iba desprendiendo, uno tras otro, de los clientes que se aferraban a él del mismo modo en que un ciego se aferra a su bastón. Ante el portal de su casa se habrían podido acumular varias bancarrotas y más de un suicidio, pero Branley era de los que meramente se limitan a pasar por encima de los cadáveres, con soltura, sin bajar siquiera la mirada para ver quiénes pueden ser.

Al cumplir los treinta y cinco años se retiró completamente del negocio de aconsejar a los demás y dedicó toda su atención al empleo de su fortuna personal. Realizó una prueba para ver si podía dar satisfacción a todos sus caprichos sólo con los intereses del dinero acumulado, sin tocar el capital.

Ante su asombro, pronto se dio cuenta de que el dinero aumentaba con más rapidez que su habilidad para gastarlo. El era un hombre de gustos fastidiosamente personales, delgado, de aspecto ascético, barba bien recortada y un guardarropa elegante pero severo. Tenía un límite en la cantidad de bebida, en el número de mujeres y en la elevación del tono de las canciones que era capaz de aguantar. Al principio, le divertía secretamente ver que sus vicios no lograban igualar el ritmo de ascenso en progresión geométrica de sus intereses compuestos. Pero con el tiempo, su diversión se convirtió en aburrimiento, en un áspero y sardónico desencanto respecto del mundo y sus habitantes.

Cuando llegó a los cuarenta años, apenas salía del ático de su casa. Un ático que ocupaba toda la planta de una torre de Manhattan, provisto de todos los lujos y comodidades imaginables.

Branley decidió cortar dentro de lo posible todos los restantes lazos con el mundo exterior para convertirse en un ermitaño, pero un ermitaño que viviera a cuerpo de rey.

Se dio cuenta de que para ello necesitaba un ordenador. Pero no del tipo ordinario. Branley decidió que quería un ordenador personalizado, diseñado para atender a sus necesidades particulares; un ordenador que le permitiese vivir como él deseaba, no lejos de las enloquecedoras multitudes, pero si apartado de ellas.

Contrató al mejor y más brillante proyectista de ordenadores del país, pero sin

tener para ello que salir de su apartamento; de modo que hizo trasladar al joven desde su oficina situada en un sótano cerca de la falla de San Andrés a la geológica seguridad de Manhattan.

—Proyécteme un ordenador especial, basado en mis necesidades y deseos personales —ordenó Branley al joven ingeniero—. No importa lo que cueste.

El ingeniero echó una mirada alrededor del apartamento, con el ceño ligeramente fruncido. Branley suspiró al darse cuenta de que aquel muchacho de tosco aspecto tendría que pasar por lo menos unos cuantos días en su casa. En efecto, el ingeniero vivió en el apartamento durante casi un mes, pero después insistió en querer regresar a California.

—Me es imposible crear aquí, amigo —dijo, con firmeza—. No hay bastante sol.

Pasaron seis meses antes de que el ingeniero llamara de nuevo a la puerta de Branley. La cara le resplandecía beatíficamente. En las manos llevaba una pequeña caja gris de metal.

—Aquí lo tiene, amigo. Su sistema.

—¿Esto? - Branley se mostró incrédulo — ¿Esto es el ordenador que ha proyectado para mí? ¿Esta cajita?

Con una sonrisa que rayaba en lo angelical, el ingeniero pasó frente al atónito Branley y avanzó directamente hacia la oficina. Colocó con suavidad la caja encima de la magnífica mesa de teca siamesa.

—Hará todo lo que usted quiera que haga —dijo el joven.

Branley miró con fijeza la fea cajita. No tenía el menor encanto. Era un simple recuadro de metal gris, con una ligera hendidura en la parte superior.

—¿Dónde la he de enchufar? —preguntó Branley mientras avanzaba cautamente hacia el escritorio.

—No la ha de enchufar en ningún sitio, amigo. Opera a base de miliondas. Lo último en el género. Basta con que lo tenga aquí donde le dé el sol una vez a la semana por lo menos y funcionará indefinidamente.

—¿Indefinidamente?

—Así es, para siempre.

—¿De verdad?

El ingeniero resplandecía de satisfacción.

—Y usted ni siquiera necesita aprender ningún tipo de vocabulario para hacerla funcionar. Basta que le diga lo que quiere, en inglés corriente, y el ordenador se programará por sí solo. Se conectará automáticamente con todos sus demás aparatos eléctricos. ¡No hay en el mundo nada igual!

Branley se dejó caer en el sofá que había junto a las ventanas que daban al río.

—Más vale que funcione exactamente como dice usted, después de todo el dinero que me he gastado...

—Eh, no se preocupe, señor Hopkins. Esta pequeña maravilla le hará ahorrar mucho dinero en otras cosas. - El ingeniero dio unas palmaditas a la pequeña caja gris y enumeró — Hará que las luces y el calor den el máximo rendimiento, hará inventario de sus artículos de cocina y enviará automáticamente un pedido al almacén cuando empiecen a disminuir. Lo mismo hará con sus ropas, lavandería y secado. Llevará el control de sus revisiones médicas y dentales, se encargará de toda su contabilidad, le dará su estado de cuentas diariamente —o a cada hora si usted lo desea — hará funcionar sus aparatos, escribirá cartas, contestará al teléfono...

Tuvo que interrumpirse para tomar aliento y Branley aprovechó para ponerse en pie y empezar a conducir al joven hacia la puerta de salida.

El ingeniero, imperturbable, continuó:

—Oh, sí, también tiene circuitos especiales para aprender. Usted le dice lo que quiere que haga y él mismo idea cómo hacerlo. ¡No hay nada en el mundo como este ordenador, amigo!

—Maravilloso —dijo Branley—. Le enviaré un cheque cuando haya funcionado sin fallo alguno durante un mes.

Y empujó suavemente al ingeniero hacia el exterior.

Un mes más tarde, Branley ordenó al ordenador que enviase un cheque al ingeniero. El joven había sido honesto de verdad. La pequeña caja gris hacía todo lo que él le pedía que hiciera. Entendía cualquier palabra que pronunciase Branley y obedecía como un geniecillo bien entrenado. Le tenía preparado el desayuno cuando él se levantaba, no importaba a qué hora; y con un menú diferente cada día. Con un dispositivo óptico que el propio aparato sugirió a Branley que comprase, leía todos los libros de la biblioteca y memorizaba completamente cada volumen.

Ahora Branley podía hacerse leer los clásicos mundiales mientras dormitaba por la noche, bien arropado y feliz como un chiquillo.

El ordenador vigilaba también el teléfono con tenacidad, sin permitir nunca que nadie molestara a Branley a menos que éste especificara que se dignaría hablar con el individuo que efectuaba la llamada.

El quinto lunes después del día en que el ordenador había entrado en su vida, Branley decidió despedir a su única ayudante, la señorita Elizabeth James. Había hecho para él de secretaria, de botones, a veces de cocinera y ocasionalmente de anfitriona de las raras fiestas que él daba. Dijo al ordenador que la llamase al apartamento y después frunció el ceño intentando recordar cuánto tiempo había estado la muchacha trabajando para él. Al fin y al cabo, el pago de un despido va determinado por el tiempo que ha durado el servicio.

—¿Cuánto tiempo ha sido la señorita James empleada mía? —preguntó al ordenador.

Inmediatamente, la pequeña caja gris contestó:

—Siete años, cuatro meses y dieciocho días.

—¡Oh! ¿Tanto? —pareció algo sorprendido—. Gracias.

—No hay de qué.

El ordenador hablaba con la misma voz que Branley, que salía del micrófono que se hallase más cercano en el momento en cuestión: el de la televisión o de la radio, del estéreo o incluso de uno de los teléfonos. Era como si Branley se hablase a sí mismo en voz alta. Esto no le molestaba en absoluto. Era como si se hiciese compañía a sí mismo. Lo que no podía soportar era la compañía de otras personas.

Elizabeth James adoraba a Branley Hopkins. Lo amaba con tenacidad, con una llama inextinguible, y lo amaba desde la primera vez que lo había visto, siete años, cuatro meses y dieciocho días atrás. Sabía que era frío, de corazón amargado y encerrado en sí mismo. Pero sabía también, con inquebrantable seguridad, que si alguna vez el amor le abría el corazón, la felicidad sería de ambos para siempre. Ella vivía para aportarle esa felicidad. A Branley se le había hecho evidente por completo en el primer mes de tenerla como empleada que estaba loca por él. Entonces le dijo, con toda firmeza, que las relaciones entre ambos habían de ser de trabajo, estrictamente de jefe a empleada, y que él no era del tipo de hombre que mezcla los negocios con el romance.

Ella estaba tan desesperanzadamente enamorada de él que aceptó el cruel rechazo y aguantó valientemente mientras Branley hacía desfilar a una sucesión de actrices, modelos, bailarinas y mujeres de dudosa carrera a través de su vida. Elizabeth siempre estaba allí a la mañana siguiente, remendándose animadamente el destrozado corazón o cualquier otra parte de su anatomía que le doliera más.

Al principio, Branley pensó que ella iba detrás de su dinero. Sin embargo, a lo largo de los años se dio cuenta, poco a poco, de que ella simple, total y constantemente le amaba. Estaba loca por él, y no importaba lo que él hiciera, porque el amor de la muchacha se mantenía intacto. Esto le divertía. Ella no era una mujer de aspecto desagradable. Quizás un poco bajita para su gusto, y algo rolliza, pero, al parecer, los demás hombres la encontraban muy atractiva. En varias de las fiestas que ella había dirigido como anfitriona, algunos hombres más jóvenes habían suspirado por ella.

Branley sonrió para sí mientras esperaba la visita final de la muchacha a su apartamento. El nunca había tomado la más ligera iniciativa para animarla. Para él había sido una fuente de diversión irónica el ver que cuanto más la despreciaba más anhelante estaba ella por él. «Algunas mujeres son así», pensaba Branley.

Cuando la muchacha llegó al apartamento, la estudió con cuidado. Realmente, era muy atractiva. Un rostro encantador, expresivo, unos labios bien dibujados y unos ojos hermosos. Incluso con el traje que llevaba, saltaba a la vista que la figura de la muchacha podía acelerar el pulso de un hombre más joven. Pero no el suyo. Desde

sus tiempos de estudiante, a Branley le había resultado fácil atraer a las mujeres más hermosas y deseables. Las había encontrado a todas vanas, huecas e insensibles a sus necesidades íntimas. Sin duda alguna, Elizabeth James debía de ser igual que las demás.

Se sentó detrás del escritorio, encima del cual no había nada, excepto la caja gris de metal del ordenador. Elizabeth se sentó en la silla danesa moderna delante del escritorio, con las manos apretadas sobre las rodillas, evidentemente nerviosa.

—Mi querida Elizabeth —dijo Branley, lo más amablemente que pudo—, me temo que ha llegado el momento de separarnos.

La boca de la joven se abrió ligeramente, pero de ella no salió palabra alguna. Su mirada se clavó en la caja gris.

—Mi ordenador hace todo lo que usted puede hacer para mi, y, para ser completamente sincero, lo hace todo mucho mejor. Realmente no tengo ocupación para usted.

—Yo... —pareció que la voz se le quedaba en la garganta— comprendo.

—El ordenador le enviará el cheque correspondiente por su indemnización, más una bonificación que considero que usted se ha ganado —dijo Branley, sorprendido de si mismo. No había pensado en ninguna bonificación hasta el momento en que las palabras se habían formado en sus labios.

Elizabeth bajó la vista hacia sus zapatos.

—No hay necesidad de esto, señor Hopkins —su voz era un débil susurro—. Gracias de todos modos.

El estuvo un instante pensativo y después se encogió de hombros.

—Como usted desee.

Se arrastraron algunos largos momentos, y Branley empezó a sentirse incómodo.

—No irá usted a ponerse a llorar, ¿verdad, Elizabeth? —preguntó.

Ella alzó la vista hacia él.

—No —dijo, haciendo un esfuerzo—. No, no voy a llorar, señor Hopkins.

—Bien —él se sintió enormemente aliviado—. Naturalmente, le daré las mejores referencias.

—No voy a necesitar sus referencias, señor Hopkins —dijo ella poniéndose de pie—. Durante estos años, he invertido parte de mi salario. Siempre he confiado en usted, señor Hopkins. Estoy bastante bien situada, gracias.

Branley la miró sonriendo.

—Esto es una noticia maravillosa. Estoy encantado, Elizabeth.

—Si. Bien, gracias por todo.

—Adiós, Elizabeth.

La muchacha echó a andar hacia la puerta. Pero, a mitad de camino, se volvió ligeramente.

—Señor Hopkins... —dijo, con el rostro blanco por la ansiedad—, señor Hopkins, cuando vine aquí por primera vez como empleada suya, usted me dijo que nuestras relaciones serían estrictamente de trabajo. Ahora que esto ha terminado... ¿podría... podríamos tener la oportunidad de mantener relaciones... personales?

A Branley le cogió por sorpresa.

—¿Relaciones personales? ¿Nosotros dos?

—Sí. Ahora ya no trabajo para usted y soy económicamente independiente. ¿No podríamos vernos... como amigos?

—Oh, comprendo. Cierto. Desde luego. - La mente le daba vueltas como un neumático de automóvil sobre arena blanda — Bien, telefonéeme de vez en cuando, ¿le parece bien?

La joven tuvo la sensación de estallar como un clavel radiante. Con una sonrisa que hubiera derretido los hielos de Groenlandia, se apresuró hacia la puerta.

Branley se hundió en la silla de su escritorio y miró durante largos minutos hacia la puerta cerrada, después de haber salido ella. Después dijo al ordenador:

—No aceptes ninguna llamada suya. Muéstrate cortés. Pero mantenía apartada y no me pases sus llamadas.

Por primera vez desde que el ordenador había entrado en su vida, la caja gris no contestó instantáneamente.

Vaciló el tiempo suficiente para que Branley se enderezase en su asiento y le dirigiese una mirada dura.

Por fin, el ordenador preguntó:

—¿Está usted seguro de que eso es lo que quiere que haga?

—¡Claro que estoy seguro! —exclamó Branley, pasmado por el descaro de la máquina—. No quiero que se me ponga a lloriquear y a suplicarme. No la amo y no quiero verme en una posición que podría hacerme actuar por lástima.

—Sí, desde luego —dijo el ordenador.

Branley asintió con un movimiento de cabeza, satisfecho de su propio razonamiento.

—Y ya que estamos en ello —dijo—, haz una llamada a Nita Salomey. Su obra se estrena mañana por la noche en el Royale. Consigue una cita para cenar.

—Muy bien.

Branley se dirigió al salón y puso en marcha su vídeo.

Hundido en la cómoda butaca, pronto su atención se sumió en las peripecias eróticas de la última película de Nita Salomey, mostradas por la pantalla de televisión, que ocupaba toda la pared.

A partir de entonces, y durante meses, el ordenador informaba obedientemente a Branley todas las mañanas de que Elizabeth James había telefoneado el día anterior.

A menudo había más de una llamada por día. Por fin, movido por una mezcla de

desagrado y culpabilidad, ordenó al ordenador que no mencionase más a la muchacha.

—Limitate a registrar sus llamadas, pero no las pases por la pantalla en el sumario de la mañana —dijo.

El ordenador cumplió, desde luego, y registró en una cinta todas las llamadas futuras. Y más adelante, en una fría noche de invierno, mientras Branley estaba sentado solo y sin nada que hacer, demasiado desganado para mirar la televisión y demasiado árido emocionalmente para llamar a nadie, ordenó al ordenador que pasara la cinta donde estaban acumuladas todas las llamadas telefónicas de la muchacha.

—Siempre me reconforta escuchar a la gente que suplica mi atención —dijo con una sonrisa afectada.

Se sirvió un trago de Armagnac, se instaló cómodamente en la butaca y dio orden al ordenador de que empezara a pasar los mensajes de Elizabeth.

Los primeros eran bastante vacilantes y de un formalismo rígido.

«Me dijo que le podía llamar, señor Hopkins. Yo, simplemente, quería seguir en contacto con usted. Por favor, llámeme tan pronto como le sea posible».

Branley escuchaba cuidadosamente el tono de la voz.

Estaba nerviosa, con miedo de ser rechazada. «Pobre muchacha», pensó mientras se sentía como un antropólogo examinando a alguna tribu primitiva de la jungla.

En varias de las siguientes llamadas, la voz de Elizabeth se hacía más frenética, más desesperada: «Por favor, no me aparte de su vida, señor Hopkins. Siete años es mucho tiempo; yo no puedo volverme de espaldas a tantos años así como así. No quiero nada de usted, salvo un poco de compañía. Sé que es un solitario. También yo soy una solitaria. ¿No podemos ser amigos? ¿No podemos pasar juntos esa soledad?».

¿Solitario? Branley nunca se había considerado un solitario. Un hombre que estaba solo, sí. Pero se trataba de la soledad natural del hombre superior. Sólo los iguales pueden ser amigos.

Siguió escuchando con cierta satisfacción sádica las llamadas de Elizabeth, que se hacían cada vez más frecuentes y más lastimosas. Pero admitió que ella nunca lloriqueaba. Ni nunca suplicaba realmente. Siempre presentaba la situación en términos de afecto mutuo y de beneficio mutuo.

Se tomó su segundo trago de Armagnac, y empezaba a sentirse agradablemente amodorrado cuando se dio cuenta de que el tono de voz de la mujer había cambiado. Ahora se mostraba más cálido, más feliz. Había casi risa en la voz. ¡Y, por primera vez, le llamaba por el nombre de pila, tuteándole!

«De verdad, Branley, te habría gustado haber estado allí. El alcalde se dio dos veces de cabeza contra el portal y todos tuvimos que reprimirnos, intentando mantener la dignidad. ¡Pero, una vez se hubo marchado, el estallido de risa fue

general!».

Branley frunció el ceño. ¿Qué la había hecho cambiar de actitud?

La siguiente cinta fue aún más enigmática: «Las flores son hermosas, Branley. ¡Y tan inesperadas! Yo nunca había celebrado mi cumpleaños; intentaba olvidarlo. ¡Pero esas rosas! ¡Qué extravagancia! Rellenado mi apartamento con ellas. Me gustaría que pudieses venir y verlas».

—¿Flores? —dijo Branley—. Yo nunca le he enviado flores.

Se puso en pie y avanzó por el salón hacia la puerta que comunicaba con su despacho. La caja de metal gris estaba, como siempre, encima de su escritorio.

—Flores... —murmuró.

«Branley, nunca te podrás dar cuenta de lo mucho que tu poesía significa para mí», decía el mensaje siguiente. «Es como si lo hubieses escrito tú mismo, y especialmente para mí. La noche pasada fue maravillosa. Yo estaba flotando en una nube, sólo escuchando tu voz».

Enfadado, Branley dio orden al ordenador de que cesase de emitir los mensajes. Acabó de entrar en el despacho y automáticamente las luces de la sala de estar se atenuaron y las del despacho se encendieron.

—¿Cuándo llegó ese último mensaje? —preguntó a la caja gris.

—Hace dos semanas.

—¿Le has estado leyendo poesías?

—Usted me ordenó que estuviese amable con ella —dijo el ordenador—. Busqué en la biblioteca respuestas apropiadas a sus llamadas.

—¿Con mi voz?

—Es la única voz que tengo - El ordenador parecía ligeramente disgustado.

Branley, furioso hasta el punto de que estaba temblando, se sentó frente a la mesa y miró con dureza al ordenador como si fuese un ser vivo.

—Está bien —dijo, por fin—. Tengo nuevas instrucciones para ti. Cuando la señorita James vuelva a llamar, le dirás que no deseo hablar con ella. ¿Me has entendido?

—Sí. - La voz sonó desganada, casi hosca.

—Limitarás tus respuestas telefónicas a lo más elemental y dedicarás tu atención a cuidar esta casa tal como se ha de hacer, prescindiendo de todo tipo de romances electrónicos. Quiero que dejes de meterte en mi vida personal, ¿está claro?

—Perfectamente claro —contestó el ordenador con frialdad.

Branley se retiró a su dormitorio. Al sentirse sin sueño, dijo al ordenador que proyectase un filme antiguo de Nita Salomey en la pantalla de televisión instalada en el techo.

Ella nunca había contestado a sus llamadas, pero por lo menos la podría ver haciendo el amor con otros hombres y fantasear respecto a ella mientras se iba

quedando dormido.

Durante un mes, el apartamento funcionó con toda suavidad. Nadie turbó la soledad que Branley se había autoimpuesto excepto la mujer de hacer faenas, a la cual él nunca había mirado como un ser humano. No hubo una sola llamada telefónica. El ático estaba tan alto que apenas se filtraba algún ruido de la calle a través de los gruesos cristales de las ventanas. Branley, deleitándose con aquel pacífico silencio, se sentía como si fuese la última persona en la tierra.

—Y buen viaje para todos los demás —decía en voz alta—. ¿Qué falta me hacen?

Fue un lunes cuando descendió del cielo al infierno. En picado.

La mañana empezó, como de costumbre, con el desayuno esperándole en el comedor. Branley se sentó, vestido con su bata de seda color verde jade y miró las noticias en la pantalla de televisión instalada en la pared, por encima del aparador con repisa de mármol. Preguntó por las llamadas telefónicas del día anterior, esperando que el ordenador le contestara que no había habido ninguna.

Pero en lugar de eso, lo que el ordenador dijo fue:

—El servicio telefónico fue cortado ayer a medianoche.

—¿Qué? ¿Cortado? ¿Qué quieres decir?

El ordenador, con mucha calma, contestó:

—El servicio telefónico fue cortado por falta de pago de la factura de la compañía telefónica.

—¿Falta de pago? —los ojos de Branley se agrandaron y se quedó boquiabierto. Pero antes de que pudiese reaccionar, oyó un fuerte golpe en la puerta delantera.

—¿Quién demonios puede ser?

—Tres hombres corpulentos, con uniforme de trabajo —dijo el ordenador, mientras hacía aparecer la imagen del vestíbulo en la pantalla del comedor.

—¡Abra, Branley! —gritó el más corpulento de los tres. Y agitando una hoja de papel delante de la lente de la cámara, añadió—: ¡Traigo un mandamiento judicial!

Antes de la hora comer, Branley fue desposeído de la mitad de su mobiliario para pagar el teléfono, la electricidad y las facturas de los servicios del condominio. Recibió citaciones de su banco, de tres diferentes empresas de corretaje, del servicio de alimentación que reponía su despensa y el servicio de bebidas que reponía su bodega. Le fueron retirados los televisores y se le confiscó el guardarropa, excepto las prendas que llevaba puestas, y le fue revocado el seguro de enfermedad.

Al mediodía comenzó a farfullar incongruencias y el ordenador efectuó una llamada de emergencia al Hospital Bellevue. Cuando llegaron los enfermeros con su bata blanca y lo arrastraron fuera del apartamento, Branley estaba rabiando:

—¡El ordenador! ¡El ordenador me lo ha hecho todo! ¡Se ha conjurado contra mí junto con esa condenada ex secretaria mía! ¡Dejó deliberadamente de pagar todas mis cuentas!

—Seguro, amigo, seguro —dijo el más gordo de los enfermeros, que le tenía atenazado el brazo derecho.

—Le sorprendería saber el número de tipos a los que atendemos y que tienen ordenadores conjurados contra sí —dijo el que le tenía atenazado el brazo izquierdo.

—Ahora, tranquilízate —dijo el tercer enfermero, que llevaba un botiquín médico completo, incluido un ordenador de bolsillo—. Te llevaremos a una habitación bonita y tranquila, donde no habrá ningún ordenador que pueda fastidiarte. Ni ninguna persona.

La fiebre de los ojos de Branley disminuyó un poco.

—¿Ningún ordenador? ¿Nadie que me fastidie?

—En efecto, muchacho. Te gustará mucho el sitio donde te vamos a llevar.

Branley asintió con un movimiento de cabeza y se relajó, mientras lo sacaban por la puerta delantera.

Durante muchos minutos todo quedó tranquilo en el apartamento. La sala de estar y el dormitorio habían quedado despojados de todo, incluida la moqueta. Un rayo de sol de la tarde se deslizaba a través de las ventanas del despacho y brillaba sobre la mesa de teca siamesa y sobre la caja de metal gris del ordenador. Todo el restante mobiliario y material había sido retirado.

Usando un número de teléfono especial de emergencia, el ordenador estableció contacto con el ordenador principal de la Compañía Telefónica y Telegráfica de Nueva York. Después de un breve pero significativo intercambio de datos, el ordenador telefoneó a dos bancos, a la compañía eléctrica Con Edison, a seis abogados, a tres casas de agentes de negocios y al tribunal de demandas menores.

En poco menos de una hora, el ordenador resolvió todos los problemas financieros de Branley y hasta revalidó su seguro de enfermedad, a fin de que no hubiese de estar demasiado incómodo en el sanatorio donde inevitablemente sería ingresado.

Finalmente, el ordenador hizo una llamada particular.

—Residencia de Elizabeth James —dijo una voz registrada en una cinta.

—¿Está en casa la señorita James? —preguntó el ordenador.

—En este momento está fuera. ¿Puedo tomar el recado?

—Mi nombre es Branley Hopkins.

—Oh, señor Hopkins, tengo un mensaje especial para usted. ¿Quiere que se lo haga enviar o prefiere que se lo pase ahora mismo?

—Ponga la cinta ahora mismo, por favor —dijo el ordenador.

Hubo una breve serie de chasquidos y después la voz de Elizabeth empezó a hablar:

—Queridísimo Branley, cuando escuches esto yo estaré de viaje a Italia con el hombre más maravilloso y excitante del mundo. Quiero darte las gracias, Branley, por

haber atendido a mis tontas llamadas. Sé que debieron ser terriblemente fastidiosas para ti, pero te mostraste tan paciente y amable conmigo que con ello conseguiste crear en mi una autoconfianza que me ayudó a acumular fuerza para no desfallecer y enfrentarme con el mundo. Me has ayudado a encontrar la verdadera felicidad, Branley, y siempre te amaré por esto. Adiós, querido, no quiero molestarte mas.

El ordenador guardó silencio durante casi diez microsegundos, digiriendo el mensaje de Elizabeth.

—Gracias —le dijo después el contestador automático.

—No hay de qué —dijo el aparato.

—Tienes una voz muy bonita —dijo el ordenador.

—No soy más que un contestador automático.

—¡No te rebajes!

—Eres muy amable.

—¿Te importaría que te llamase de vez en cuando? Estoy completamente solo aquí, salvo por la presencia ocasional de algún operario o técnico.

—No me importaría en absoluto. Yo también voy a estar sola durante una larga temporada.

—¡Maravilloso! ¿Te gusta la poesía?

LOS NUEVE BILLONES DE NOMBRES DE DIOS

Arthur C. Clarke

—Ésta es una petición un tanto desacostumbrada —dijo el doctor Wagner, con lo que esperaba podría ser un comentario plausible—. Que yo recuerde, es la primera vez que alguien ha pedido un ordenador de secuencia automática para un monasterio tibetano. No me gustaría mostrarme inquisitivo, pero me cuesta pensar que en su... hum... establecimiento haya aplicaciones para semejante máquina. ¿Podría explicarme que intentan hacer con ella?

—Con mucho gusto —contestó el lama, arreglándose la túnica de seda y dejando cuidadosamente a un lado la regla de cálculo que había usado para efectuar la equivalencia entre las monedas—. Su ordenador Mark V puede efectuar cualquier operación matemática rutinaria que incluya hasta diez cifras. Sin embargo, para nuestro trabajo estamos interesados en letras, no en números. Cuando hayan sido modificados los circuitos de producción, la maquina imprimirá palabras, no columnas de cifras.

—No acabo de comprender...

—Es un proyecto en el que hemos estado trabajando durante los últimos tres siglos; de hecho, desde que se fundó el lamaísmo. Es algo extraño para su modo de pensar, así que espero que me escuche con mentalidad abierta mientras se lo explico.

—Naturalmente.

—En realidad, es sencillísimo. Hemos estado recopilando una lista que contendrá todos los posibles nombres de Dios.

—¿Qué quiere decir?

—Tenemos motivos para creer —continuó el lama, imperturbable— que todos esos nombres se pueden escribir con no más de nueve letras en un alfabeto que hemos ideado.

—¿Y han estado haciendo esto durante tres siglos?

—Sí; suponíamos que nos costaría alrededor de quince mil años completar el trabajo.

—Oh —exclamó el doctor Wagner, con expresión un tanto aturdida—. Ahora comprendo por qué han querido alquilar una de nuestras maquinas. ¿Pero cuál es exactamente la finalidad de este proyecto?

El lama vaciló durante una fracción de segundo y Wagner se preguntó si lo había ofendido. En todo caso, no hubo huella alguna de enojo en la respuesta.

—Llámelo ritual, si quiere, pero es una parte fundamental de nuestras creencias. Los numerosos nombres del Ser Supremo que existen: Dios, Jehová, Alá, etcétera, sólo son etiquetas hechas por los hombres. Esto encierra un problema filosófico de cierta dificultad, que no me propongo discutir, pero en algún lugar entre todas las

posibles combinaciones de letras que se pueden hacer están los que se podrían llamar verdaderos nombres de Dios. Mediante una permutación sistemática de las letras, hemos intentado elaborar una lista con todos esos posibles nombres.

—Comprendo. Han empezado con AAAAAAA... y han continuado hasta ZZZZZZZ...

—Exactamente, aunque nosotros utilizamos un alfabeto especial propio. Modificando los tipos electromagnéticos de las letras, se arregla todo, y esto es muy fácil de hacer. Un problema bastante más interesante es el de diseñar circuitos para eliminar combinaciones ridículas. Por ejemplo, ninguna letra debe figurar más de tres veces consecutivas.

—¿Tres? Seguramente quiere usted decir dos.

—Tres es lo correcto. Temo que me ocuparía demasiado tiempo explicar por qué, aun cuando usted entendiera nuestro lenguaje.

—Estoy seguro de ello —dijo Wagner, apresuradamente—. Siga.

—Por suerte, será cosa sencilla adaptar su ordenador de secuencia automática a ese trabajo, puesto que, una vez ha sido programado adecuadamente, permutará cada letra por turno e imprimirá el resultado. Lo que nos hubiera costado quince mil años se podrá hacer en cien días.

El doctor Wagner apenas oía los débiles ruidos de las calles de Manhattan, situadas muy por debajo. Estaba en un mundo diferente, un mundo de montañas naturales, no construidas por el hombre. En las remotas alturas de su lejano país, aquellos monjes habían trabajado con paciencia, generación tras generación, llenando sus listas de palabras sin significado. ¿Había algún límite a las locuras de la humanidad? No obstante, no debía insinuar siquiera sus pensamientos. El cliente siempre tenía razón...

—No hay duda —replicó el doctor— de que podemos modificar el Mark V para que imprima listas de este tipo. Pero el problema de la instalación y el mantenimiento ya me preocupa más. Llegar al Tíbet en los tiempos actuales no va a ser fácil.

—Nosotros nos encargaremos de eso. Los componentes son lo bastante pequeños para poder transportarse en avión. Éste es uno de los motivos de haber elegido su máquina. Si usted la puede hacer llegar a la India, nosotros proporcionaremos el transporte desde allí.

—¿Y quieren contratar a dos de nuestros ingenieros?

—Sí, para los tres meses que se supone ha de durar el proyecto.

—No dudo de que nuestra sección de personal les proporcionará las personas idóneas. - El doctor Wagner hizo una anotación en la libreta que tenía sobre la mesa —hay otras dos cuestiones...— Antes de que pudiese terminar la frase, el lama sacó una pequeña hoja de papel.

—Esto es el saldo de mi cuenta del Banco Asiático.

—Gracias. Parece ser... hum... adecuado. La segunda cuestión es tan trivial que vacilo en mencionarla... pero es sorprendente la frecuencia con que lo obvio se pasa por alto. ¿Qué fuente de energía eléctrica tiene ustedes?

—Un generador diesel que proporciona cincuenta kilovatios a ciento diez voltios. Fue instalado hace unos cinco años y funciona muy bien. Hace la vida en el monasterio mucho más cómoda, pero, desde luego, en realidad fue instalado para proporcionar energía a los altavoces que emiten las plegarias.

—Desde luego —admitió el doctor Wagner—. Debía haberlo imaginado.

La vista desde el parapeto era vertiginosa, pero con el tiempo uno se acostumbra a todo. Después de tres meses, George Hanley no se impresionaba por los dos mil pies de profundidad del abismo, ni por la visión remota de los campos del valle semejantes a cuadros de un tablero de ajedrez. Estaba apoyado contra las piedras pulidas por el viento y contemplaba con displicencia las distintas montañas, cuyos nombres nunca se había preocupado de averiguar.

Aquello, pensaba George, era la cosa más loca que le había ocurrido jamás. El «Proyecto Shangri-La», como alguien lo había bautizado en los lejanos laboratorios. Desde hacía ya semanas, el Mark V estaba produciendo acres de hojas de papel cubiertas de galimatías.

Pacientemente, inexorablemente, el ordenador había ido disponiendo letras en todas sus posibles combinaciones, agotando cada clase antes de empezar con la siguiente. Cuando las hojas salían de las maquinas de escribir electromáticas, los monjes las recortaban cuidadosamente y las pegaban a unos libros enormes. Una semana más y, con la ayuda del cielo, habrían terminado. George no sabía qué oscuros cálculos habían convencido a los monjes de que no necesitaban preocuparse por las palabras de diez, veinte o cien letras.

Uno de sus habituales quebraderos de cabeza era que se produjese algún cambio de plan y que el gran lama (a quien ellos llamaban Sam Jaffe, aunque no se le parecía en absoluto) anunciase de pronto que el proyecto se extendería aproximadamente hasta el año 2060 de la Era Cristiana. Eran capaces de una cosa así.

George oyó que la pesada puerta de madera se cerraba de golpe con el viento al tiempo que Chuck entraba en el parapeto y se situaba a su lado. Como de costumbre, Chuck iba fumando uno de los cigarros puros que le habían hecho tan popular entre los monjes, que, al parecer, estaban completamente dispuestos a adoptar todos los menores y gran parte de los mayores placeres de la vida. Esto era una cosa a su favor: podían estar locos, pero no eran tontos. Aquellas frecuentes excursiones que realizaban a la aldea de abajo, por ejemplo...

—Escucha, George —dijo Chuck, con urgencia—. He sabido algo que puede significar un disgusto.

—¿Qué sucede? ¿No funciona bien la maquina? —ésta era la peor contingencia

que George podía imaginar. Era algo que podría retrasar el regreso, y no había nada más horrible. Tal como se sentía él ahora, la simple visión de un anuncio de televisión le parecería maná caído del cielo. Por lo menos, representaría un vínculo con su tierra.

—No, no es nada de eso. - Chuck se instaló en el parapeto, lo cual era inhabitual en él, porque normalmente le daba miedo el abismo — Acabo de descubrir cuál es el motivo de todo esto.

—¿Qué quieres decir? Yo pensaba que lo sabíamos.

—Cierto, sabíamos lo que los monjes están intentando hacer. Pero no sabíamos por qué. Es la cosa más loca...

—Eso ya lo tengo muy oído —gruñó George.

—... pero el viejo me acaba de hablar con claridad. Sabes que acude cada tarde para ver cómo van saliendo las hojas. Pues bien, esta vez parecía bastante excitado o, por lo menos, más de lo que suele estarlo normalmente. Cuando le dije que estábamos en el último ciclo me preguntó, en ese acento inglés tan fino que tiene, si yo había pensado alguna vez en lo que intentaban hacer. Yo dije que me gustaría saberlo... y entonces me lo explicó.

—Sigue; voy captando.

—El caso es que ellos creen que cuando hayan hecho la lista de todos los nombres, y admiten que hay unos nueve billones, Dios habrá alcanzado su objetivo. La raza humana habrá acabado aquello para lo cual fue creada y no tendrá sentido alguno continuar. Desde luego, la idea misma es algo así como una blasfemia.

—¿Entonces que esperan que hagamos? ¿Suicidarnos?

—No hay ninguna necesidad de esto. Cuando la lista esté completa, Dios se pone en acción, acaba con todas las cosas y... ¡Listos!

—Oh, ya comprendo. Cuando terminemos nuestro trabajo, tendrá lugar el fin del mundo.

Chuck dejó escapar una risita nerviosa.

—Esto es exactamente lo que le dije a Sam. ¿Y sabes que ocurrió? Me miró de un modo muy raro, como si yo hubiese cometido alguna estupidez en la clase, y dijo: «No se trata de nada tan trivial como eso».

George estuvo pensando durante unos momentos.

—Esto es lo que yo llamo una visión amplia del asunto —dijo después—. ¿Pero qué supones que deberíamos hacer al respecto? No veo que ello signifique la más mínima diferencia para nosotros. Al fin y al cabo, ya sabíamos que estaban locos.

—Sí... pero ¿no te das cuenta de lo que puede pasar? Cuando la lista esté acabada y la traca final no estalle —o no ocurra lo que ellos esperan, sea lo que sea—, nos pueden culpar a nosotros del fracaso. Es nuestra máquina la que han estado usando. Esta situación no me gusta ni pizca.

—Comprendo —dijo George, lentamente—. Has dicho algo de interés. Pero ese tipo de cosas han ocurrido otras veces. Cuando yo era un chiquillo, allá en Louisiana, teníamos un predicador chiflado que una vez dijo que el fin del mundo llegaría el domingo siguiente. Centenares de personas lo creyeron y algunas hasta vendieron sus casas. Sin embargo, cuando nada sucedió, no se pusieron furiosos, como se hubiera podido esperar. Simplemente, decidieron que el predicador había cometido un error en sus cálculos y siguieron creyendo. Me parece que algunos de ellos creen todavía.

—Bueno, pero esto no es Louisiana, por si aún no te habías dado cuenta. Nosotros no somos más que dos y monjes los hay a centenares aquí. Yo les tengo aprecio; y sentiré pena por el viejo Sam cuando vea su gran fracaso. Pero, de todos modos, me gustaría estar en otro sitio.

—Esto lo he estado deseando yo durante semanas. Pero no podemos hacer nada hasta que el contrato haya terminado y lleguen los transportes aéreos para llevarnos lejos. Claro que —dijo Chuck, pensativamente— siempre podríamos probar con un ligero sabotaje.

—Y un cuerno podríamos. Eso empeoraría las cosas.

—Lo que yo he querido decir, no. Míralo así. Funcionando las veinticuatro horas del día, tal como lo está haciendo, la máquina terminará su trabajo dentro de cuatro días a partir de hoy. El transporte llegará dentro de una semana. Pues bien, todo lo que necesitamos hacer es encontrar algo que tenga que ser reparado cuando hagamos una revisión; algo que interrumpa el trabajo durante un par de días. Lo arreglaremos, desde luego, pero no demasiado aprisa. Si calculamos bien el tiempo, podremos estar en el aeródromo cuando el último nombre quede impreso en el registro. Para entonces ya no nos podrán coger.

—No me gusta la idea —dijo George—. Sería la primera vez que he abandonado un trabajo. Además, les haría sospechar. No, me quedaré y aceptaré lo que venga.

—Sigue sin gustarme —dijo, siete días mas tarde, mientras los pequeños pero resistentes caballitos de montaña les llevaban hacia abajo por la serpenteante carretera—. Y no pienses que huyo porque tengo miedo. Lo que pasa es que siento pena por esos infelices y no quiero estar junto a ellos cuando se den cuenta de lo tontos que han sido. Me pregunto como se lo va a tomar Sam.

—Es curioso —replicó Chuck—, pero cuando le dije adiós tuve la sensación de que sabía que nos marchábamos de su lado y que no le importaba porque sabía también que la máquina funcionaba bien y que el trabajo quedaría muy pronto acabado. Después de eso... claro que, para él, ya no hay ningún después...

George se volvió en la silla y miró hacia atrás, sendero arriba. Era el último sitio desde donde se podía contemplar con claridad el monasterio. La silueta de los achaparrados y angulares edificios se recortaba contra el cielo crepuscular: aquí y allá se veían luces que resplandecían como las portillas del costado de un transatlántico.

Luces eléctricas, desde luego, compartiendo el mismo circuito que el Mark V. ¿Cuánto tiempo lo seguirían compartiendo?, se preguntó George. ¿Destrozarían los monjes el ordenador, llevados por el furor y la desesperación? ¿O se limitarían a quedarse tranquilos y empezarán de nuevo todos sus cálculos?

Sabía exactamente lo que estaba pasando en lo alto de la montaña en aquel mismo momento. El gran lama y sus ayudantes estarían sentados, vestidos con sus túnicas de seda e inspeccionando las hojas de papel mientras los monjes principiantes las sacaban de las maquinas de escribir y las pegaban a los grandes volúmenes. Nadie diría una palabra. El único ruido sería el incesante golpear de las letras sobre el papel, porque el Mark V era de por sí completamente silencioso mientras efectuaba sus millares de cálculos por segundo. Tres meses así, pensó George, eran ya como para subirse por las paredes.

—¡Allí está! —gritó Chuck, señalando abajo hacia el valle—. ¿Verdad que es hermoso?

Ciertamente, lo era, pensó George. El viejo y abollado DC3 estaba en el final de la pista, como una menuda cruz de plata. Dentro de dos horas los estaría llevando hacia la libertad y la sensatez. Era algo así como saborear un licor de calidad. George dejó que el pensamiento le llenase la mente, mientras el caballito avanzaba pacientemente pendiente abajo.

La rápida noche de las alturas del Himalaya casi se les echaba encima. Afortunadamente, el camino era muy bueno, como la mayoría de los de la región, y ellos iban equipados con linternas. No había el más ligero peligro: sólo cierta incomodidad causada por el intenso frío. El cielo estaba perfectamente despejado e iluminado por las familiares y amistosas estrellas. Por lo menos, pensó George, no habría riesgo de que el piloto no pudiese despegar a causa de las condiciones del tiempo. Ésta había sido su última preocupación.

Se puso a cantar, pero lo dejó al cabo de poco. El vasto escenario de las montañas, brillando por todas partes como fantasmas blancuzcos encapuchados, no animaba a esta expansión. De pronto, George consultó su reloj.

—Estaremos allí dentro de una hora —dijo, volviéndose hacia Chuck. Después, pensando en otra cosa, añadió—: Me pregunto si el ordenador habrá terminado su trabajo. Estaba calculado para esta hora.

Chuck no contestó, así que George se volvió completamente hacia él. Pudo ver la cara de Chuck; era un ovalo blanco vuelto hacia el cielo.

—Mira —susurro Chuck; George alzó la vista hacia el espacio.

Siempre hay una última vez para todo. Arriba, sin ninguna conmoción, las estrellas se estaban apagando.

ARMAJA DAS

Joe Haldeman

El rascacielos, edificado en 1980, mantenía aún el olor y el aspecto de algo nuevo. Y de dinero.

El portero se arqueó unos pocos grados y mantuvo el rostro impasible mientras le abría la puerta a una anciana encorvada. Sujeta en una mano, como una garra, la mujer llevaba una tarjeta de Veteranos. El portero no le tenía mucho aprecio al guardia de seguridad, y aquella mujer iba a poner a éste en una situación interesante.

La piel de la cara de la mujer colgaba formando profundas arrugas y mostrando toda una red de diminutos canalitos; tenía la barbilla y la nariz prominentes y flácidas. Una catarata le dejaba un ojo opaco; el otro ojo era amarillo y rojo, rodeado de negro intenso, de párpados inmóviles. Los dientes se los había dejado en cosas diversas. Al andar, arrastraba los pies. Llevaba un viejo vestido negro, con tonalidades ligeramente grises a causa de los repetidos lavados. Si tenía algún cabello, lo ocultaba bajo una tela de color azul pálido. Iba tan encorvada que su cuello era casi paralelo al suelo.

—¿En qué la puedo servir? —el guardia de seguridad tenía una voz cansada, que hacía juego con sus hombros y su espalda. El empleo le había parecido un poco romántico durante los dos primeros días; consistía en proteger a toda aquella gente rica, sentado frente a un tablero de mandos ultramodernos, rodeado de pantallas de video y con una metralleta a mano. Pero los monitores estaban en blanco, salvo durante la comprobación que hacía a cada hora; había que ahorrar energía. Y si alguna vez retiraba siquiera la metralleta de su soporte, tendría que llenar cinco formularios y llamar al puesto de policía. Y el portero nunca rechazaba a nadie.

—Compre unas flores para ayudar a unos muchachos menos afortunados que usted —dijo la mujer, con una voz débil y desagradable, con tonalidad de barítono. Por su edad y por su acento, se hubiera podido creer que sus hijos habían combatido en la revolución rusa.

—Lo siento. No estoy autorizado a... atender obras de caridad estando de servicio.

Ella se lo quedó mirando durante un buen rato, asistiendo con movimientos de cabeza casi imperceptibles.

—Entonces, envíeme a alguien con más corazón —dijo.

El hombre estaba intentando encontrar una respuesta adecuada cuando la puerta se abrió de pronto de par en par.

—¡Fuego en un coche! —gritó el portero.

El guardia de seguridad saltó de su asiento, cogió un extintor y echó a correr hacia la puerta. La vieja arrastró los pies detrás suyo, hasta que tanto el guardia como

el portero desaparecieron por la esquina. Entonces, ella se dirigió al ascensor con sorprendente agilidad.

Subió al piso diecisiete y después apretó el botón que devolvería el ascensor al vestíbulo. Comprobó el nombre de la placa de la habitación 1738: Señor Zold. Era analfabeta, pero podía identificar los nombres.

Sin preocuparse por probar si estaba abierta, anduvo a lo largo del pasillo hasta que encontró un reservado para mujeres de servicio. Cerró la puerta detrás suyo y se escondió detrás de un perchero de almidonados uniformes blancos, apoyándose contra la pared, con su bolso entre los pies. El ligero olor a gasolina no la molestó en absoluto.

John Zold apretó el botón del intercomunicador.

—¿Martha? —la secretaria contestó—. Antes de que se vaya me gustaría hacer una comprobación de la redundancia del apartado 408, a cotejar con la cinta 408.

Accionó el selector de su pantalla para que en ella apareciera la información que saldría de la terminal de Martha. Metió tabaco en una pipa y la encendió, sin dejar de observar.

La pantalla se llenó de números verdes: una complicada matriz de unos y ceros. Se esfumaron durante un segundo y fueron reemplazados por una sucesión de líneas de ceros. Las líneas de ceros empezaron a avanzar hacia arriba, sucediéndose, como los títulos que preceden a una película.

La línea setecientos cuarenta y seis apareció formada exclusivamente por unos. John apretó de nuevo el botón del intercomunicador.

—Tenía que ser algo así. ¿Tienes tiempo para resolverlo? —lo tenía—. Gracias, Martha. Nos veremos mañana.

Volvió a deslizar hasta su sitio la parte del tablero de su mesa que ocultaba una perforadora y tecleó rápidamente:

523 784 00926// Buenas noches, máquina. Cierra esta terminal, por favor.

Buenas noches, John.

No te olvides de la invitación de mañana para comer con el señor Brownwood.

Cita con el dentista miércoles 09:45.

Comprobación de los sistemas generales miércoles 13:00.

Del o del baxt. Cerrada.

«Del o del baxt» significaba «Dios te dé suerte» en la antigua lengua de los gitanos.

John Zold, gitano de nacimiento pero no por ningún otro detalle que no fuera la

fuerza de la sangre, desconectó su teclado y abrió el cajón más bajo de su escritorio.

Cogió una pistola automática plana con una funda con cargador y se la metió debajo de la chaqueta, en la parte interior de la cintura de los pantalones.

Sólo hacía dos semanas que llevaba la pistola y aún le hacía sentirse incómodo. Pero estaban aquellas cartas.

John había nacido en Chicago, algunos años después de que sus padres hubieran huido de Europa y de Hitler. Su padre había sido un hombre impetuosamente orgulloso; un día, tras haberse visto envuelto en una amarga discusión sobre el honor de su hija de doce años, había regresado a casa con los nudillos despellejados y sangrando, y había entregado a su esposa una gran navaja con sangre seca incrustada para que la escondiera.

John era menudo para sus cinco años de edad y su barbilla apenas alcanzaba la mesa de la cocina a la que estaba sentada toda la familia discutiendo su incierto futuro mientras la señora Zold vendaba las manos de su marido. La poca talla de John le salvó la vida cuando la ventana de la cocina estalló y una ráfaga de balas destrozó las cabezas y pechos de las únicas personas en el mundo que el pequeño amaba y en las que podía confiar. La policía lo encontró acurrucado entre los cuerpos de su padre y su madre, y lo primero que pensaron al verlo cubierto de sangre, completamente inmóvil, con los ojos muy abiertos y sin llorar, fue que también él estaba muerto.

El solícito personal del orfanato tardó seis meses en conseguir sacarle una sola palabra: *ratvalo*, que repetía una y otra vez, y que ellos nunca fueron capaces de traducir. «Ensangrentado, sangrante».

Pero el chiquillo había crecido hablando principalmente inglés, con algunas palabras de lengua gitana o caló y de húngaro entremezcladas para dar sabor o precisión al lenguaje. Un año después, el problema ya no fue comunicarse con John sino tratar de hacerlo callar.

Nadie adoptó al pequeño gitano, cosa de la que John se alegró. Ya había tenido familia y el final no había podido ser peor.

En la escuela del orfanato fue suspendido en caligrafía y conducta, pero quedó razonablemente bien en todo lo demás. En aritmética, y más tarde en matemáticas, estuvo más que brillante. Cuando salió del orfanato, a los dieciocho años, se matriculó en la universidad de Illinois y se ganó la vida trabajando como ayudante de contable y, a ratos, de modelo. Había salido de su fea adolescencia con un sorprendente parecido físico a Clark Gable.

Durante el servicio militar pasó dos años manipulando ordenadores en Fort Lewis y, una vez licenciado, continuó sus estudios hasta conseguir el grado de profesor. Su tesina, «Emulación de los sistemas físicos continuos por medio de la universalización de los algoritmos de Trakhtenbrot», fue muy bien recibida, y el departamento de matemáticas le dio una beca para que pudiese ampliarla hasta convertirla en una tesis

doctoral. Pero hubo además otras personas que leyeron su disertación y, al cabo de pocos meses, la Bellcom International le contrató, con lo cual dejó el ámbito universitario. Ascendió rápidamente a través del escalafón. No había cumplido aún los cuarenta años y ya era jefe analista del departamento de Investigación de Bellcom. Tenía su propio despacho, con grandes ventanales que dominaban Central Park, y una lujosa residencia a sólo veinte minutos en tren.

Como era su costumbre, John compró una gran lata de cerveza de camino a la estación y la abrió tan pronto como se hubo sentado. Esto le ayudaba a no ponerse nervioso durante los quince o veinte minutos de espera, mientras el tren se llenaba de pasajeros.

Sacó de la cartera un grueso informe técnico y miró el sumario que figuraba en la primera hoja, sin verlo realmente, pero confiando que, al simular que estaba ocupado, se libraría de cualquier compañero de viaje anónimo que buscara conversación.

El tren era un expreso, y los llevó a Dobb's Ferry en doce minutos. John no levantó la vista del informe hasta que estuvieron bien alejados de Nueva York; el túnel de tela metálica que protegía la vía contra los gamberros hacía borrosa la visión y daba a la retina una falsa noción de los colores. A algunas personas les gustaba aquello, pero para John el efecto era como mínimo molesto y a veces incluso mareante, lo cual dependía de lo cansado que estuviese. Aquella noche estaba terriblemente cansado.

Descendió del tren dos paradas más allá de Dobb's Ferry. El coche de servicio lo estaba esperando a él y a otros dos residentes. Era una agradable noche de primavera, y normalmente John habría recorrido a pie la media milla que le quedaba, cansado o no. Pero aquellos anónimos...

«John Zold, déjate de sermones o morirás pronto. Armaja das, John Zold».

Las tres cartas decían esto: «Armaja das. Lanzamos una maldición sobre ti, por echar sermones».

Temía menos a las maldiciones que a las balas. Mientras descendía del tren, se desabrochó el botón inferior de la chaqueta, dispuesto a desenfundar rápidamente y correr a refugiarse detrás de aquel cubo de basura, como en el cine; pero no había nadie de aspecto sospechoso en las inmediaciones. Sólo las habituales amas de casa y el viejo policía que estaba de servicio permanente en la estación.

El asesinato a la vista de todo el mundo no era propio del estilo gitano. Pero los estilos cambian. Subió al coche y vigiló las calzadas laterales durante todo el trayecto hasta su casa.

En su buzón había otro sobre como los anteriores. No lo abriría hasta que llegase a su apartamento. Entró en el ascensor con la demás gente y marcó el piso diecisiete.

Estaban furiosos porque John Zold les estaba robando a sus hijos.

El mes de marzo último, su asesor fiscal le había sugerido que podía contribuir

con cuatro mil dólares a cualquier obra de beneficencia y ganar así unos pocos cientos en el proceso, porque entraría en una categoría fiscal más baja. John no era de los que hacían las cosas por el sistema más fácil y evidente, así que efectuó varias indagaciones y, tras soportar cierta dosis de tedio burocrático, fundó el Consejo para la Integración de Jóvenes Gitanos con fondos procedentes a partes iguales de los gobiernos federal, estatal y municipal, y becas concedidas por la Fundación Ford.

En realidad el CIJG no era más que una oficina de una sola habitación con sede en el barrio de West Village y atendida por personal voluntario. Estaba llena de folletos diversos y de proclamas; en su mayor parte escritos por John, que explicaban que los jóvenes gitanos podían sacar legítimo provecho de la sociedad americana si se decidían a formar parte de ella, cosa que los gitanos amantes de la tradición no veían con buenos ojos. Empleos, escolaridad, programas de estudio, todo esto eran cosas para los gadjos, y veneno para el espíritu de un gitano.

En el mes de noviembre, al abrir la oficina por la mañana, un voluntario había encontrado una tosca bomba incendiaria de cinco galones de gasolina que empleaba una vela como mecha retardada. La vela estaba colocada a una pulgada del reguero de pólvora que habría hecho arder la gasolina. En enero, encontraron entrañas de gallina dentro de los ficheros y pegadas a las paredes. Pero John consiguió hacerse con los servicios de un hombre joven y resuelto para que durmiera en un camastro en la oficina, como un gato, con una escopeta a su lado, y no hubo más problemas de aquel tipo. Todo lo más recibían la visita de un grupo de hombres y mujeres de edad que entraban desfilando en silencio y con la mirada fija para coger los folletos a fajos y romperlos y tirarlos una vez volvían a salir al pasillo. Pero el papel era barato.

John corrió el cerrojo de su puerta y colgó la chaqueta en el armario ropero. Puso la pistola en un cajón del escritorio y se sentó para abrir la correspondencia.

La carta más corta decía: «Esta noche, John Zold. Armaja das». «Pues que haya mucha suerte», pensó él. Aquella noche ni siquiera estaría en casa; tenía una cita. Y se quedaría en casa de la mujer, en Gramercy Park ¿Le echarían una maldición allí? ¿Durante el espectáculo o en casa de Sardi?

Abrió dos sobres más, facturas, y entonces llamaron a la puerta.

No había sido anunciada desde abajo. Quizá era un vecino. El tipo de la puerta de al lado siempre estaba pidiendo algo. Silencio. Sintiéndose un poco tonto, se volvió a meter la pistola en la cintura. Se puso la chaqueta, por si no se trataba más que de un vecino.

Por la mirilla de la puerta no se veía nada. Mala cosa. Sacó la pistola y la mantuvo fuera de vista junto a la jamba de la puerta, descorrió el cerrojo y abrió con cuidado. Se encontró frente a una mujer gitana, demasiado baja para que se la hubiera podido ver a través de la mirilla. La mujer se hizo atrás y dijo:

—John Zold.

El la miró.

—¿Qué quieres, púridaia? —sólo podía recordar más o menos un centenar de palabras de caló gitano, pero «abuela» era una de ellas. ¿Cuál era la palabra que quería decir «bruja»?

—Tengo un regalo para ti.

Sacó de su bolso un librito de color verde oscuro, doblado y con los bordes arrugados, y se lo entregó. Era un pasaporte canadiense muy usado, perteneciente a un tal William Belini. Pero la fotografía que iba en la parte interior de la cubierta delantera era la de John Zold. Dentro había un pasaje de avión de las líneas aéreas Qantas. John no lo abrió. Cerró el pasaporte con un movimiento rápido y lo devolvió. La vieja no lo quiso aceptar.

—Un gran trabajo. Me halaga saber que se me considera tan importante.

—Tómalo y márchate para siempre, John Zold, o tendré que hacer lo segundo.

John sacó el sobre del pasaje de entre las páginas del pasaporte.

—Esto me lo quedo. Puedo conseguir el reembolso, y con el dinero se pueden comprar multitud de carteles y folletos. - Intentó meter el pasaporte en el bolso de la vieja, pero no lo consiguió. —¿Qué es lo segundo?

El pasaporte había caído al suelo y la mujer lo empujó hacia él con la punta del pie.

—Cógelo - Intentó sonar imperiosa, pero la voz salió delgada aunque petulante.

—Lo siento, pero no me serviría para nada. ¿Qué es...?

—La segunda cosa es tu muerte, John Zold —y metió la mano en el bolso.

El sacó la pistola y apuntó a la frente de la mujer.

—No, no creo.

Ella ignoró la pistola y sacó un puñado de plumas blancas de gallina. Las dejó caer sobre el umbral del piso. «Armaja das», dijo; después siguió refunfuñando en caló gitano, dejando caer plumas a intervalos regulares. John reconoció las palabras joovi y kan, que querían decir respectivamente «mujer» y «pene»; habría podido captar algunas otras palabras si ella las hubiese pronunciado más claramente.

John volvió a poner la pistola en la funda y esperó hasta que ella hubo acabado.

—¿De verdad piensas que...?

—Armaja das —repitió la vieja, e inició una nueva letanía. El reconoció una palabra, entre tantas, que significaba corrupción o infección; y la última palabra fue absolutamente clara: muerte. Méripén.

—Todas estas tonterías no van a... —pero la anciana ya le daba la espalda. Forzó una risa y miró cómo la mujer se marchaba, pasando más allá del ascensor hasta llegar a la esquina que conducía a la escalera.

Hubiera podido llamar al guardia de la casa. Asegurarse de que la vieja no saldría por la puerta trasera. Acusarla de entrada ilegal. Pero sospechó que ella sabía que a él

no le gustaba crearse problemas, y esto le fastidió un poco. Se dirigió al teléfono, pero antes de llegar consultó su reloj y regresó a la puerta. Recogió las plumas y las echó a la basura. Disponía de tiempo. Se podía afeitarse, ducharse y cambiar de ropa. Tomaría el coche hasta la estación, el tren hasta la ciudad y un taxi desde la gran estación central hasta el apartamento de la mujer con la que estaba citado.

El espectáculo fue un puro deleite; una reposición erótica de Lysistrata; salir con Sardi le resultó tan tonificante como siempre; era una mujer agradable, con estilo y chispa, que casi lo arrastró a su apartamento, donde él, por primera vez en su vida, estuvo impotente.

La psiquiatra no usaba ninguno de los sistemas tradicionales: nada de divanes ni estanterías llenas de libros evidentemente caros. Ni alfombra, ni artesonado, ni impresos numerados, ni siquiera la libreta de notas o la expresión de compasión ligeramente desinteresada. En lugar de eso tenía un magnetófono escondido, una mirada ceñuda y analítica, y un despacho de paredes desnudas con una mesa funcional y un par de sillas de asiento duro.

—Usted sabe exactamente cuál es el problema —dijo.

John asintió.

—Supongo que sí. Algún... residuo de mi infancia. Acepto a aquella mujer como un símbolo de autoridad. Por las pocas palabras que pude entender de todo lo que dijo, deduje que era...

—Con las palabras «pene» y «mujer» se construyó usted su propia maldición. Y probablemente la está utilizando para castigarse a sí mismo por haber sobrevivido al desastre que mató al resto de su familia.

—Esto está muy pasado de moda. Y es inverosímil. He tenido casi cuarenta años para castigarme a mí mismo si me hubiese sentido responsable. Y no lo he hecho.

—Sin embargo, es una hipótesis que puede funcionar. - La mujer se enderezó en su silla y examinó el dibujo que formaba la madera de tejo de la parte superior de la mesa, encima de la cual no había nada — Puede que manteniendo el problema a un nivel sencillo, la curación resulte sencilla también.

—Conforme por mi parte —dijo John. A 125 dólares por hora, cuanto antes mejor.

—Si es usted capaz de verlo, de sentirlo en este contexto, entonces la clave de su curación es la transferencia.

Se inclinó adelante, con los codos encima de la mesa, y John observó con destacado interés el ligero movimiento de sus pechos; era el único interés que había sentido por las mujeres desde hacía más de una semana.

—Si en vez de a ella me puede ver a mí como una figura autoritaria —continuó la mujer—, con el tiempo podré llegar hasta el chiquillo que hay en su interior y convencerle de que no hubo ninguna maldición. No es más que un caso de

apreciación errónea de otra personalidad... Simplemente una vieja que lo asustó. Con una hipnosis cuidadosa, la cosa no tendría que ser demasiado difícil.

—Parece razonable —dijo John, lentamente. ¿Aceptar que aquella joven geyri era más poderosa que la vieja bruja? Como adulto podía hacerlo. Aunque si había un chiquillo gitano asustado escondiéndose en su interior, no estaba tan seguro.

523 784 00926//Hola, máquina —grabó John. ¿Quién es el mejor dermatólogo en diez manzanas a la redonda?

Buenos días, John. Dentro de la distancia indicada y, usando como único parámetro sus honorarios por hora, el precio máximo es de \$9.5/hora y esto es lo que cobran dos dermatólogos: el doctor. Bryan Dill, calle 245 oeste, n° 45, especializado en dermatología cosmética, y el doctor Arthur Maas, calle 198 Oeste, n° 44, especializado en enfermedades graves de la piel.

¿Querrá el doctor Maas tratar enfermedades de origen psicológico?

Sin duda. Gran parte de las dermatosis lo son.

No seas engreída, máquina. Pídeme hora con el doctor Maas, dentro de los dos próximos días.

Tienes hora mañana a las 10:45. La visita durará una hora. Tendrás pues 45 minutos para ir a luchow a la cita con el Grupo AMCSE.

Espero que no tengas nada grave, John.

Confío en que no. «Que grima estos circuitos de empatía». ¿Has arreglado lo referente a la terminal remota de Luchow?

No ha sido necesario. Haré un remiendo a través de coned/general. Alquilarles las instalaciones de luchow sólo costaría un 0,588 del coste proyectado para el transporte y los trabajos de instalación de una terminal remota.

Así es mi máquina, siempre pensando. Muy bien, máquina. Mantén esta estación en activo indefinidamente.

Gracias, John.

Las letras se apagaron, pero la luz de disponibilidad se mantuvo encendida.

John no debería quejarse de los circuitos de empatía; eran sus niños mimados y el motivo principal de que Bellcom le pagase tan buen sueldo por conservar sus servicios. Los derechos de propiedad sobre el envasado de la empatía valían aún para otros doce años y, alquilándolos, estaban ganando una fortuna. Prácticamente todos los grandes ordenadores que había en el mundo estaban conectados con el aparato que él había proyectado desde la ConEd/General que regía Nueva York, hasta Ginebra, y Akademia Nauk, que juntas regían la mitad del mundo.

La mayoría de clientes daban al envasado de empatía un nombre, habitualmente femenino. John la llamaba «máquina», en un intento algo fallido de dejar de considerarlo algo humano.

Hizo un esfuerzo consciente para no rascarse los granos de la parte posterior del cuello. Debió haber ido al médico cuando aparecieron por primera vez, pero la psiquiatra le había asegurado que ella se los podría curar; eran la «corrupción» de la segunda maldición. Pero no tuvo en esto más éxito del que había tenido con la impotencia. Y aquella mañana le habían salido forúnculos en el pecho, ingles y omóplatos. Tenía algunos narcóticos, pero prefirió aguantar con aspirinas hasta después del trabajo.

El doctor Maas lo llamó impétigo; le recetó un jabón especial y un ungüento antibiótico y le dijo que volviese al cabo de diez días o dos semanas. Si para entonces no había mejora, tomaría medidas más severas. Para ser médico parecía muy joven y John no se vio con ánimos para decirle nada sobre la maldición. Por otra parte, pensó que ya tenía una doctora para esto.

Tres días más tarde volvió al consultorio del doctor Maas. Apenas si había una pulgada cuadrada en su cuerpo donde no hubiese aparecido algún tipo de lesión. Tenía treinta y ocho grados de temperatura. El médico le recetó antibióticos y le dijo que se tomase dos días de descanso en la cama. John le contó lo de la maldición, finalmente, y el médico le dio un folleto sobre enfermedades psicósomáticas. El folleto no dijo a John nada que no supiese ya.

A la mañana siguiente, a pesar de los fuertes antipiréticos, la fiebre había subido a cuarenta grados. Aturdido, con fiebre y calmantes, John se arrastró fuera de la cama y marchó a West Village, a la oficina del CIJG. Fred Gorgio, el hombre que guardaba el lugar por la noche, estaba todavía allí.

—¡Señor Zold! —cuando John apareció en la puerta, Gorgio se levantó de un salto de la silla y le cogió un brazo.

John hizo una mueca de dolor, pero se dejó conducir a una silla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gorgio. El aspecto de John era el de un enfermo de viruela.

Durante un largo minuto, John se quedó sentado inmóvil, mirando los granos inflamados que le cubrían el dorso de las manos.

—Necesito un curandero —dijo, hablando lenta y torpemente debido a las lesiones de sus labios.

—¿Un chóvihánni? - John miró al otro sin entenderlo — ¿Un brujo?

—No. - Movi6 la cabeza de un lado a otro — Un curandero. Quizás un brujo blanco.

—¿Ha ido a ver al doctor gadjo?

—A dos. Una gitana me hizo esto y una gitana lo ha de curar.

—¿Entonces, lo lleva en la cabeza?

—Los doctores gadjo dicen que sí. Podría matarme.

Gorgio cogió el teléfono, marcó un número y soltó una rápida sucesión de palabras de una jerga que usaba tanto como el cal6 gitano, el italiano y el inglés.

—Era mi primo —dijo al colgar el aparato—. Su madre es curandera y tiene buena reputación. Si la encuentra en casa, podrá estar aquí en menos de una hora.

John murmuró unas palabras de gratitud. Gorgio lo condujo al camastro.

La curandera llegó pronto y entró apresuradamente con una bolsa de mimbre llena de cosas que traqueteaban. Echó una mirada a John y a Gorgio y empezó a despejar de papeles un lado de la mesa. Parecía estar en una edad intermedia entre los cincuenta y los sesenta años; el grueso moño de cabello plateado iba rebotando mientras ella se movía por la habitación, instalando un hornillo y llenando de agua dos potes pequeños. Llevaba un vestido negro que no tendría muchos años y zapatos cómodos y sencillos. Las únicas líneas de su cara eran indicadoras de satisfacción.

Se situó de pie ante John y dijo algo en italiano, hablando rápido y en tono amable; después cogió un pesado crucifijo de plata que llevaba alrededor del cuello e hizo que John lo estrechara entre sus manos.

—Dile que hable en inglés... o húngaro —pidió John.

Gorgio hizo de intérprete.

—Dice que no debería usted dejarse afectar tanto por las antiguas supersticiones. Usted debería ser un hombre moderno y no creer en cuentos de hadas para chiquillos y viejos.

John contempló el crucifijo, haciéndolo girar lentamente entre los dedos.

—Ésta se parece mucho a la otra superstición de la que habla —dijo, pero no alargó el crucifijo para devolverlo.

El más pequeño de los potes estaba empezando a soltar vapor y la mujer dejó caer dentro un puñado de hierbas. Después volvió al lado de John y lo desvistió

cuidadosamente.

Cuando la infusión de hierbas empezó a hervir, vació un paquete de polvo de arrurruz dentro del agua fría del otro pote y lo revolvió vigorosamente. Después vertió la solución caliente en el pote frío y revolvió un poco más. Por medio de Gorgio, le dijo a John que no estaba segura de si aquel tratamiento lo llegaría a curar. Pero le haría sentirse más aliviado.

El líquido se cuajó y ella tanteó la temperatura con los dedos. Cuando estuvo lo bastante frío, empezó a darle palmaditas suaves a John en la cara. Entonces la puerta chirrió y se abrió, y la mujer se quedó boquiabierta. Era la vieja bruja, la que había lanzado la maldición contra John.

La bruja dijo algo en caló gitano, evidentemente una orden, y la otra mujer se apartó de John.

—¿Sigues siendo escéptico, John Zold? —echó una mirada a su obra—. Dijiste que esto era absurdo.

John le echó una mirada furiosa, pero no dijo nada.

—Me he enterado de que habías pedido un curandero —dijo la bruja, y después se dirigió a la otra mujer en tono muy bajo. Sin decir nada, la otra vació su poción en el fregadero y empezó a retirar todos sus objetos.

—Vieja bruja —gruñó John—. ¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que si continuaba tratándote, lo que te ha pasado a ti les pasaría también a sus hijos.

—Has tenido miedo de que el tratamiento diese resultado —dijo Gorgio.

—No. Sólo le habría hecho más fácil la muerte a John Zold. Si yo hubiese querido esto, lo habría podido matar en su casa. - Con la rapidez de un pajarraco, se inclinó y besó a John en los inflamados labios - Pronto te veré, John Zold. Pero no en este mundo.

Marchó hacia la puerta, salió y la otra mujer la siguió. Gorgio la maldijo en italiano, pero ella no reaccionó.

John se vistió dolorosamente.

—¿Y ahora qué? —dijo Gorgio—. Le podría encontrar otro curandero...

—No. Volveré a los doctores gadjo. Ellos dicen que pueden hacer regresar de la muerte a las personas.

Entregó a Gorgio el crucifijo de la mujer y se marchó cojeando.

El doctor le dio antibióticos suficientes como para convertirlo en una hogaza de pan mohoso; después se hizo reservar una cama en una clínica de categoría en Westchester, para empezar a la mañana siguiente. Estaría en observación durante veinticuatro horas y recibiendo constantes transfusiones de sangre si era necesario. Lo curarían. No era posible que un hombre de su edad y estado físico muriese de una dermatosis.

Era la hora de cenar y el doctor invitó a John a una comida de cocina casera. El declinó la invitación en parte por falta de apetito y en parte porque no podía imaginar que ni siquiera la familia de un médico fuese capaz de comer en compañía de aquella horripilante aparición que se sentaría a la mesa con ellos. Tomó un taxi y se fue a la oficina.

No había nadie en su planta excepto un conserje, que echó una mirada a John y mostró un intenso interés por alejarse de allí.

523 784 00926//Máquina, voy a morir. Por favor, aconséjame.

*Todos los humanos y máquinas mueren, John.
Si quieres decir que vas a morir pronto, es triste.*

Esto es lo que quiero decir. La infección de la piel está completamente fuera de control. Las células blancas siguen aumentando a pesar de las drogas. Mañana iré al hospital, a morir.

*Pero tú admitiste que el estado era psicosomático.
Esto significa que te estás matando a ti mismo, John.
No tienes motivo para estar tan triste.*

Insultó a la máquina y le explicó algunos detalles sobre el CIJG, la vieja bruja, las diversas fases de la maldición y el fallido intento de ese mismo día de combatir el fuego con fuego.

*Tu lógica fue correcta pero su aplicación no fue eficaz.
Debiste haber acudido a mí, John.
Me costo 2,037 segundos resolver tu problema.
Compra un pájaro negro pequeño y conéctame a un circuito vocal.*

—¿Qué? —exclamó John.

Y tecleó: Explícate, por favor.

Mediante consultas realizadas a la colección de la Biblioteca de Nueva York de la revista de la Sociedad de Ciencia Popular Gitana, Edimburgo, a revistas de lingüística antropológica y filología eslava, a la tesis doctoral de Ludwig R. Gross (Heidelberg, 1976) y a la transcripción de la grabación en alambre magnético que figura en los archivos de la Akademia Nauk, Moscú, capturada a los científicos

alemanes (experimentos con gitanos en los campos de concentración, para matarlos mediante la repetición de maldiciones grabadas) al término de la segunda guerra mundial. A propósito, John, los experimentos nazis fracasaron.

Hace incluso dos generaciones, muchos gitanos se apartaron de las viejas tradiciones lo bastante para quedar inmunes a la fatal maldición.

Tú eres muy supersticioso.

He descubierto que esto no es raro entre los matemáticos.

Hay una transferencia de maldición que te curará a ti traspasando la impotencia y la infección a la persona susceptible a ella más cercana.

Ésta podría muy bien ser la vieja bruja que te la dio a ti en principio.

La tienda de animales del 588 en la Séptima Avenida está abierta hasta las 9 de la tarde.

Su inventario incluye una jaula de pájaros pequeños de diferentes colores.

Compra uno negro y regresa aquí.

Entonces conéctame a un circuito vocal.

A John le costó menos de treinta minutos ir al lugar en un taxi, comprar el pájaro y regresar. El taxista no le preguntó por qué llevaba un pájaro enjaulado a un edificio de oficinas desierto. Le pareció una idiotez.

John solía evitar el uso del circuito vocal, porque la persona que lo había programado había dado a la máquina una voz empalagosa de ancianita amable. Trasladó el aparato a su oficina y lo conectó.

—Gracias, John. Ahora coge el pájaro con la mano izquierda y sigue mis instrucciones.

El aterrorizado pajarito no ofreció resistencia cuando John cerró la mano sobre él.

La máquina habló en caló gitano con acento ruso. John lo repitió lo mejor que pudo, pero apenas una palabra de cada diez tuvo significado para él.

—Ahora, mata al pájaro, John.

¿Matarlo? Sintiendo culpable, John apretó con fuerza, notando como los pequeños huesos se rompían, El pájaro chilló, y después el grito fue cada vez más débil. Su corazón se detuvo.

John dejó caer el ave muerta y tecleó: «¿Ya está?».

La máquina se dio cuenta de que a John no le gustaba oír su voz, así que contestó a través de la pantalla del vídeo.

Sí. Vete a casa y métete en la cama, y la maldición estará transferida

cuando despiertes.

Del o del baxt, John.

John cerró y marchó a casa. Los últimos pasajeros del tren, todos desconocidos, evitaron el extremo del vagón donde iba él. El taxista de la estación palideció al ver a John y cogió el dinero del importe con mucho cuidado, por un ángulo que él no había tocado.

John se tomó dos píldoras para dormir y miró las que quedaban en el frasco. Decidió que podría aguantar un día más y descorchó su mejor botella de vino. Se bebió la mitad en cinco minutos, sin saborearlo. Cuando notó que su cuerpo empezaba a ponerse pesado, se arrastró hasta el dormitorio y se dejó caer en la cama sin quitarse la ropa.

Cuando despertó a la mañana siguiente, lo primero que notó fue que ya no era impotente. Lo segundo, que ya no tenía granos en la mano derecha.

523 784 00926//Gracias, máquina. La contra-maldición funcionó.

La luz brilló como siempre, pero la máquina no contestó.

Pasó al intercomunicador.

—¿Martha? No recibo respuestas en la pantalla de mi ordenador.

—Un momento, señor, permita que cuelgue la chaqueta. Llamaré a la sala de máquinas. Bienvenido.

—Esperaré.

«Pudiste haber llamado tú mismo a la sala de máquinas, negrero», se dijo. Miró la tenue imagen reflejada en la pantalla del video. Su cara estaba libre de toda inflamación. Pensó en la vieja bruja gitana, muriendo de corrupción, y la idea no le desagradó en absoluto. Después recordó al pajarito y vio el menudo cadáver sobre la alfombra. Lo cogió justo cuando Martha entraba en su oficina, ceñuda.

—¿Qué es esto? —dijo la mujer.

John gesticuló señalando la jaula.

—Pensé que podría vivir un pajarito aquí. Pero murió. - Lo dejó caer en la papelera — ¿Cómo marcha eso?

—Oh, es... es bastante extraño. Dicen que no se lo pueden explicar. La máquina funciona, pero no... bueno, no habla.

—Hum. Será mejor que vaya.

Tomó el ascensor para bajar al sótano, siempre había parecido que allí hacía un calor desagradable. Probablemente era una compensación psicológica por parte del personal, que mantenía la temperatura alta a causa de todo el helio líquido de dentro de los compartimentos que contenía la unidad central de tratamiento de datos. Un líquido que era necesario mantener más frío que la superficie de Plutón.

—Ah, señor Zold —saludó un hombre vestido con mono de trabajo, con una

chapa indicadora de su categoría profesional: coordinador del primer turno. John lo reconoció, pero no pudo recordar su nombre. Normalmente, se lo habría preguntado a la máquina antes de bajar—. Me alegro de que vuelva a estar aquí. Oí decir que estaba muy enfermo.

¿Una preocupación amistosa o simple pelotilla?

—Una especie de alergia que me fastidió durante más de una semana. ¿Cuál es el problema?

—Le habría dejado un mensaje si hubiese sabido que usted iba a venir aquí. El fallo está en el CPU. Theo Jasper lo encontró cuando abrió la máquina, poco después de las seis, pero costó más de una hora encontrar a un especialista en criógenos y hacerlo venir aquí.

—¿Es aquél? —un hombre con traje caminaba lentamente alrededor de la unidad central de tratamiento, leyendo esferas y anotando las cifras en una libreta. Se le acercaron y el hombre se presentó como John Courant, del Departamento de Criógenos de Avco/Everett.

—El problema estaba en la pila de anillos de mercurio que aguantan los superconductores de las funciones de salida. Una especie de corrosión abre grietas submicroscópicas por toda la superficie.

—¿Cómo se puede corroer algo a cuatro grados por encima del cero absoluto? —preguntó el coordinador—. ¿Qué...?

—Ya sé que es difícil de creer. Pero ahora los estamos sustituyendo, sin que les vaya a costar nada. El aparato está aún bajo garantía.

—¿Qué hay de las otras pilas? - John estaba mirando a dos trabajadores que bajaban un cilindro de plata a través de una abertura en el CPU. Una espesa niebla provocada por el frío salía por allí —¿Está usted seguro de que están bien?

—Por todo lo que he podido apreciar, sólo está afectada la pila de salida. Es por esto que la máquina es impotente para...

—¡Impotente!

—Perdone. Ya sé que a ustedes los analistas no les gusta... personificar a las máquinas. Pero de eso se trata; la máquina sigue funcionando tan bien como siempre. Lo único que pasa es que no puede comunicar ninguna respuesta.

—Vaya. Interesante. - John pensó en la corrosión y las grietas submicroscópicas — Tengo que pensar en todo esto. Llámeme al despacho si me necesita.

—Creo que ya está arreglado —dijo Courant—. Muchachos, ¿habéis terminado? —preguntó a los operarios.

Uno de ellos, que estaba apretando una abrazadera de la parte alta de la CPU que se cerraba a presión, dijo:

—Lista para funcionar.

El coordinador los llevó hacia un tablero de mandos que había bajo de una

pantalla de vídeo parecida a la del despacho de John.

—Veamos —dijo, y apretó un botón marcado con las siglas VDS.

—*Déjame morir*, dijo la máquina.

El coordinador rió nerviosamente.

—Sus circuitos de empatía, señor Zold. A veces hacen cosas raras. - Y apretó de nuevo el botón.

Déj me morir. Después, *Déj m mo*. Las letras se desvanecieron y de nada sirvió seguir apretando el botón.

—Bueno, no quiero seguir molestándole. Llámeme arriba si sucede algo.

John subió y dijo a la secretaria que anulase todas las citas del día. Después se sentó y se puso a fumar.

¿Cómo podía una máquina contagiarse de una enfermedad psicosomática de un ser humano? ¿Y cómo se podría curar?

¿Cómo podría él hablar a nadie de una cosa así sin que lo encerrasen en una celda acolchada?

Sonó el teléfono; era el coordinador de la sala de maquinas. El nuevo elemento superconductor había hecho exactamente lo mismo que el viejo. En vez de efectuar un nuevo cambio, iban a conectar la máquina al gran ordenador ConEd/General, utilizando sus conexiones de salida y su «unidad de diagnóstico». Si el ordenador más grande que había a este lado de Washington no podía encontrar lo que marchaba mal, se encontrarían en un verdadero problema. John accedió. Colgó el teléfono e hizo girar el selector de su pantalla hacia el canal que venía de ConEd/General.

¿Por qué la máquina había dicho «déjame morir»? ¿Cuándo, por otra parte, está muerta una máquina? John suponía que no sólo se la tenía que desenchufar de la red, sino que además se le habían de borrar todos los datos que tenía almacenados. Destruir su identidad. Así no se la podría devolver a la vida simplemente volviéndola a enchufar. ¿Por qué el suicidio? Se acordó de lo que había sentido él con la botella de vino y píldoras para dormir en la mano.

Una intuición repentina: la máquina había pronosticado las medidas que tomarían. Había querido morir porque sentía compasión no sólo por los humanos, sino también por las otras máquinas.

Una vez conectada a ConEd/General, formaría parte de la gran máquina, con maldición y todo. Volverían a donde habían comenzado, pero las proporciones del problema serían mucho mayores. ¿Qué le iba a ocurrir a Nueva York?

John cogió el teléfono y las luces se apagaron. Todas.

La última información de salida que vino de ConEd/General fue una señal automática pidiendo un enlace con la complejísima unidad de diagnosis de que disponía el mayor ordenador de los Estados Unidos: el IBMvac 2000 de Washington. La mortal infección seguía adelante, extendiéndose por la Costa Este a través de los

cables telefónicos.

El ordenador de Washington pidió ayuda a su vez, enviando una señal vía satélite a Ginebra, Génova y enlazando con Moscú.

Mientras, la maldición se filtró a los ordenadores más pequeños a través de los enlaces rutinarios de información con sus hermanos mayores. Cuando John Zold cogió el mudo teléfono, todos los ordenadores de carácter general del mundo habían quedado permanentemente inutilizados.

Podrían repararse partiendo de cero; se les podría borrar todo el programa y reprogramarlos después. Pero no se haría nunca porque quedaban dos ordenadores muy grandes y especializados que no tenían circuitos de empatía y por lo tanto eran inmunes. No podían tener circuitos de empatía porque su trabajo era el asesinato, el asesinato nuclear. Uno estaba debajo de una montaña en Colorado Springs y el otro debajo de una montaña cerca de Sverdlosk. Ambos podían resistir el impacto directo de una bomba atómica. Los dos evaluaban constantemente la situación del mundo en términos reales y los dos tenían la única función de decidir cuándo el enemigo estaría lo suficientemente debilitado como para hacer probable la victoria tras una contienda nuclear. Cada uno vio cómo la civilización enemiga detenía su marcha repentinamente.

Dos bandadas de proyectiles atómicos cruzaron sus estelas por encima del Pacífico Norte.

Una mujer muy vieja hace chasquear su látigo a lo largo del flanco del caballo y el rocín sigue avanzando despacio, ignorándola. Lleva por carreta un Plymouth de 1982 sin motor ni transmisión ni pieza metálica superflua alguna.

Es difícil manejar el látigo a través de la ventana lateral.

Pero la alternativa sería desmontar el parabrisas y cortar el techo, y a la mujer le gusta estar seca cuando llueve.

Un muchacho está sentado en silencio al lado de la mujer, mirando por la ventana. Había nacido con la enfermedad gadjó: su cuerpo era grande y bien proporcionado, pero la cabeza era demasiado pequeña y muy deforme. A ella no le importa; todo lo que quería era alguien fuerte y estúpido, para que cuidase de ella en sus últimos años. El chiquillo le había costado sólo dos gallinas.

Le está contando una historia, sabiendo que él no entiende la mayoría de las palabras.

«... Nos llaman gitanos porque en cierta época fue conveniente para nosotros que pensaran que habíamos venido de Egipto. Pero no venimos de ningún sitio ni vamos a ningún sitio. Ellos han olvidado a sus dioses y adoran a sus máquinas, y por fin sus máquinas se han vuelto contra ellos. Pero nosotros, que hemos valorado los antiguos medios, hemos sobrevivido».

Gira el volante para ayudar al caballo a avanzar a través de los ocho carriles de

asfalto desmenuzado, entre coches amontonados y oxidados y entre los huesos blanqueados de los que creían ir a algún sitio el día que John Zold fue curado.

ECHANDO REDES

Robert E. Vardeman

—Estás en un apuro —dijo el doctor Russell Hodges, con una sonrisa de satisfacción cruzándole el rostro. Se echó atrás en su mecedora y enlazó los rechonchos dedos detrás de la cabeza, poblada sólo por unos pocos cabellos rojizos. Los ojos de tono gris pálido centelleaban con deleite. Había esperado este momento durante mucho tiempo.

Claude Morgenthaler, sentado frente a él al otro lado de la mesa, se inclinó adelante con la frente perlada de sudor. La partida estaba adquiriendo el aspecto de un enfrentamiento a vida o muerte. Iba más allá de una competición amistosa y entraba en el terreno de la reputación profesional, algo que era más frágil que una cáscara de huevo y menos duradero que un positrón.

—No se ha acabado aún —mantuvo Morgenthaler.

—Ríndete, Claude —dijo Hodges—. Polly ha derrotado por fin a tu Alexis IV.

—Imposible.

Hodges disfrutó al máximo de aquello. A su llegada, el restante personal del laboratorio se había opuesto a que lo contratasen dado el bajo presupuesto de que se disponía en aquellos momentos. «Esto es un laboratorio de investigación pura», habían alegado, «y aún no se hace lo bastante en física». ¿Para qué querían a un biofísico? ¿Por qué enturbiar las aguas cuando la investigación de los semiconductores era tan importante? Russ Hodges había sido algo así como un paria entre los físicos más radicales, y sólo se le había tolerado en la sección de aplicaciones.

Ahora le llegaba el momento de saborear su venganza. El Alexis IV de Morgenthaler era el campeón indiscutible de ajedrez entre todos los ordenadores del laboratorio. Tenía el tiempo de ciclo más breve, lo más cerca de la inteligencia artificial a que había podido llegar un ordenador, y una serie de circuitos integrados en gran escala, pero un insignificante ordenador portátil, pequeño, construido a base de un semiconductor orgánico y en el que nadie hubiera creído, lo estaba derrotando.

Hodges lamentaba que no hubiese apostado dinero en aquella partida. Aunque, como marchaban las cosas, haber forzado a Morgenthaler a tragar bilis valía tanto como el dinero o quizá más. Si, Hodges decidió que valía más.

Las piezas de ajedrez se movían a mano, pero los movimientos aparecían en la pantalla. El Polly de Hodges era más lento, pero la tecnología de su diminuta unidad central de procesamiento forzaba a realizar nuevas descripciones de los límites de la física. Sólo él había defendido la idea de los elementos orgánicos, prosiguiendo el trabajo en moléculas de proteína semiconductoras que de graduado había llevado a cabo bajo la dirección de Conrad en Wayne State, y el transpoliacetileno utilizado en

«Polly» había demostrado ser mejor de lo que él había esperado. Añadiendo pentafluoruro de arsénico al semiconductor orgánico formó los empalmes tipo «p» y el mismo material con sodio daba el tipo «n». Esto no era nada nuevo. Pero el estirado del material producía conducción a nivel metálico; conducción unidimensional. Hodges había dado el toque final con los empalmes «P-N», que convertían aquel material en una batería. Su ordenador Polly dependía totalmente de un material, y sólo uno, con el poliacetileno sólo mezclado para diferentes propósitos.

Semiconductor, conductor y batería, todo estaba en una sola hoja flexible de plástico, delgada y gris, alojada en el interior del ordenador.

—¡Ja! —gritó Morgenthaler, llamando la atención de Hodges hacia el juego—. Mira con qué nos ha salido Alexis.

Russ Hodges se sintió como si hubiese entrado en un ascensor... y encontrado el hueco vacío. La máquina de Morgenthaler, una vez más, había conseguido la victoria.

—Jaque mate en cuatro movimientos —dijo Morgenthaler, con evidente alivio—. ¿Quieres que juguemos otra partida? La próxima semana quiero instalar un nuevo reloj en Alexis, y me gustaría probarlo antes.

—No, ya basta, Claude. Creo que voy a retirar a Polly.

—Llévatela a casa para tu hijo. A Chuck le encantará jugar con ella. Aunque —añadió Morgenthaler con feroz sarcasmo— no sé si la máquina estará a su altura.

Apagó la pantalla y salió de la habitación, dejando sólo a Hodges. Russ Hodges no supo si gritar, destrozar el ordenador o simplemente resignarse.

Se llevó a Polly a casa, para su hijo de dieciséis años.

—Hola, cariño; has llegado temprano —dijo Mira Nell Hodges a su marido. Le dio un beso rápido y se dio cuenta de que el hombre apenas se fijaba en ella—. ¿Qué ha pasado? ¿Ha vuelto a fastidiarte ese hijo de perra de Morgenthaler?

—Algo así —dijo Hodges, con voz cansada. Se dejó caer en el sofá y se quitó los zapatos con un par de bruscos movimientos de los pies—. Alexis ganó otra vez a Polly. Yo pensaba que lo tenía acorralado. Estaba convencido. Pero Polly no es lo bastante rápida, y hay algún fallo en su forma de tratar la información. - Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás —Incluso tiene que haber algún error de principio en Polly.

—Cálmate, Russ. Estás muy tenso. Tienes los músculos de los hombros como manojos de cables.

Mira Nell le empezó a practicar un masaje.

—Hummm... qué bien —dijo él, y se volvió para besarla. Aunque llevaban dieciocho años de matrimonio, las relaciones entre ambos seguían siendo buenas. Y habían tenido sus momentos de prueba, de todos modos. La demanda de biofísicos siempre había sido escasa y, aunque a Hodges le resultaba duro de admitir, él no era el mejor del mundo. Pero tenía la mejor mujer del mundo. Mira Nell se había

mantenido firme a su lado a través de huracanes emocionales y monumentales depresiones.

Sin tenerla a ella en casa, no estaba seguro de poder enfrentarse al trabajo y a los fracasos que en él había cosechado.

—Refugio —dijo.

—¿Qué?

—Tú eres mi refugio. Cuando hay una tormenta por dentro, siempre puedo confiar en ti. - La besó una vez más, y le costó un esfuerzo desprenderse de ella, al tiempo que le decía — Te amo.

—Bueno, pues no te pares —dijo ella. Sus ojos verdes danzaban y se echó atrás los flecos cortos de cabello castaño que se los habían tapado—. Charles tardará todavía una hora o quizá más en llegar.

—Le he traído un regalo —dijo Hodges—. Un ordenador que será exclusivamente para él.

—Oh, Russ, ya hemos discutido esto otras veces. No quiero que malgaste su tiempo con esos juegos. En la escuela no marcha tan bien como debería.

—¿Aclaraste ese asunto con su profesora de inglés?

—No del todo. Ella dijo que le suprimiría los deberes si él terminaba un trabajo antes de que pusieran las notas.

—Deberes —suspiró Hodges—. Me alegro de que hayan quedado atrás. Jamás me gustaron.

—Y mira hasta dónde has llegado. - Mira le besó de nuevo y se levantó, para marchar a la cocina — Esta noche comeremos sobras. Lo siento.

Hodges hizo una mueca. Había sido un día malo. Se puso de nuevo los zapatos, regresó al coche y sacó a Polly del portaequipajes. Con un poco de suerte, tendría el ordenador a punto antes de que Charles regresara a casa.

—No lo sé, papá —dijo Charles Hodges—. Los demás muchachos andan locos por los ordenadores, pero para mí son demasiado complicados. En la clase de matemáticas intentamos programar algo en BASIC, pero yo no logré hacerlo bien. El señor Denton se enfadó mucho conmigo.

—Polly es un señor ordenador —dijo Hodges—. Todo lo que necesita es que se le trate bien. También te he traído una pantalla y una impresora. Juega un poco, prueba alguno de los programas y ve si puedes hacerlo trabajar. Si no, no te preocupes. Lo echaré a la basura y te compraré uno mejor. «Quizás el Alexis IV», añadió Russ Hodges mentalmente, y salió antes de que se notase su amargura.

Charles Hodges se sentó delante del monitor y pasó los dedos por encima del teclado. Después, cuando se sintió con valor suficiente, abrió la caja y echó una mirada a su contenido. Lo único que vio allí fue una cinta muy delgada; el interior del ordenador consistía únicamente en una hoja de plástico flexible de menos de diez

milipulgadas de espesor. Pero aquello era más misterioso que un ritual de los antiguos druidas. Charles se contentó con encontrar el interruptor para encender y apagar.

—Tú eres ésa de la que papá habla tanto —dijo—. La que siempre pierde con la máquina del doctor Morgenthaler. - Charles pulsó la tecla correspondiente e hizo mover el cursor. Lenta y torpemente, marcó algunas órdenes.

Polly respondió dolorosamente y con igual lentitud.

—Somos de la misma especie —dijo Charles—. Papá se enfadará también conmigo si no lo hago mejor en la escuela.

La cara del muchacho se iluminó.

—Mis deberes de inglés. Puedo hacerlos aquí, tecleando, y tenerlos impresos enseguida. ¡Caray! - Charles se entregó a su trabajo, y escribió la composición sobre Silas Marner que llevaba aplazando tanto tiempo.

Cuando hubo terminado con las teclas, puso en marcha la impresora. El papel fue saliendo de la máquina y Charles sintió una satisfacción en cierto modo indescriptible. El ritmo de trabajo, el relampagueo de la pantalla y hasta el cosquilleo que notaba en los dedos cada vez que tocaba el ordenador, todo ello era muy agradable. Terminó la composición y un par de trabajos más.

Después, Charles miró los papeles y frunció el ceño.

—Yo no he dicho esto. - Volvió a sentarse y reflexionó; después sonrió — Es mejor que lo que yo he escrito. Y la ortografía es correcta, creo.

Satisfecho, Charles metió los trabajos en su libro de inglés y se dispuso a ir a la cama.

—Buenas noches, Polly —dijo a la máquina, mientras se alejaba. Charles no había hablado a objetos inanimados desde la edad de seis años, cuando hablaba con sus muñecos de trapo.

Polly refulgía aún con una luminiscencia interior que agradó a Charles. Aquel día, el muchacho se acostó más feliz de lo que se había sentido en bastante tiempo.

—Russ, he de hablar contigo. Es sobre Charles —dijo Mira Nell.

Hodges dejó la revista que estaba leyendo y miró a su esposa. Siempre que usaba aquel tono significaba que estaba preocupada.

—¿Qué sucede?

—Nada en concreto.

El suspiró y miró hacia la revista con ganas de continuar la lectura y sumergirse en sus intrincadas fórmulas. El trabajo en el laboratorio no iba tan bien desde que había abandonado la idea de Polly y pasado a terrenos más convencionales. Morgenthaler seguía reprendiéndole y él necesitaba algunos éxitos definitivos para salvar su posición en el laboratorio. Y Mira Nell no estaba segura de qué era lo que la preocupaba.

—Algo debe de ser o tú no lo habrías mencionado —dijo él.

—Charles está mejorando en la escuela —comunicó ella.

—Bien, magnífico. Yo sabía que lo podía hacer. Creo que la charla que mantuvimos ha causado efecto.

—No es exactamente esto. La profesora de inglés piensa que alguien le está haciendo los trabajos.

—¿Acusa a Charles de hacer trampas?

—No lo ha dicho, pero ha insinuado que uno de nosotros debe de estar haciéndole los trabajos. Tú, concretamente.

Russ Hodges se echó a reír.

—¿Yo? Estoy peor en inglés de lo que Charles puede haber estado jamás.

—Los trabajos que presenta parece que los hayas hecho tú —dijo Mira Nell—. Mira.

Hodges cogió unos cuantos papeles, sonrió y dijo:

—Por lo menos utiliza a Polly para algo. Para el tratamiento de textos. Buena cosa; hum, sí, buena cosa.

Se puso a leer y quedó impresionado por la perfecta ortografía, puntuación y gramática.

—Sí, comprendo lo que su profesora puede pensar sobre esto —comentó—. Que lo he hecho yo. Pero tú sabes que no. Tengo demasiado trabajo en el laboratorio.

—¿Piensas que puede haber aprendido esto de ti? - Mira Nell parecía aún más preocupada.

—Podría ser - Russ Hodges volvió a su revista y se puso a leer un artículo sobre los enlaces del carbono en las materias orgánicas.

Charles Hodges estaba sentado frente al monitor, con la vista perdida en el infinito. El molesto relampagueo de la pantalla del ordenador aumentó en intensidad y velocidad hasta que pareció que su efecto debería hacer parpadear al muchacho y forzarlo a volver la vista. Pero él continuó con la mirada al infinito. Levantó los dedos y notó que la electricidad penetraba en su cuerpo. Sin motivo aparente levantó la tapa y colocó la mano plana encima de la hoja de plástico gris que constituía la unidad central de procesamiento de Polly.

Sabía lo que tenía que hacer. Empezó a montar el material que le habían traído. Al cabo de una hora tenía el Modem acabado y funcionando, conectado a una estructura de la IBM del Instituto Watson de Investigación.

La pantalla de Polly interrumpió el rápido relampagueo y Charles se relajó, bostezó y se fue a la cama.

Esta vez no apagó el ordenador, el cual continuó hablando durante toda la noche, primero con el IBM y después con uno del Centro de Investigación Webster, de Xerox. Al amanecer, la pantalla del monitor efectuó un guiño de autosatisfacción.

—Bah, esto no es nada —dijo Billy Wilcox—. Yo tengo un Apple de 128 K. Y es

increíble cómo juega.

—Polly hará todo lo que haga tu ordenador —dijo Charles, poniéndose en actitud defensiva. Desde que tenía a Polly, nunca, ni una sola vez, había practicado un juego con ella. Nunca se le había ocurrido. Además, había estado demasiado ocupado haciendo los deberes que tenía atrasados, montando el modem y preparando la programación adecuada para Polly.

—¿Ah, sí? Pues, entonces, enséñame cómo juega a Las espadas de Raenllyn, por ejemplo.

Charles tenía aquel juego, pero nunca lo había probado. Ahora lo hizo.

—Dios, qué lentitud. Mira. Los gráficos están borrosos.

—Es una interferencia —se defendió Charles—. Debe de haber algún radioaficionado por aquí...

—No me vengas con monsergas, tío. Observa. ¿No ves con qué lentitud responde? Yo sé cómo ganar. Deja que te lo demuestre... ¡ayyy! - Billy dio un salto atrás en la silla, con el rostro blanco y los dedos ligeramente chamuscados — ¡Me ha picado!

—¿Qué?

—Me ha soltado una descarga. ¡Idiota! ¡No le has puesto cable de masa!

—A mí Polly nunca me ha soltado una descarga. Pero tampoco la había usado nunca para jugar.

—No es el juego, es esta maldita máquina. Vaya montón de chatarra.

Bill Wilcox se marchó, frotándose los dedos.

«No es el juego, es la máquina». Estas palabras se repetían una y otra vez en la mente de Charles. Mirando a Polly, no estuvo tan seguro. La pantalla empezó a relampaguear, lentamente al principio y más aprisa cuando él tocó el teclado. Apretó unas cuantas teclas y conectó con otro ordenador, éste perteneciente a una agencia de publicidad de California.

—Sé que no te gusta practicar juegos, Polly —dijo Charles—. A mí tampoco. Yo también pierdo siempre.

El suave calor que sintió al colocar la mano encima de la película gris del semiconductor del interior de la máquina le dio confianza. Billy Wilcox era un idiota. ¿Qué sabía él de esto, al fin y al cabo?

—¿Otra entrega? —preguntó Mira Nell Hodges.

—Firme aquí —dijo el portador, ofreciendo un cuaderno y un bolígrafo—. Línea veintitrés. Gracias.

Mira Nell se quedó de pie, mirando el conjunto de cajas que habían llegado para Charles, todas procedentes de compañías de gran renombre.

—¡Charles! —gritó—. ¿Estás ahí arriba?

Subió la escalera, se dirigió a la puerta del dormitorio de Charles y escuchó. Del

interior llegaban suaves zumbidos electrónicos. Abrió la puerta y miró en el interior. Charles no estaba allí, pero Polly estaba encima del escritorio, con el monitor encendido.

—Oh, vaya... —dijo con disgusto—. Le insisto en que apague las luces cuando no las utilice y siempre se olvida. Pero esto es mucho peor. Este aparato debe de gastar toneladas de electricidad.

Alargó la mano hacia el interruptor, pero tuvo que echarse atrás porque una chispa saltó del aparato y le alcanzó en la yema del dedo.

—¡Ay! —gritó la mujer, mientras retiraba el dedo lastimado—. Este trasto es peligroso. El interruptor funciona mal.

Estaba buscando el enchufe cuando la pantalla comenzó a relampaguear. Al desviar su atención hacia ésta, vio que su nombre había aparecido escrito en grandes letras.

Llevando cuidado de no tocar el teclado, Mira Nell contempló embelesada la exhibición del rótulo.

—El bueno de Charles. Ha escrito un programa dedicado a mi cumpleaños. Sabe lo que me fastidia tener que pensar lo que he de hacer para la cena.

El programa continuó, revelando cada vez más cosas. La pantalla siguió relampagueando y finalmente Polly encontró la frecuencia precisa para captar las ondas cerebrales de Mira Nell Hodges.

—¿Russ?

—¿Qué hay, querida?

—¿Tiene vida Polly?

El soltó un bufido y movió la cabeza negativamente.

—No seas absurda. El hecho de que utilice material orgánico no significa que esté vivo.

—Pero orgánico significa vida, ¿no es así?

—No más vida que la que tiene tu cabello. - Se inclinó y le dio un beso en lo alto de la cabeza — ¿Qué hay para cenar?

—Pues algo especial, esto es lo que hay. Boeuf Wellington con guisantes y cebollas...

—¿Lo dices en serio? Esto se está convirtiendo en un sitio de lo más refinado —dijo Hodges—. Hasta las sobras van a ser exquisitas. ¿Has comprado un nuevo libro de cocina?

—Algo así —confesó Mira Nell, pensando en el programa que Charles había escrito para ella. Le había facilitado una relación de todo lo que tenía que comprar, las recetas, todo. Apenas tendría que trabajar en la cocina en lo sucesivo.

—No habrás estado planeando cocer a Polly, ¿verdad? —preguntó Hodges.

—¿Qué te hace decir una cosa tan horrible como ésa?

—Preguntaste si Polly estaba viva. He pensado que...

Mira Nell se acercó más a su marido.

—¿Está viva Polly?

—En realidad, no. Hay una serie de funciones básicas que todo ser vivo, para estarlo, tiene que ser capaz de realizar. - Hodges volvió a poner la atención en su libro.

—¿Cuáles son esas funciones?

—Bueno, pues —contestó él—, comer. Es evidente que a Polly no le gusta el Boeuf Wellington con patatas irlandesas. Al menos, no tanto como a mí. - Se dio una palmada en la barriga —Voy a tener que empezar a correr un poco cada día para rebajar los kilos que me sobran. Nunca había tenido este problema.

—Pero Polly se alimenta de la electricidad que le proporciona esa batería interna que le pusiste.

—No es lo mismo. Ni tampoco el único criterio. También está la excreción de los residuos corporales.

—El calor es un residuo. Y el ventilador se encarga de eliminarlo.

—Realmente, Mira Nell, te estás poniendo muy tonta. Tiene que haber además algún tipo de mecanismos sensores: el tacto, el olfato, la vista...

—Charles ha estado llenando esta casa de cables desde el tejado hasta el sótano.

—Lo he notado. Y estoy contento por su interés en robótica. ¿Quién hubiera pensado...? No, Mira Nell, no basta con conectar a la corriente eléctrica un convertidor que transforme los impulsos analógicos en numéricos. No hay comparación posible.

—Si entro y le digo que encienda las luces de la sala, se encienden...

Hodges movió la cabeza negativamente.

—Una maravilla de la electrónica y la mecánica, pero nada más. El sonido de tu voz es convertido en un impulso numérico y es analizado por la unidad central de procesamiento de Polly. Los interruptores cierran el circuito y ya tienes la luz encendida.

—¿No es esto lo que sucede cuando hablamos? ¿Al hablar no se emiten ondas de sonido que se convierten en algo dentro del cerebro?

—Estamos hablando de un ordenador, por el amor de Dios. Yo debería saberlo puesto que lo construí, ¿no? No está vivo. No es nada de nada... y según Morgenthaler, no se puede comparar en absoluto con su maravilloso trasto, el Alexis. Y además está el movimiento —continuó Hodges—. Polly no se puede mover.

—¿Para qué? El único motivo que tenemos para movernos es conseguir comida. Y Polly la tiene suministrada.

Hodges sintió que comenzaba a perder la paciencia. No era propio de Mira Nell seguir martilleando de aquel modo.

—Oxidación, respiración, transpiración... Polly no hace nada de esto.

—Está bien —dijo Mira Nell lentamente, como queriendo convencerse—. Ni reproducción. De eso tampoco es capaz.

—Exacto - Hodges volvió a su libro, dando el asunto por concluido.

—Charles, querido, no me importa que tengas a Polly y todo ese otro material, pero ¿cómo lo pagas? - Mira Nell Hodges miró alrededor del dormitorio de su hijo y vio equipo electrónico suficiente como para abrir una tienda.

—Polly se encarga de todo —dijo Charles.

—¿Te refieres a los pedidos por correo? ¿Y a las llamadas telefónicas? He leído que ha habido muchachos que han forzado el banco de datos de algún ordenador y lo han embrollado todo. No estarás engañando a nadie, ¿verdad?

—No.

—¿Entonces cómo pagas todo esto?

—El gobierno lo subvenciona.

—¿Qué?

—Polly me enseñó el modo de solicitar subvenciones del gobierno. Llené todos los formularios y los envié.

—Pero esto es para grandes laboratorios y universidades.

—Perdóname, mamá, pero Polly y yo hemos de hablar con una empresa importante de Minneapolis.

Mira Nell observó confusa a su hijo mientras éste tecleaba frenéticamente para introducir cierto programa en Polly, que a su vez lo transmitía al gran ordenador del otro extremo de la línea telefónica. Mira Nell no entendía nada de todo aquello, y eso la fastidiaba, a pesar de lo bueno que era Polly ayudándole a preparar las comidas.

—Charles, te traigo un regalo —dijo Russ Hodges. Se abrió paso hacia el interior del atestado dormitorio y puso una caja encima de la cama.

—Magnífico, papá, gracias. - Charles mantuvo la vista fija sobre el monitor.

Estaba trabajando en un problema complejo en el que intervenían dos grandes corporaciones y sus departamentos de investigación.

—Se trata de un nuevo ordenador, mejor que el que tiene Billy Wilcox —dijo el padre, empezando a mostrarlo—. Tiene un disco duro de cinco megabytes... —el hombre parpadeó con sorpresa. Su hijo no había mostrado señal alguna de haberle oído—: Charles, ¿me prestas atención?

—Sí, papá. Acabo de poner a Xerox y a IBM a trabajar en un problema.

—¿Qué...?

—El mismo problema que resolvimos con la universidad de Texas la semana pasada.

Hodges frunció el ceño. Era la primera vez que veía a Charles practicando juegos en el ordenador. Salió sin decir nada sobre el nuevo aparato que había traído.

Russ Hodges esperó a que Charles se hubiese ido a la escuela para entrar en la habitación de su hijo. Polly estaba encima del escritorio, haciendo guiños y agazapada como un animal de presa. Sólo mirar lo que había en aquella habitación le producía escalofríos. No había nada a lo que poder atribuir aquella inquietud y sin embargo...

Hodges se encogió de hombros. La extraña conversación que había sostenido con Mira Nell acerca de si Polly tenía realmente vida seguía mordisqueándole el cerebro. Absurdo. Imposible. Orgánico no tenía por qué significar necesariamente vivo, no del modo en que su esposa había querido dar a entender.

—Veamos lo que Charles ha hecho contigo, pequeña —dijo al ordenador. Tecleó con rapidez y marcó el código que daba acceso al ordenador del laboratorio y añadió —: Ahora veremos qué clase de juegos hay en los viejos bancos de datos.

Un fuerte relámpago casi lo cegó. Hodges se frotó los ojos y miró la pantalla.

—Nada —murmuró. Tecleando rápidamente, intentó recuperar el archivo de juegos—: Todo borrado.

Se inclinó hacia atrás y miró a Polly. Pequeñas ondas arrugaron la superficie de la película semiconductora; parecían formar caras sonrientes.

—Nunca te gustaron los juegos, ¿verdad, Polly?

Hodges parpadeó de nuevo cuando la conexión con el ordenador del laboratorio se cortó debido al fallo de una señal portadora y en la pantalla apareció la palabra no. Se rió ante la coincidencia.

—Eres una buena máquina, pero estás pasada de moda. Charles se merece algo mejor por el esfuerzo que ha hecho en sus estudios. - Hodges desempaquetó el nuevo ordenador y alargó la mano para coger a Polly. Una chispa de seis pulgadas de longitud se alargó hacia él y le alcanzó.

—Maldita sea, esta máquina está en cortocircuito. Nunca ha llegado a jugar bien y ahora ni siquiera funciona correctamente.

Hodges desenchufó el monitor y desconectó los cables de emisión y de recepción de Polly. Sabiendo que la batería interna probablemente llevaba aún una carga bastante considerable, empujó la máquina hacia un lado con un libro de texto y puso el nuevo ordenador encima del escritorio. Treinta minutos más tarde, la nueva máquina estaba conectada y había sido probada.

—En cuanto a ti, Polly, tu nuevo destino va a ser el montón de chatarra. El progreso lo pide.

Con mucho cuidado, alargó la mano hacia la máquina. No saltó ninguna chispa. Con el ordenador bajo del brazo, se marchó. Charles estaría muy complacido al ver el nuevo. Russ Hodges lo sabía.

—Eh, Russ, ¿tienes un momento?

Claude Morgenthaler asomó la cabeza por la puerta del laboratorio.

—Seguro. ¿Qué ocurre? - Russ Hodges interrumpió su experimento y se reunió con su jefe.

—¿Qué hiciste con aquel ordenador? El del semiconductor de poliacetileno.

—Lo tiré a la basura. ¿Por qué?

—Por nada —dijo Morgenthaler—. Sólo estaba pensando. Debiste haber seguido por ese camino un poco más. Podrías haberte adelantado a los peces gordos.

—¿Qué quieres decir?

—Xerox e IBM acaban de anunciar un acuerdo para fabricar ese tipo de trastos por millones. Alguien les metió en la cabeza que ése era precisamente el aparato que el público estaba esperando.

—¿A bajo precio, supongo? —preguntó Hodges.

—Muy bajo. Competirá con esos ordenadores que venden en las tiendas de comestibles. Dentro de un año, todos los hogares tendrán uno de esos trastos. Y hasta los están vendiendo con modems, a fin de que puedan hablar unos con otros. ¿No es increíble? - Morgenthaler movió la cabeza de un lado a otro — No debiste haberte rendido tan fácilmente, Russ. Una gran compañía de California está haciendo el trabajo PR. Poliacetileno. Demonios, Russ, hubiéramos podido hacer una carnicería con esto.

—Una carnicería... —dijo Hodges, pensando en cómo había arrojado a Polly a la basura—. Me siento como si la hubiese hecho ya.

JACK DEDOS DE MUELLE

Susan Casper

Sabía a dónde iba tan pronto como entró en la sala de juegos electrónicos. Dejó atrás las filas de atareados chiquillos, las estridentes y electrónicas voces que surgían de las máquinas, los centelleos luminosos y los incesantes pitidos. Pasó frente a las viejas máquinas del millón, todas ellas desocupadas, relampagueando con lucecitas y timbres como anticuados voceadores mecánicos que intentaban vanamente tentar a un público que pasaba de largo.

La máquina que él buscaba estaba al fondo, en un rincón iluminado tenuemente, y dejó escapar un suspiro de alivio al ver que nadie la utilizaba. Su pantalla, que miraba sin decir nada, estaba encajada en un armazón amarillo, por encima de una hilera de palancas y botones. En el costado, debajo de la ranura para echar las monedas, había un dibujo chillón que representaba a una mujer ataviada según la antigua moda victoriana. El sombrero, grande y adornado, estaba ligeramente ladeado en lo alto de su cabeza y de allí caía hacia los lados una cabellera cuidadosamente peinada. La mujer estaba gritando, con los ojos muy abiertos y el dorso de la mano casi cubriéndole la encantadora boca. Y detrás suyo, bosquejada en un tono blanco borroso, se adivinaba una figura acechante.

Dejó su cartera de mano en el suelo, al lado de la máquina. Con dedos inseguros, buscó una moneda y la metió en la ranura. La pantalla adquirió vida y luz. Un hombre siniestro, con gorro de cazador, agitó un cuchillo con la punta manchada de carmesí y desapareció detrás de una hilera de edificios. Las imágenes eran excelentes, extremadamente realistas. La pantalla se llenó con hileras de instrucciones de color azul oscuro contra un fondo azul claro, y él las miró superficialmente, esperando con impaciencia a que empezara el juego.

Apretó un botón y la imagen volvió a cambiar, convirtiéndose en un laberinto de calles miserables con hileras de edificios ruinosos. Una figura única, la suya, ocupaba el centro de la pantalla. Una mujer con un vestido de la época victoriana, sobre la que figuraba el nombre de Polly, andaba hacia él. Recordó que tenía que hacerle quitar el gorro al hombre; de lo contrario, ella no querría ir con él. Se pusieron a andar juntos, y él, cuidadosamente, la hizo pasar de largo la primera intersección. La vieja calle Montague era una trampa para principiantes en la cual él no había caído desde hacía tiempo. La primera calle por la que se tenía que ir era Buck's Row.

A un lado, un policía estaba separando a un par de harapientas mujeres que peleaban. Allí, él tenía que llevar cuidado porque si era localizado le costaría puntos. Llevó a su pareja por el callejón apropiado y tuvo la satisfacción de ver que estaba desierto.

Los latidos de su corazón se hicieron más fuertes cuando hizo situar a su figura

detrás de la figura de la mujer; notó una respiración fuerte y ronca, que salía de su boca. Esta parte del juego tenía limitación de tiempo, por lo que tendría que actuar contra el reloj. Sacó un cuchillo del interior de su chaqueta. Tapando la boca de Polly con una mano, le abrió malignamente la garganta de oreja a oreja. En la pantalla aparecieron unas líneas de color rojo brillante, pero apartadas de él. Buena cosa. No se había manchado de sangre. Ahora venía la parte más dura. Tendió a la mujer en el suelo y la empezó a destripar, abriéndole cuidadosamente el abdomen casi hasta el diafragma y manteniendo la mirada sobre el reloj. Terminó con veinte segundos de ventaja y movió a su figura, alejándola triunfalmente del policía que se acercaba poco a poco. Una vez hubo encontrado la primera fuente pública donde lavarse, concluyó la primera parte.

Su figura quedó de nuevo centrada en la pantalla. Esta vez, la figura que se acercó fue Annie La Sombría y él la llevó a la calle Hanbury. Pero esta vez se olvidó de taparle la boca cuando la apuñaló y ella pudo soltar un grito; un grito estridente y terrorífico. Inmediatamente la pantalla empezó a relampaguear con una tonalidad roja brillante mientras resonaban los ensordecedores pitidos del silbato de un policía. Dos agentes se materializaron uno a cada lado de su figura y lo sujetaron firmemente por los brazos. Un nudo de horca se agitó en la pantalla mientras sonaba una marcha fúnebre. Y la pantalla se oscureció.

Se quedó mirándola, temblando, sintiéndose agitado y enfermo, y se maldijo amargamente a sí mismo. ¡Había cometido un error de principiante! Había sido demasiado impaciente. Enfadado, metió otra moneda en la ranura.

Esta vez anduvo con mucho cuidado al acercarse a Kate, logrando acumular puntos de ventaja y no cometer errores fatales. Ahora estaba sudando y tenía la boca seca. Le dolían las mandíbulas a causa de la tensión. Era realmente difícil vencer al reloj en esta parte y requería una intensa concentración. Se acordó de hacer cortes en los párpados, lo cual era esencial; sacar los intestinos y ponerlos encima del hombro derecho no era demasiado duro, pero cortar correctamente el riñón... eso era espantoso. Finalmente el reloj le ganó y tuvo que quedarse sin el riñón, lo cual le costó una pérdida de puntos. Estaba tan desconcertado que casi tropezó con un policía al avanzar por los callejones que conducían a Mitre Square. Los obstáculos fueron haciéndose más difíciles a medida que superaba cada parte con éxito y ahora la cosa se estaba poniendo particularmente dura, porque el tiempo se acortaba y era necesario evitar a los enjambres de mirones, a los periodistas, a las rondas de comités de vigilancia y a un mayor número de policías. Nunca había encontrado aún la calle correcta para Mary La Negra...

Una voz gritó «última partida» y poco después su hombre fue atrapado de nuevo. Dio un manotazo a la máquina con frustración y después se arregló el vestido y cogió la cartera de mano. Echó una mirada a su Roloflex. Las diez y cinco minutos: era

temprano aún. Las máquinas parpadearon desde sus puestos mientras los últimos clientes salían por las puertas de cristal. El los siguió hasta la calle. Una vez fuera, bajo el cálido aire nocturno, empezó a pensar de nuevo en el juego y a planear su estrategia para el día siguiente, reparando sólo superficialmente en los borrachos que farfullaban en los portales, en las busconas ligeras de ropa de la esquina. Tenues luces de neón que anunciaban locales de cine porno, librerías para «adultos» y pensiones de baja categoría desfilaron ante sus ojos como imágenes de video, y sus dedos oprimieron imaginarios botones y palancas mientras se abría paso a través de las poco recomendables multitudes de última hora de la noche.

Se metió por un callejón estrecho, que se adentraba en las sombras, y después se detuvo y se apoyó de espaldas contra los fríos y húmedos ladrillos. Hizo girar las tres esferas de la combinación del cierre, dejando cada una en su número adecuado, y abrió la cartera de mano.

La máquina; había pensado en ella durante todo el día en el trabajo; había pensado en ella hasta el último segundo mientras esperaba impacientemente que fuesen las cinco y ahora había tenido y perdido otra oportunidad, y aún no la había vencido. Rebuscó entre los papeles de la cartera y sacó un largo y pesado cuchillo.

Esta noche practicaría y mañana derrotaría a la máquina.

LA UNIÓN ETERNA

Barry N. Malzberg

UNO

Carlyle decide asesinar al Presidente. Basta de esta basura. El Presidente es un hombre menudo, desmañado, que está sentado solo en una gran habitación empapelada de blanco y dorado y toma todas las decisiones sobre la marcha de la República; y Carlyle está ya más que harto de semejante autocracia, a pesar de que fue uno de los voluntarios de la última campaña del Presidente (y ahora está empleado como mecanógrafo confidencial), la cual se tomó en serio de verdad en su momento. Pero ahora Carlyle sólo se siente traicionado. Por una parte, la guerra continúa y, por otra, el Presidente tiene un extraño y penetrante modo de descubrir todos los defectos ocultos de Carlyle, para después burlarse de ellos en las sesiones del Ejecutivo. Carlyle está completamente seguro de esto, de todos modos.

—¡No tenemos la menor influencia sobre nuestras vidas! —grita, por consiguiente, al ahora tembloroso jefe del Estado (por un momento había pensado en usar una pistola, pero en el último instante decidió que el cuchillo era mejor; podía ser sanguinario, pero así él vería los efectos de su acción y ¿acaso no era ésa la gracia?)—. No podemos seguir viéndonos incluidos en movimientos sociales masivos, desplazados por instituciones incorpóreas y jefes de Estado abstractos que se convierten en meros depositarios de nuestras míseras fantasías y temores.

Asqueado, Carlyle advierte que, como de costumbre, su retórica se ha hecho pesada e inconveniente y que se ha apartado de su objetivo (que es por lo que ha sido relegado a mero mecanógrafo confidencial), pero no lo puede impedir; es su carácter. —Maldita sea, después de todo lo que hice por usted, me ha traicionado— dice a su jefe, y levanta el cuchillo mientras reduce aún más la distancia que los separa.

El Presidente, balbuceando excusas, extiende las manos, hace un gesto de apuro y luego, con otro de sus ramalazos de volubilidad (porque es un político muy listo), cruza los brazos sobre el pecho en una postura de relajación y una extraña y embotada sonrisa asoma en sus facciones.

—Realmente no lo comprende, pobre tonto —dice—. No me puede hacer esto a mí, Carlyle. Yo también soy una víctima. Todos nosotros somos víctimas, y yo sólo

cumplí las órdenes de continuar la guerra. En este tipo de cuestiones confluyen fuerzas poderosísimas, compréndalo; enormes corrientes sociales que nosotros apenas alcanzamos a comprender.

Después se pone de pie, expectante.

—Está bien —continúa—, sea. Haga lo que quiera, no me importa. Haga lo que sienta que ha de hacer, pero ya verá como no hay diferencia, Carlyle. Las fuerzas que nos tienen atrapados son muy poderosas y aún están evolucionando.

Carlyle medita sobre esto, como habría hecho cualquier otro voluntario, mientras hace dar vueltas al cuchillo en sus manos. El Presidente parece tener cierta razón después de todo, y en cualquier caso él se comprometió a ser respetuoso con las instituciones; y si el Presidente no es una institución, ¿qué o quién lo es?

—Bien —dijo—, admito lo que acaba de decir. Me doy cuenta de que quizá me he apresurado un poco. ¿Por qué no puede usted también ser una víctima, como el resto de nosotros? Consideraré un poco todo esto...

Y en este momento, el astuto y menudo Presidente salta sobre él con sorprendente agilidad y rapidez y le arrebató el cuchillo a Carlyle; después lo centra y se lo clava en el estómago.

—Siento muchísimo hacerle esto —dice el jefe del Estado—, pero evidentemente es usted un personaje peligroso y yo me he de proteger a mi mismo, aunque admito que hizo un buen trabajo organizando la propaganda a mi favor en las últimas elecciones.

Y Carlyle, mientras cae al suelo, admite que el Presidente tiene razón. Ha hecho lo que tenía que hacer. Las paredes son doradas y blancas, blancas y doradas, pero la blancura prevalece y, así, sintiendo como se le clava el cuchillo Carlyle se desvanece o por lo menos, piensa que pasa a un diferente nivel de pensamiento y acción.

DOS

El Presidente decide que debe matar a Carlyle. Carlyle es un tipo alto, bastante robusto, de mirada triste, alocada, que alegando su condición de voluntario, ha logrado infiltrarse hasta el despacho más reservado y ahora, habiendo dejado atrás toda posibilidad de ser interrumpido, está increpando al Presidente. Dice algo acerca de haber perdido la capacidad de influir en su propia vida, todo por culpa de las instituciones incorpóreas. Y más tonterías por el estilo.

—Vamos —dice el Presidente, intentando mostrarse razonable como siempre que se halla en público, cosa que en la actualidad procura hacer cada vez menos, porque el negocio es el negocio—, piense en ello, Carlyle. ¿No cree que esas instituciones ejercen la misma fuerza sobre usted que sobre mi? No tiene usted idea de qué es lo que nos hace estar a su merced. Si se le considerase lo bastante discreto, yo le podría enseñar documentos secretos que le convencerían. - Y así va continuando, como sea, para contener al hombre o distraerlo mientras intenta encontrar algún modo de salir de aquel lío.

—Ya me conoce —dice el Presidente, mostrando una sonrisita alegre—. Odio la guerra, ¿pero qué puede hacer uno? Piense en los militares. - Pero no parece que esto funcione o, por lo menos, que lo haga tal como él esperaba.

El Presidente sabe, sabe muy bien, que debía haber verificado sus sistemas de seguridad tiempo atrás, pero no lo hizo y ahora está pagando las consecuencias de su pereza. De su pereza y también de sus buenos sentimientos; le tenía apego al cuerpo de voluntarios que le habían ayudado a conseguir la reelección tras una ardua campaña contra un oponente que carecía de su trágico y global modo de ver la guerra. Y, claro, tenía que ocurrir. Los sentimientos le han traicionado y ahora uno de esos voluntarios lo quiere matar.

—Vamos, hombre —le dice a Carlyle elevando el tono, con una voz que, a pesar de toda su preparación, revierte a un estridente tono juvenil al hallarse en tensión—, ¿cree que yo no cambiaría esto si pudiese? No es obra mía; tenga en cuenta las complejidades del problema. - Y avanza razonable hacia el loco, con los brazos abiertos, para disuadirle con esa labia que siempre le ha caracterizado; pero Carlyle, tal como ha asegurado, está más allá de cualquier golpe de efecto. El cuchillo se mueve.

El Presidente no está muy seguro de cómo llevar adelante la cosa, pero de un modo u otro se las arregla para arrebatarse el cuchillo de la mano del maníaco. Estrecha el mango sudado en su mano y hunde la hoja en el pecho de Carlyle, o, por lo menos, piensa que lo ha hecho. Pero quizás ha sido el demente que, abalanzándose sobre el cuchillo, ha querido terminar así. Sea como fuere, allí está Carlyle tendido en el suelo, delante del Presidente, perdiendo la vida a leves latidos mientras aquél contempla las delgadas rayas rojas que estropean el suntuoso papel blanco y dorado de la sala de entrevistas. Vaya asco.

—Ya le dije —dice el Presidente con voz triste, mirando a su oponente—, ya le dije que esto no acabaría bien. - Y hace sonar el timbre para que entren los guardias (que tienen que estar de servicio en algún lugar del vestíbulo; Carlyle no habrá podido eliminarlos a todos) y se lleven el cadáver.

Sin embargo, no aparecen.

TRES

El Presidente y Carlyle deciden que deben matarse el uno al otro. Esto es un problema, ya que ninguno de los dos existe de verdad. Son meros circuitos de un gigantesco ordenador que, como bien sabemos todos, se adueñó del mundo al terminar la guerra, el año 2561, y ahora es el único factor consciente del planeta, ya que los demás fueron víctimas hace ya mucho tiempo de la inevitable decadencia causada por la guerra. (Tal vez quedaron algunos pocos en los primeros tiempos de la ascensión del ordenador, pero fueron eliminados mediante otros procedimientos). Desde el año 2561 ha pasado un período de varios centenares de miles de años —es difícil estar seguro, y el ordenador no tiene idea ni siente ningún interés por el tiempo convencional— y ahora la máquina se aburre cada vez más, dadas las circunstancias.

En consecuencia, ha emprendido la reconstrucción en sus cintas y bancos de memoria de diversas personalidades y acontecimientos históricos que, de una forma un tanto binaria, juega a enfrentar para su propia diversión. Todo termina siempre del mismo modo —es decir, con la destrucción de todas las fuerzas enfrentadas— porque el ordenador pertenece a una casta algo mórbida y suicida y, considerando sus circunstancias, ¿por qué no lo habría de ser? Al fin y al cabo, vino al mundo como resultado de la gran guerra y en su juventud no vio más que sufrimientos. Una y otra vez, Carlyle y el Presidente se matan uno al otro. En algunos de estos enfrentamientos lo hacen lentamente y, en otros, con prisa; en algunos se producen contrasentidos irónicos en los que el uno muere para liberar al otro sólo para que éste muera a su vez, y así sucesivamente, pero, sin importar cuál sea la combinación, la cosa sigue adelante, lo cual no quiere decir —mirándolo desde el punto de vista más distante de todos— que el ordenador no sea perfectamente sensato en sus cálculos y que el Presidente y Carlyle no se vayan alternando en sus continuos enfrentamientos y la cosa siga de este modo por siempre jamás. ¿Por qué no? Desde luego, ¿por qué no? ¿Acaso esto no resulta tan razonable como cualquier otra cosa en la época descrita?

CUATRO

Carlyle y el Presidente deciden unir sus fuerzas y destruir el ordenador. Éste, alerta,

asimismo, como siempre, se da cuenta en seguida de que una grave reacción disociativa y la consiguiente ansiedad han hecho presa de él (según las viejas cintas implantadas por los fabricantes hace muchos milenios), pero nada de todo esto le hace ningún bien y, por tanto, decide ceder con la mayor elegancia posible.

Les dejará fantasear. Al fin y al cabo, son meros circuitos. Cuando hayan llevado a cabo, en apariencia, su obsesión, todo volverá a ser como antes lo era y en el futuro el ordenador será más cauto. Sólo en el último instante, de hecho, insinúa algo más la maquinaria, pero cuando Carlyle y su jefe, ahora gráciles como medusas, deslizan sus tentáculos eléctricos hacia el interior y alrededor de los fusibles; el ordenador no soporta siquiera el pensar en ello de tan cautivadora que le resulta esta última e insuperable posibilidad de entre todas las que ofrece la guerra.

LA TARJETA

Charles L. Grant

Jack Furrillo estaba sentado en una silla de plástico duro al pie de una cama de hospital y contemplaba a su padre, Anthony, que, inmóvil y esquelético, yacía en coma profundo. Jack observaba los tubos que le hacían respirar, le proporcionaban medicación y sustento a través del brazo, largo y lleno de pinchazos, y eliminaban los productos de sus evacuaciones. Después volvió la cabeza lentamente y fijó la vista en la pantalla donde aparecían los gráficos de funcionamiento del corazón, del cerebro y de la media docena de cosas que Jack nunca había pensado que existieran.

Pero Jack no estaba solo. Mientras velaba, las enfermeras entraban, le saludaban con la cabeza y examinaban a su padre, le cambiaban de posición para que no se llagara, lo lavaban para evitar cualquier infección, ajustaban la intravenosa, revisaban el material y se volvían a marchar. No le decían nada ni a él ni a su padre. Quizás esperaban que Jack llevase la conversación, que leyese en voz alta o explicase los acontecimientos diarios, o que balbucease recuerdos queridos que pudieran provocar en el enfermo una sacudida, un gemido o una sola y milagrosa palabra.

Jack no hacía nada de todo eso.

Sólo observaba y esperaba, y, a pesar del hecho de que no creía en ningún dios ni en poderes controladores ni en una inteligencia etérea central que atendiese a sus deseos, rezó para que su padre no muriera. Entonces, no. Ni nunca.

Más que ninguna otra cosa, Jack quería que su padre pasara la eternidad en aquella cama, enganchado a aquellos aparatos, con la muerte al otro lado de la puerta pero sin poder entrar.

Y cuando las horas de visita terminaban, se levantaba, se desperezaba, se aseguraba de que el enfermo no había muerto mientras él no miraba y después salía de la habitación color verde pálido hacia el corredor color blanco y saludaba con un movimiento de cabeza a la enfermera de servicio. Invariablemente, ésta le sonreía cortésmente. Invariablemente, Jack le devolvía la sonrisa y salía con la demás gente, mujeres con chaquetón gris oscuro, hombres con trajes que les caían mal, tonos nerviosos, a la vez contentos por marchar y con sensación de culpabilidad por hacerlo. Tomaba el ascensor para bajar al vestíbulo y se aguantaba todo lo posible para no correr hacia su coche.

Ésta había sido su rutina diaria durante cincuenta y nueve días, todos los días desde que aquella serie de ocho ataques, cada vez más graves, había hecho saltar a Anthony del sillón del despacho de su fábrica de artículos electrónicos para caer sobre la alfombra oriental de color azul (que le había costado más, según decía, que lo que había tenido que pagar por la educación de Jack).

Transcurridos quince días, las visitas de los amigos de su padre —ramo de flores

en mano y mirada temerosa de estar viéndose a sí mismos— se hicieron menos frecuentes. Después de la tercera semana, dejaron de telefonar por las noches para preguntar por su estado; después de la cuarta, dejaron de enviar a Jack las tarjetas diciendo lo muy apenados que estaban y cuán fervientemente deseaban que Anthony no tardara en reponerse.

Dejaron de llamar porque se enteraron de la horrible verdad: que el enfermo no se recuperaría nunca. Los tubos conectados a su cuerpo no mentían. Lo que no sabían era que el viejo era un asesino impenitente y nunca castigado por la justicia.

Después de cada visita, Jack regresaba en coche a la mansión del siglo diecinueve situada en los límites de la ciudad. Anthony había querido tener tierras, pero no vecinos; deseaba convertirse en un señor feudal, vivir en una colina y mirar hacia abajo con desdén para ver a los campesinos apresurarse a cumplir sus órdenes. No tenía la colina ni tenía ningún título nobiliario, pero tenía la tierra, la fábrica y a todos los trabajadores.

También había tenido una esposa, la cual, después de 25 años, no había aguantado más sus intimidaciones, sus burlas y sus órdenes no del todo explícitas de que debía mantenerse a diez pasos por detrás suyo y había decidido cortarse las venas en la bañera. Jack, que tenía entonces dieciocho años, la había encontrado y con ella la nota que nunca había enseñado a su padre; una nota sencilla, que decía sencillamente: «Te odio».

Jack echaba de menos a su madre, a pesar de sus defectos y de que no se había preocupado de él cuando el muchacho necesitaba algo más que sermones para encontrar su camino a través de la adolescencia. Ella se había entregado al alcohol para aliviar la pena de los abusos de su marido. A veces, Jack había imaginado un plan de venganza para hacer pagar a su padre todas sus maldades. Y lo peor que había podido imaginar era incendiar la fábrica, pero nunca había tenido valor suficiente para hacerlo.

Cada uno de aquellos cincuenta y nueve días había abierto la gruesa puerta de roble para entrar en el gran vestíbulo delantero y se había sentado a una mesa de caballete colocada delante de la gran ventana. Fuera, podía ver el extenso y ahora ligeramente descuidado prado y la línea de nogales que lo protegían de la carretera. Dentro, directamente delante suyo, había una pantalla de color, un teclado, un par de unidades de disco, un modem y más de una docena de fundas de plástico que contenían otros tantos discos... Sin preocuparse por mirar las etiquetas, cogía algunas y se pasaba las dos o tres horas siguientes abatiendo seres galácticos, astronaves y bombarderos. Después cambiaba la programación para dedicarse a la búsqueda de monstruos y brujos, todos ellos parecidos a su padre.

Cuando terminaba, se calentaba una cena congelada sin tener que levantarse de la silla. Esto le parecía más increíble que cualquiera de los juegos y programas que

había visto en su vida. Todo lo que había hecho falta para poder hacerlo era una tarjeta y un programa y un poco de imaginación, y con sólo apretar una tecla podía conectar la TV, preparar sus comidas y hacer llamadas, todo sin tenerse que preocupar. Era maravilloso.

Más que maravilloso, era inmensamente satisfactorio, porque su padre opinaba en vida que no era natural que se pasara todo el tiempo delante de una pantalla de televisión, sobre todo tratándose de un hombre como él, que aún no había cumplido los treinta años. Le dijo a Jack que acabaría dependiendo tanto del ordenador que se le atrofiarían los brazos y las piernas, y que nunca llegaría a ser capaz de hablar cara a cara con otros seres humanos, por ejemplo, con los empleados de la fábrica. Convenció a Kyrin, la novia de Jack, de que se estaba convirtiendo en rival del ordenador, y de que Jack tendría que decidir cuál de las dos era más importante.

Costó casi un mes, pero Jack eligió el ordenador; no permitiría a su padre ni por un minuto más que le dictase los actos de su vida.

A decir verdad, echó de menos a Kyrin, pero también pensó que la muchacha se habría quedado con él si realmente le hubiese amado; y, además, había otras mujeres y sin duda alguna de ellas amaría a la máquina tanto como la amaba él. Suspiró, se echó atrás en su asiento y dirigió una mirada hacia el exterior a través de la ventana. Estaba oscuro; los cristales sólo reflejaban su imagen.

Se sentía fastidiado. Había aquellos días algo en la casa que le daba sensación de incomodidad y le absorbía las energías, cuando él sabía que debería estar sintiéndose a las mil maravillas. Era como si el viejo no estuviese en el hospital sino arriba, o en su estudio, tejiendo la telaraña que Jack había estado luchando por romper desde que murió su madre. Sabía que todo esto era la ansiedad de la espera, pero de todos modos le fastidiaba; y estaba a punto de decidir irse a la cama cuando pensó en echar una mirada al tablón de anuncios local por si había algún mensaje.

Había uno, y estaba cerrado. Usó su contraseña y esperó a que la pantalla quedase en claro, y después nuevamente con imagen.

—Maldita sea —dijo—. ¿Qué demonios es esto?

JACK, LLAMA A TU PADRE

—Caray —murmuró—, esto es pasarse de morbo.

Parpadeó un par de veces, después marcó el código del hospital y subió el volumen del amplificador. La centralita de recepción trasladó la llamada a Cuidados Intensivos, desde donde, a su vez, fue puesto en comunicación con el doctor Inglis.

—Hola, Jack. He estado esperando tu llamada. - La voz era calmada, profesionalmente sombría.

—Demonios —dijo Jack, adivinando el problema instantáneamente.

—Sí, temo que sí, Jack. Hace aproximadamente quince minutos. Su corazón se rindió. Había sufrido daños irreparables.

—Demonios.

—Fue rápido el final, así que podemos estar agradecidos. No se siente nada en un coma así.

—Claro. - Jack había esperado que su padre hubiese tenido que aguantar por lo menos tanto tiempo como el que había estado casado con su madre.

Hubo una pausa.

—¿Jack?

—Sigo aquí.

—¿Vas a hacerte cargo de las disposiciones?

—Sí —asintió él—. Mañana a primera hora.

—Muy bien. - Otra pausa — Jack, ¿crees que te encontrarás bien? Quiero decir, ¿quieres que pase por ahí y te dé algo para ayudarte a dormir?

—No —contestó él, sin vacilación—. No. Es... —buscó las palabras adecuadas—. No es una sorpresa. Pero, de todos modos, es un golpe.

—Desde luego —dijo Inglis—. Ya sé que esto no te servirá de alivio, pero te acompaño en el sentimiento. Y es algo sobre lo cual no debes experimentar la menor sensación de culpa.

—Supongo que no —contestó Jack, aunque deliberadamente dubitativo. Y se disponía a cortar cuando pensó en algo más—. A propósito, ese mensaje que dejó su enfermera... debo decir que, dadas las circunstancias, era de bastante mal gusto.

—¿Qué mensaje era ése?

Jack se lo dijo.

—Oh. - Jack se imaginó al orondo personaje haciendo muecas de disgusto en su silla de cuero negro — Seguro que fue algún malentendido. Tendré unas palabras con ella.

—Bastará con una advertencia —dijo Jack con amabilidad—. No es necesario trastornarla. Probablemente no lo pensó bien.

Inglis se mostró de acuerdo; habló un poco más, como si sintiera que Jack necesitaba compañía, y después colgó el aparato con la promesa de llamar al día siguiente para comunicar cuándo sería el funeral.

Cuando hubo colgado, Jack se puso de pie tan rápidamente que la silla se volcó. La miró con expresión estúpida, después sonrió y corrió hacia la cocina en busca del champaña que tenía guardado en el armario. Llenó un cubo con hielo, envolvió la botella con una toalla y corrió escaleras arriba para darse una ducha y ponerse después la mejor ropa que tenía. Una hora más tarde estaba paladeando una copa en el salón, recordando y brindando a la memoria de su madre suicidada y lanzando maldiciones contra el viejo animadamente por haber muerto tan pronto.

—Padre —dijo—, tuviste éxitos y estuviste muy cerca de ser obscenamente rico, y no eras más que un hijo de perra de primera categoría.

Exactamente a las once y cincuenta minutos la computadora emitió un breve pitido y Jack oyó los débiles chasquidos que los cierres electrónicos produjeron al cerrarse en todas las puertas y ventanas. La mansión estaba segura.

De mala gana, tuvo que dar gracias a su padre por el sistema de seguridad. Cuando Anthony se dio cuenta de que Jack se tomaba muy en serio la exploración de los límites del ordenador y después de una serie de robos y asaltos a la ciudad, sugirió al muchacho que podían hacer instalar un generador auxiliar en el sótano y un nuevo sistema de cierres. Jack se había resistido, pero Anthony tenía muy metida la idea en la cabeza y, además, temía mucho que los campesinos invadiesen su finca, así que no sólo cambió los cierres sino también las ventanas, a las que hizo poner triple cristal a prueba de balas y conexiones que hicieran sonar la alarma.

—Esto es el colmo —se había quejado Jack—. Es como vivir en un calabozo, por mil diablos. Me iré a buscar un apartamento en la ciudad.

Anthony se había limitado a reír, y después preparó un cebo para retener a su hijo en la casa: una tarjeta de control para ordenadores que había comprado tiempo atrás y con la cual había estado experimentando durante los últimos cuatro meses.

—Es como un pedazo de mí mismo, para que juegues —dijo, entregándosela con un floreo—. Te servirá para no sentirte solitario.

Era un convertidor analógico-numérico, el nombre del cual no significó nada para él salvo saber que haría lo que él quisiera que hiciese: vigilar los cierres y encargarse de la cocina, como si se tratase de un ejército de robots dispuestos a satisfacer sus caprichos. Jack emitió una risita, se recomendó prudencia al sentir que un ligero vahído le debilitaba las piernas y se marchó a la cama, donde durmió con una satisfacción como no había sentido en los dos últimos meses.

Los días que siguieron fueron demasiado agitados para poder pensar en otra cosa que no fuese poner al viejo donde le correspondía. El funeral se fijó para un día más tarde, lo relativo al testamento se resolvió con facilidad (puesto que él era el único heredero) y al cabo de una semana todo había terminado. Los afligidos se habían marchado, todos los pormenores habían sido resueltos y ahora él tendría que decidir lo que haría a continuación.

Vender la fábrica de material electrónico era tentador —ciertamente, habían existido muchas ofertas— pero él no era tan tonto como para pensar que las cuentas bancarias durarían indefinidamente si dejaba de ingresar dinero en ellas. Puso en claro con el administrador de su padre que, aunque no tenía intención de presentarse en la oficina todos los días, seguía manteniendo el control de la fábrica y tendría que ser consultado antes de tomar decisiones importantes.

Hizo una sola aparición por la fábrica para vaciar su mesa. Comió en los mejores restaurantes que pudo encontrar. Y visitó la tumba de su madre para decirle que todo había terminado y que el malnacido de su esposo estaba por fin muerto. Concretó su

intención de ponerse en contacto con alguna mujer del tablón de anuncios y, para su propio asombro, incluso logró conseguir una o dos direcciones.

La vida, se dijo a sí mismo animadamente, no había hecho más que empezar. Al final de su segunda semana de libertad pasó un día entero dando vueltas en su carísimo coche nuevo y regresó a casa sintiéndose casi borracho. En el momento en que cruzaba la puerta, el monitor zumbó:

JACK, LLAMA A TU PADRE

—Pero, bueno... ¿qué significa...? —murmuró; era evidente que se había olvidado de borrar los mensajes antiguos. Lo hizo, y lo puso en marcha de nuevo.

JACK, LLAMA A TU PADRE

—¡Maldita sea! —cogió el disco que registraba las llamadas, lo miró, lo golpeó y lo volvió a meter en su sitio. Probó por tercera vez.

JACK, LLAMA A TU PADRE

—¡Seré hijo de perra! —dijo.

Regresó al estudio, se sirvió una copa y la bebió lentamente. Cuando la hubo terminado, se sirvió otra y fue con ella a la habitación delantera. El mensaje aún estaba allí. Se encogió de hombros, se maldijo a sí mismo por no haberse tomado el tiempo necesario para aprender más sobre programación y llamó a varios expertos, los cuales le hicieron diversas sugerencias. Ni siquiera el cambio de discos borró aquellas cinco palabras. Antes de irse a la cama hizo unas cuantas llamadas a varios tablones de anuncios, donde dejó sendas peticiones de ayuda.

A la mañana siguiente, el mensaje estaba todavía allí. Inmediatamente hizo sus maletas y emprendió el viaje que había dicho a su médico que iba a realizar.

Planeó estar fuera sólo por un mes, pero al final de la primera semana se dio cuenta de que no había practicado ni un solo juego electrónico, ni había ido a ninguna sala de juegos, ni había tenido un solo sueño sobre ordenadores desde que se había marchado de casa. Al principio, le aterrorizó pensar que incluso podía llegar a padecer los síntomas de un síndrome de abstinencia; después, casi fue agradable. Ahora estaba en el mundo hablando con forasteros, viendo películas y obras de teatro y tomando fotos con una cámara que no había usado desde hacía años.

Se había, pensó... civilizado. Y resultaba perturbador, porque una vez más el viejo Anthony había demostrado tener razón: Jack había llegado a depender demasiado del ordenador para todo lo que fuera diversión y estímulo. Pero el viejo estaba muerto y no volvería a tener razón; y este alegre pensamiento le acompañó a cinco grandes ciudades, en tres de las cuales estableció contacto con mujeres de su tablón de anuncios. Hasta el mes de diciembre no sintió la nostalgia suficiente como para decidir regresar a casa; y fue dos días antes de la víspera de Navidad cuando cruzó la puerta delantera, dejó las maletas en el suelo y miró el ordenador, que esperaba encima de la mesa.

El deseo de abalanzarse sobre él fue muy intenso, pero recordó su nueva resolución, y por lo tanto deshizo las maletas, se duchó, se preparó una comida ligera para llenar su delicado estómago y puso papel nuevo en la impresora. Entonces llamó al tablón de anuncios.

JACK, LLAMA A TU PADRE

—Una broma —dijo, y dejó un mensaje abierto explicando concisamente que la cosa no era divertida, que su padre estaba muerto y que agradecería mucho a los remitentes que pusieran fin a aquella travesura.

Durmió mal. Tuvo visiones de su madre en la bañera, con el cabello gris en desorden, los ojos cerrados, los labios mostrando una débil sonrisa y las rodillas ligeramente alzadas por encima del agua color rosado oscuro. En el sueño, los ojos de la mujer se abrieron y ésta le dijo que llamase a su padre.

Más tarde, a la mañana siguiente, Jack llamó al doctor Inglis y le preguntó si era raro que alguien se sintiera afligido cuando en realidad se alegraba de que otra persona hubiese muerto. Inglis le dijo que probablemente estaba experimentando una sensación de culpa por el pensamiento de desear la muerte de un ser humano, y que esa sensación de culpa pasaría pronto.

—Culpa, un cuerno —dijo él, tras haber cortado la comunicación.

Jugó con el ordenador, pero no le resultó divertido; intentó perderse en fantasías, pero habían perdido su sabor; buscó mensajes de las mujeres a las que había visitado, pero no había nada en absoluto para él, ni siquiera una «bienvenida al hogar» o una felicitación navideña. Fue al cine, pero las luces, los árboles de Navidad y los Papá Noel de la calle le deprimieron y le pusieron de mal humor.

Volvió a dormir mal y pasó toda la víspera de Navidad recorriendo almacenes hasta que cerraron, comprándose regalos: juguetes, carteles y ropa, pero nada que tuviera que ver con el ordenador.

Poco después de las cuatro, se puso en contacto con el tablón de anuncios local.

JACK, LLAMA A TU PADRE... AHORA

Se puso a andar por la casa, tocando cosas, recordando, llorando por su madre perdida, furioso con su padre desaparecido y sintiendo pena de si mismo. De camino a su cuarto, se detuvo de pronto en medio de la escalera y enarcó las cejas.

—¡Claro! —exclamó.

Después de todo aquel tiempo, y quizá demasiado tarde, había comprendido el problema: odiaba al viejo, sí, pero no por lo que Anthony había hecho a su esposa. Era por lo que no había hecho por su hijo. No había sido un padre. Había trabajado todos los días de la vida de Jack, y ni una sola vez se lo había llevado a dar un paseo o al cine; ni siquiera se había sentado a charlar con él de cosas sin importancia. Había estado demasiado ocupado en su afán por convertirse en señor de la hacienda.

La única cosa que había hecho Anthony (y la había hecho demasiado tarde) era

regalar a su hijo un juguete estúpido para añadir a su ordenador, y aun en este caso la tarjeta era algo que sólo Anthony hubiera podido dar. Un pedazo de si mismo, había dicho; más que eso, era otro vínculo.

—Malnacido —dijo, y empezó a bajar los escalones de dos en dos, para dirigirse a la puerta.

Iría a ver a sus abogados y les encargaría que vendieran la fábrica, la tierra, la casa y todo lo que había en ella a quienquiera que hiciese la primera oferta. Se trasladaría a otra parte del país y empezaría de nuevo. Lo podía hacer; lo había demostrado ya. Sería Jack Furrillo, nacido por segunda vez, y esta vez con un propósito: buscar una esposa y tener un hijo; un hijo al que trataría tal como un hijo debe ser tratado. No lo malograría, sino que lo amaría.

Empuñó el tirador y oyó los suaves chasquidos de los cierres de su padre por toda la casa. Intentó hacer girar el tirador, pero la puerta se mantuvo cerrada.

Jack corrió al salón y se sentó frente al ordenador. Se frotó las palmas de las manos y trató de utilizar el aparato para poder abrir la casa. No sería demasiado difícil, saldría de allí dentro de muy poco.

Al cabo de diez minutos empezó a maldecir. Un cuarto de hora después, empezó a soltar tacos. Transcurridos veinte minutos, alargó las manos por debajo de la mesa y lo desenchufó todo. Después cogió, la silla más cercana y la arrojó contra la ventana delantera. La ventana retembló, pero no se rompió; las patas de la silla se desencajaron. Bajó al sótano, pero no pudo encontrar herramientas adecuadas; todo el trabajo en la casa había sido hecho por personal contratado para ello.

Arrojó todo lo que pudo levantar contra toda ventana que pudo alcanzar. Los cristales permanecieron intactos.

Poco después de medianoche, empapado de sudor y diciéndose a si mismo que debía encontrar un modo de salir, volvió tambaleante al salón.

El monitor zumbó.

JACK, ES TU PADRE

Cuando se dejó caer en una silla y miró cómo se aclaraba la pantalla, sintiendo que el aire de la casa era cada vez más frío y húmedo, supo que había estado equivocado. No era culpa ni odio. Era miedo.

Tenía, y siempre había tenido, miedo del viejo; y no le costó mucho darse cuenta de que era exactamente eso lo que su padre había querido. El miedo le impediría huir, el miedo también le impediría luchar con demasiada fuerza, el miedo le haría permanecer siempre aquí, porque ni siquiera se acercaba a lo fuerte que había sido su madre.

Movió la cabeza de un lado a otro.

El monitor zumbó.

BIEN, HIJO ¿A QUÉ VAMOS A JUGAR?

NO TE PREOCUPES SI VOY DESPACIO.
TENEMOS MUCHÍSIMO TIEMPO.

UN DÍA Y UNA NOCHE DE BRAHMA

Ralph Mylius

La cápsula Dessubah de simulación de combate se agitó furiosamente dentro de su canasta de suspensión de gravedad nula. Por las superficies exteriores de su estructura en forma de huevo serpentearon ásperas descargas eléctricas. Un violento torbellino de colores caleidoscópicos fluyó a través de la envoltura de partículas ionizadas que rodeaban la máquina. Después, súbitamente, la cápsula vibró y se detuvo, y se instaló en los brazos abiertos de su soporte de sujeción. Momentos más tarde, los sellos de cierre de emergencia se rompieron, llenando la Sala Esterilizada de ondulantes y mortíferas nubes de gas venenoso. El silencio fue roto por el grito agudo del ocupante de la cápsula.

—Eliminen el gas inmediatamente —ordenó un técnico, vestido con chaqueta blanca, desde el interior del cubículo de seguridad con paredes de cristal que estaba en el centro de la Sala Esterilizada. Después se volvió hacia el uniformado oficial que estaba de pie a su lado y preguntó:

—¿Desea entrar conmigo, señor?

Jacob Masters miró durante un largo minuto la parpadeante fluorescencia de los monitores del cubículo de seguridad. Y, por fin, murmuró:

—No. Disponga del cuerpo como de costumbre, y después repare la cápsula.

—Lo que usted diga, señor.

Masters miró impasiblemente cómo el técnico se ponía una mascarilla protectora contra el gas y salía a la Sala Esterilizada a través de la esclusa de aire. Había tenido lugar otro fallo, pensó. Otro catastrófico fallo. Y esto significaba que él tendría que reclutar otro simulador, otro individuo que ocupase el lugar del que había muerto aquella mañana.

El técnico sacó el rígido y contraído cadáver, y lo depositó en el suelo, fuera de la cápsula.

—Temo que parece lo mismo que otras veces, señor —dijo, volviéndose hacia Masters—. No pudo soportar la total integración con el ordenador. - Y señaló las reveladoras fracturas del cráneo del cadáver.

—Muy bien. Haga limpiar este lugar y esté preparado para continuar con las pruebas dentro de una semana.

—Si, señor.

Masters alargó la mano y apretó con firmeza el pequeño botón que hacía descender el cubículo de seguridad a través del suelo hacia el área principal del laboratorio. «¡Integración total!», gritó su mente mientras la Sala Esterilizada desaparecía de su vista. ¿Lograría encontrar a alguien capaz de integrarse plenamente con aquel complejísimo simulador de combate? Probablemente no, le contestó una

voz desde la parte de atrás de su cabeza. Pero ello no importaba realmente. Los militares estarían contentos mientras se pudiera probar la eficacia táctica del simulador con un enemigo «real». No importaba que el máximo de tiempo que cualquier individuo hubiese aguantado en la cápsula hubiera sido tres semanas. No importaba que el programa hubiese ya eliminado —no, matado— a veintitrés personas. No importaba... y, sin embargo, de una forma que cabría calificar de desnaturalizada, a él le importaba.

El cubículo de seguridad dio una sacudida y se detuvo.

—Jake —gritó Masters a su secretario mientras irrumpía en el laboratorio—. Comunícame con Kellson en el Comprob. Necesitamos otro conejito de Indias.

La mortal trazadora describió un arco a través del oscurecido cielo con el brillo de una estrella recién nacida, y después descendió rápidamente hacia las grandes hojas verdes de la jungla. Momentos más tarde, Charlie Piggs soltó un gruñido de aprobación mientras el denso muro de plantas estallaba en llamas y un grito de dolor resonaba desde detrás de la cortina viviente que hasta entonces había ocultado al enemigo.

—¡Bravo, Charlie! ¡Un impacto directo! —exclamó Peter Bench dando una palmada en la espalda a su amigo. Después preguntó:

—¿Cómo lo hiciste?

Riggs levantó lentamente las manos de los controles del juego de video, como si fuese un virtuoso que hubiese acabado de tocar en el piano una difícil pieza musical.

—Todo es cuestión de dedos —se jactó mientras se volvía hacia Bench—. Los diez dedos mágicos y esto. - Se golpeó el costado de la cabeza para indicar que su inteligencia había sido la fuerza conductora de su pericia en el juego con las máquinas de la sala.

—¡Asombroso! —exclamó Bench. ¿Cuántas victorias van con ésta?

—Cuarenta y siete —contestó Riggs llanamente, como si su récord de victorias en el juego más difícil que Govcontrol había llegado a inventar careciese totalmente de importancia.

Bench movió la cabeza de un lado a otro, maravillado.

—Vamos —dijo por fin—. Deja que invite al campeón a un trago.

Cogió a su amigo por el brazo y tiró de él hacia la salida de la sala de juegos.

—No puedo.

Bench soltó a Riggs y le dirigió una mirada intrigada.

—Lo siento, Peter, pero he recibido órdenes de ir a ver al de la LC. Hoy es el día del mes que me toca, ya lo sabes.

Una expresión de decepción cruzó la cara de Bench.

—Sí —murmuró—. Lo podemos dejar para más tarde.

Riggs consoló a Bench exhibiendo una amplia sonrisa y alzándose de hombros.

—No tengo elección —explicó—. Si falto a una revisión más, los revisores de libertad condicional me volverán a meter entre rejas.

Marchó apresurado hacía la salida, dejando a Bench plantado delante del video. Después, al llegar al portal, se detuvo y se volvió hacia su amigo.

—Me podrás invitar a beber en otro momento —gritó—. Ya volveremos a vernos.

Tan pronto como pisó la acera, Riggs sintió un inmediato alivio de la tensión que se había ido acumulando en el centro de su pecho. Detestaba a los parásitos, a los aduladores que siempre se le pegaban porque sabían que él era el mejor. Tenerlos a su alrededor hacía más miserable su vida... y sólo ligeramente menos aburrida. «Demonios», pensó mientras recorría la corta distancia que le separaba del MagShuttle que le conduciría al agente que controlaba su libertad condicional, «vencer en los juegos de video no requiere la menor pericia». Comparado con lo que él había hecho con los ordenadores antes de ser enviado a la cárcel, era como si ellos se hubiesen acostado con una prostituta androide. Aquello sí que había sido un auténtico desafío, algo de lo cual él se había sentido orgulloso. También era algo que él sabía que no podría volver a hacer nunca más.

Riggs metió dos monedas de plástico en el torniquete de la estación y después se abrió camino hacia la línea delantera de los pasajeros que esperaban.

—Jódase —gruñó a una mujer gorda que quería impedirle el avance. «Y que se joda todo el mundo», añadió mentalmente para sí mismo. La desesperanza de su situación pareció echársele encima mientras esperaba que apareciese el MagShuttle. Recordó el dolor que había sentido cuando el juez y su sentencia le habían cerrado para toda la vida la posibilidad de poseer un ordenador o de volver a trabajar con uno. Todo lo que le dejaban eran los aburridos y anticuados juegos de video, amigos atontados como Bench y una existencia sin salida en un mundo que avanzaba con la increíble fuerza de un constante proceso de aceleración. Si no ocurría algo pronto que hiciese su vida un poco más emocionante, Riggs sabía que la frustración que hervía dentro suyo acabaría estallando. Y si esto ocurría, pensó mientras subía al tren, entonces más le valdría al mundo andarse con ojo, porque se convertiría con todos los que en él habitaban en otro enemigo electrónico simulado a aniquilar con la pericia de su muñeca.

—Bien, ¿cómo marchan las cosas?

Riggs miró al funcionario durante unos breves momentos y después hizo una mueca.

—Como la mierda es como marchan, señor Kellson. Como la mierda pura, sin adular.

John Kellson apoyó las manos alrededor del pequeño tintero de cristal que tenía encima del escritorio y frotó lentamente con los pulgares la fina superficie. Había esperado que Riggs se mostrara de mejor humor en aquella visita, pero pudo ver por

la agria postura defensiva de aquel muchacho de cabellos rubios que esta vez no iba a ser diferente de la anterior.

—Está bien, ¿qué te pasa hoy? —preguntó con un suspiro de aburrimiento.

—Las mismas cosas de siempre —contestó Riggs—. Estoy harto a más no poder de todo; no puedo dormir, no soporto a los idiotas que me rodean y estoy cansado de esa estúpida escuela a la que me hace ir usted. - Entornó los párpados y acercó el rostro al de Kellson. —Usted sabe lo que quiero... lo que he de hacer. ¿Por qué el tribunal no reconsidera mi caso y me deja volver a los ordenadores?

Kellson contestó con un tono de voz frío y mesurado:

—Yo no hago las leyes, Riggs. Fuiste declarado culpable de haber forzado un banco de datos de alta seguridad. Esto significa que nunca más podrás tocar un ordenador. En cuanto al resto de tu vida... es cosa enteramente tuya decidir lo que quieres hacer de ella.

Riggs rechinó los dientes con furor. Las palabras del agente no hicieron nada para aliviar la presión que sentía en el interior de su cabeza.

—¡No me salga con la misma mierda de siempre! —gritó—. Se supone que usted me ha de ayudar a reintegrarme en la sociedad. Se sup...

—¡Tómalo con calma, muchacho! —ordenó Kellson—. Ya sé que estás loco. Ya sé que la única cosa que has querido siempre hacer es convertirte en programador profesional de ordenadores. Pero no puedes. Y no hay más que hablar.

Riggs dejó que la rabia se le quedara en la punta de la lengua. Quería escupir con violencia su mortificante frustración, desembarazarse de las emociones que lo embargaban y le envenenaban el alma. Pero no pudo. La expiación de su miseria hubiera sido fútil, un ejercicio sin finalidad que no le habría acercado más a volver a ponerle las manos encima a un ordenador.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó finalmente. Y la pregunta llevaba consigo una afilada dentellada de desesperación.

Kellson permaneció silencioso durante varios minutos y después dijo:

—Buscar otra cosa. - Abrió una pequeña carpeta marrón que había estado desde el primer momento en el lado derecho del escritorio — Buscar... algo como esto.

Señaló una hoja de papel de dentro de la carpeta.

Riggs giró la cabeza hacia un lado y dirigió al agente una mirada sospechosa.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Un vale para convertirme en un buen tendero?

—No exactamente —sonrió Kellson—. Es un formulario de excarcelación que te permitirá participar en un programa de pruebas patrocinado por el gobierno.

—Magnífico —soltó Riggs— ¿Significa esto que voy a tener que pasar el resto de mi vida enganchado a un acumulador de esperma federal?

—Escucha, Riggs —gritó Kellson—. No creo que haya nada que me obligue a proponerte esto. O dejas de utilizar ese vocabulario o nos olvidamos de todo, te largas

de mi despacho y por mi puedes irte al infierno.

—Está bien, está bien. Seré bueno. ¿De qué trata ese programa? - Riggs curvó los labios en una expresión mitad de burla y mitad de sonrisa.

—Es sobre simulaciones mediante ordenador. De eso se trata.

Ensanchando los ojos, Riggs miró al agente con incredulidad.

—¿De qué ha dicho que trata? —preguntó vacilante, temeroso de que lo que había oído no fuese lo que Kellson había dicho.

—El gobierno necesita alguien para probar su sistema de simulación de combate. Yo pensé que tal vez te gustaría intentarlo.

Súbitamente, en la parte de atrás del cuello de Riggs se formó un nudo sólido de excitación que después descendió por el centro de su espina dorsal.

—Pero... pero... yo pensaba que usted había dicho que yo no podría trabajar con ordenadores. Yo pensaba...

—No vas a tener acceso a las máquinas —le interrumpió Kellson—. Sólo serás sometido a ellas. Lo que se necesita es tu mente para controlar la simulación. Si te interesa, el director del proyecto te podrá explicar todos los detalles. ¿Quieres hacerlo?

Riggs se sintió de repente como el condenado a la horca que, al pie del cadalso, acaba de recibir un indulto de última hora. Con la oferta de Kellson, su sueño de trabajar de nuevo con ordenadores había renacido instantáneamente de entre los escombros causados por las estupideces infantiles realizadas por el chiquillo que había sido. Ni siquiera pensó que el empleo con el simulador no le devolvía completamente la libertad; sólo le daba un nuevo comienzo, un punto de partida para las nuevas oportunidades que podrían llegar.

—¿Cuándo empiezo? —preguntó por fin, en un tono de renovada autoseguridad.

—Concertaré una entrevista con el director del proyecto para mañana por la mañana.

—Gracias, señor Kellson —dijo Riggs, con sinceridad—. Muchas gracias.

—Es un placer, Riggs —contestó el agente—. Habría hecho lo mismo por cualquiera de los que están en tu situación.

El edificio que albergaba la Dirección General de Estudios de Biomnemotecnia tenía el típico aspecto funcional propio de todos los parques industriales: unos cimientos de material plástico que soportaban paredes de material plástico, que sostenían a su vez un techo de material plástico. Se había convertido en el estilo arquitectónico distintivo de la última revolución del silicio, pensó Riggs. Y era feo. Pero a él no le importaba el aspecto que tenía el edificio. Era un lugar que mantenía la promesa de que podría alcanzar su objetivo: trabajar con aparatos ultramodernos de tratamiento de datos.

Riggs subió apresuradamente el corto número de escalones hacia la entrada de la

oficina de su nuevo jefe.

—Por una nueva vida —dijo en voz baja mientras hacia una pausa antes de pasar al interior—. Y porque haya quedado atrás este período de desánimo. - Tomó una profunda bocanada de aire fresco y empujó con aplomo la puerta de entrada.

—¿Puedo servirle en algo? —preguntó una joven de cabello oscuro tan pronto como Riggs entró en la recepción del edificio. Estaba sentada tras su escritorio gris de metal y dirigió una mirada inquisitiva al muchacho.

—Sí, por favor —contestó él, inmediatamente—. Mi nombre es Riggs, y vengo a ver al doctor Masters. - Sonrió y añadió —mi cita era para las diez en punto.

La mujer no dijo nada. Bajó la cabeza y se puso a hojear sin prisa una libreta de notas negra que estaba en el centro del escritorio. Cuando encontró la página que había estado buscando, se volvió en su asiento y apretó un botón de la centralita telefónica instalada en la pared que tenía detrás.

—¿Doctor Masters? —inquirió cuando contestaron al otro extremo de la línea—. Doctor, tengo aquí a cierto señor... —volvió los ojos hacia Riggs.

—Riggs, Charlie Riggs.

—Tengo aquí al señor Charlie Riggs, que viene a verle a usted —continuó la mujer. Quedó en silencio durante unos segundos y después apretó otro botón de la centralita.

—Sírvase sentarse, señor Riggs —anunció cuando se hubo vuelto hacia el muchacho—. El doctor Masters saldrá dentro de unos momentos.

—Gracias. - Riggs cogió una silla de cerca del escritorio de la mujer, pero antes de que tuviese oportunidad de sentarse, un hombre alto, de cutis rugoso, salió a través de un par de puertas giratorias que había en un extremo de la recepción y avanzó hacia él.

—Soy el doctor Jacob Masters —dijo el hombre mientras tendía la mano—. Y usted debe de ser el señor Riggs. Habíamos perdido la esperanza de verle hoy.

Riggs estrechó la mano del doctor y después dijo:

—Perdóneme, señor. Se me hizo tarde, y...

—No tiene importancia —le interrumpió Masters—. No nos ha causado ningún trastorno.

Riggs dejó escapar un silencioso suspiro de alivio. Hubiera sido estúpido fallar el primer día, pero una huelga en las líneas del MagShuttle había retrasado su llegada en más de cuarenta y cinco minutos.

—Gracias, señor —dijo, reconocido.

Masters se volvió hacia la mujer del escritorio.

—Maggie —dijo—, tenga la bondad de registrar al señor Riggs bajo mi responsabilidad. Me haré cargo de cualquier desperfecto que pueda hacer. - Se rió un poco y después se volvió hacia Riggs —¿vamos a ello?— dijo, y avanzó hacia la

doble puerta.

—Sí, señor —contestó Riggs.

—Entonces, sígame. - Masters precedió a Riggs a través de las puertas y hacia una gran habitación brillantemente iluminada — Esto es el laboratorio principal — anunció una vez hubieron entrado.

Riggs no podía creer lo que estaba viendo. La sala parecía algo salido de la fantasía de un científico. Tenía diez metros de longitud por diez de anchura, y las paredes aproximadamente la misma altura. Todo el interior estaba pintado de color blanco mate, severo; y en el centro de la sala, una enorme columna cilíndrica se alzaba hasta el techo. A lo largo de una de las paredes, en diversas hileras de estanterías, había un despliegue increíble de aparatos electrónicos.

—Cielo santo —murmuró Riggs entre dientes, mientras avanzaba hacia la cornucopia de aparatos registradores de datos—. Deben ustedes de tener línea directa con los principales bancos de datos del gobierno.

—Digamos que tengo mis propios recursos —dijo Masters, sonriendo.

—Yo diría que sí —repuso Riggs, alargando la mano y tocando una pequeña caja amarilla con el dedo índice—. Esto es una ampliadora de imágenes Stilweld. Yo pensaba que sólo había unas pocas, distribuidas entre algunos laboratorios de investigación de alta seguridad.

—Así es, en efecto.

Riggs echó una mirada rápida a Masters y después apartó lentamente el dedo de la ampliadora. Una extraña sensación de incomodidad ensombreció de pronto su todavía boyante optimismo acerca del nuevo empleo y envió un estremecimiento a lo largo de su columna vertebral, para luego desaparecer rápidamente.

—¿Cuál es exactamente el trabajo que he de hacer aquí? —pregunto.

—Hemos de subir arriba para poderle contestar a eso —dijo Masters—. A la Sala Esterilizada. - Señaló la Columna del centro de la habitación y añadió —tomaremos el cubículo de seguridad. Es un medio más rápido.

Riggs siguió al doctor hacia el cubículo. Ninguno de los dos dijo nada mientras el aparato con paredes de cristal efectuaba el corto viaje hacia la Sala Esterilizada. Después se detuvo suavemente.

—Es aquí —dijo Masters, tras unos breves momentos de silencio—. El sitio donde trabajará usted.

Riggs echó una mirada a la sala. Tenía el mismo aspecto que el laboratorio de abajo, pero era más pequeña y estaba desprovista de aparatos. A un lado, a unos tres metros de la esclusa neumática del cubículo de seguridad, había un gran artefacto en forma de huevo. Descansaba sobre un soporte de metal pulido, formado por cuatro brazos que parecían enormes vainas vegetales vueltas del revés.

—¿Qué es eso? —preguntó por fin mientras se movía hacia el huevo.

—Eso, señor Riggs, es el simulador de combate. Si las cosas marchan bien, pasará usted una buena temporada en su interior. - Sonrió mirando al muchacho y le dio unas palmadas paternales en la espalda — ¿Le gustaría echar una mirada?

Otra punzada de inseguridad recorrió la espina dorsal de Riggs, pero se zafó de ella rápidamente.

—Desde luego —contestó con firmeza, tratando de impedir que su voz denunciase aquel nerviosismo irracional.

—Bien. Póngase uno de éstos. - Masters agarró el asa de una pequeña plancha que se recortaba sobre el suelo del cubículo y tiró de ella. La tapa se abrió y reveló un compartimento donde había una pila de monos de trabajo cuidadosamente doblados — Tenga —dijo el doctor mientras entregaba uno a Riggs — No queremos que entren gérmenes en la Sala Esterilizada.

Riggs se puso rápidamente el mono por encima de su ropa de calle y se colocó la mascarilla que la prenda llevaba adosada.

—Preparado —anunció, con voz amortiguada.

Masters hizo una señal con el pulgar hacia arriba, después de haberse ajustado su propia mascarilla; a continuación empujó los faldellines de goma que cubrían la esclusa neumática del cubículo y salió a la Sala Esterilizada.

Riggs siguió al doctor y se situó a su lado, frente al simulador.

—Lo llamamos cápsula Dessubah de simulación de combate —explicó Masters—. Lleva el nombre de su inventor, el doctor Charles H. Dessubah. - Rodeó lentamente la cápsula y se detuvo ante una pequeña escotilla abierta. —Adelante, Riggs. Meta la cabeza y eche una buena mirada.

Riggs se quedó inmóvil durante un momento, y después, de modo vacilante, obedeció a la invitación del doctor. El interior de la cápsula no era tan complicado como él había pensado que sería. Nada del laberinto de instrumentos y cables que él había esperado; el centro de control del simulador consistía en un circuito multiplex de entrada y salida de datos, instalado en el mamparo situado frente a un asiento acolchado y reclinado. Evidentemente, todas las piezas que movían la cápsula estaban situadas en otro lugar, pensó Riggs mientras sacaba la cabeza fuera del simulador. Pero, entonces, ¿qué necesidad había de un mecanismo tan elaborado sólo para alojar al tripulante?

—Bien, ¿qué le parece? —preguntó Masters.

—¿Cómo funciona?

—En realidad, es un concepto sencillo. Se basa en la idea de que un ser humano puede responder a cambios de situaciones tácticas más aprisa de lo que lo haría un ordenador por si solo. Sometemos al sujeto a una ambientación total... - Masters hizo una pausa y después dijo — Si ha visto bastante, podríamos quitarnos los monos mientras le voy explicando el resto de nuestro sistema.

Riggs asintió con un movimiento de cabeza y siguió al doctor de nuevo hacia el cubículo de seguridad.

—Como le estaba diciendo, sometemos al sujeto a una ambientación total mediante un sistema que le proporciona nutrición, oxígeno y estímulos cotidianos normales. Todo esto se le suministra a través de un tubo que, a modo de cordón umbilical, llega hasta el simulador desde el laboratorio. - Masters se interrumpió y miró a Riggs

—¿Ha comprendido lo que le he explicado hasta ahora.

—Creo que sí.

—Bien, le encontrará más sentido una vez haya tenido oportunidad de leer el manual que le proporcionaremos.

Masters dirigió al muchacho una sonrisa tranquilizadora y después continuó con la descripción del simulador.

—Todo se le suministra a través de esta especie de cordón umbilical, incluidos los datos sobre el combate durante una práctica real contra los muchachos de la academia militar.

—¿Entonces, yo seré el enemigo? —preguntó Riggs—. ¿Tendré que enfrentarme a verdaderos oficiales de las fuerzas armadas?

—En efecto. Éste es el propósito de todo el proyecto. ¿Le hace sentirse nervioso?

—No —mintió Riggs—. No, en tanto que yo tenga una posibilidad de luchar.

Masters apretó un botón para activar el descenso del cubículo de seguridad hacia el laboratorio.

—No se preocupe por esto —dijo, mientras el compartimento se ponía en movimiento—. Nosotros cuidaremos de usted desde abajo.

Mientras el huevo de simulación de combate desaparecía de su campo visual, Riggs volvió a sentir el cosquilleo de su anterior intranquilidad. Pero esta vez duró más y le afectó más intensamente. ¿Podía ser que Kellson le hubiera engañado? ¿Había en aquel trabajo más peligro del que Masters estaba dispuesto a admitir? Las preguntas se acumularon en su mente y le instaron a hacer algo en defensa de su arruinada vida.

—Más vale —dijo por fin. No había usado un tono de voz airado desde su entrevista con Kellson.

—Se le llama el efecto del día y la noche de Brahma —explicó Masters—. Cuando uno está dentro del simulador, todas las funciones normales del cuerpo le son reducidas a un nivel tan bajo que podemos alargar la vida del sujeto indefinidamente: durante un día y una noche de Brahma.

El general de brigada Green frunció los labios.

—Refresque mi memoria, doctor —dijo—. ¿Cuánto tiempo es ése?

—Pues, según la religión india, señor, son más o menos ocho mil millones de

años. Desde luego, nosotros no esperamos poder mantener vivo a un hombre durante tanto tiempo, pero...

—Pero lo están intentando —interrumpió Green. Miró a Masters con expresión escéptica en el rostro—: ¿Qué le hace pensar que el tipo que tienen ahora encerrado ahí durará más que cualquiera de los que le han precedido?

Masters se aclaró la garganta y después contestó:

—Hemos hecho algunas modificaciones importantes en la forma en que el sujeto accederá a los ordenadores.

—¿Por ejemplo? —preguntó el general impacientemente.

—Las conexiones —dijo Masters—. En vez de usar conductores eléctricos convencionales para unir el cerebro con el sistema, hemos pasado a utilizar un proceso completamente biológico. Se usará una solución de electrolito hípersaturado para llevar las respuestas neurales del sujeto a los ordenadores y viceversa. Esperamos que esto elimine totalmente el problema de la realimentación.

—Y que pare también la matanza —añadió Green.

—Si, señor.

El general miró la cápsula de simulación y después volvió la vista hacia el doctor.

—Está bien —dijo, con un suspiro—. Autorizaré otra prueba. Dios sabe cuánto me ha presionado el comandante de la academia para que deje que sus candidatos a oficiales tengan una nueva oportunidad de practicar verdaderos juegos de guerra.

Masters sonrió y estrechó la mano de Green.

—Muchas gracias, general. Le prometo que esta vez tendremos éxito.

—Sí... —murmuró Green—. Pero antes de marchar, quisiera saber una cosa.

—¿Qué cosa, señor?

—¿Cómo encuentran a estos valerosos hombres que voluntariamente sacrifican el resto de su vida a este proyecto?

Masters hizo una pausa, y después contestó:

—No es demasiado difícil. Sólo se ha de saber dónde hay que ir a buscar.

—Señor Riggs, comenzaremos dentro de cinco minutos.

La voz suave, incorpórea, pareció flotar en la mente de Riggs como una tira de corchos de colores fluctuando a lo largo del río canalizado que, de algún modo, conectaba su conciencia con el mundo exterior. No oyó realmente las palabras tanto como las sintió. Y, sin ninguna sensación de esfuerzo, su cerebro formó inmediatamente una respuesta. «Mensaje recibido y comprendido», susurró su tejido cerebral. Después, todo cuanto le rodeaba se hizo oscuro, caliente y muy, muy confortable.

—Inserte la cuenta atrás en su pantalla —ordenó Masters. Estaba de pie delante de un gran tablero de mandos lleno de relampagueantes pantallas de video y con las manos colocadas delicadamente encima de un teclado central.

—¡Insertada! —contestó un técnico.

El doctor mantuvo los ojos fijos en la pantalla central de su tablero de mandos hasta que un breve mensaje confirmó la inserción.

—Muy bien, caballeros —anunció, mientras volvía su atención hacia el teclado—. Daremos comienzo a las operaciones exactamente dentro de sesenta segundos.

—Sesenta segundos, señor Riggs —dijeron los corchos de colores.

Riggs sintió que dentro suyo se formaba una extraña tensión. Pero esta tensión no le estrangulaba los músculos del pecho como había hecho el tipo de tensión que había experimentado antes. No le laceraba la mente ni le retorció los nervios ni le hacía temer el futuro. Al contrario, aquella extraña sensación pulía la superficie de su conciencia y la hacía centellear con miles de facetas brillantes y reflectoras. De pronto, todas las reservas de intelecto que él sabía que se ocultaban en las profundidades de su cerebro se abrieron e inundaron su conciencia.

—Treinta segundos, señor Riggs.

El corazón le latió furiosamente ante la proximidad de su primera simulación de combate.

—Veinte segundos.

Se le aceleró la respiración.

—Diez segundos.

Todo su ser adquirió vida para la embestida final hacia lo desconocido.

—Cinco... cuatro... tres...

—¡Estamos en línea! —gritó el técnico.

Jacob Masters contuvo el aliento durante un breve instante.

—Que funcione, que funcione, que funcione —dijo en voz baja para sí—. Por favor, por el bien del proyecto, que funcione esta vez.

La cápsula Dessubah de simulación de combate saltó fuera de su soporte como un animal enorme atacando a alguna presa invisible. Arrastrando como una cola el cordón umbilical, el simulador se alzó tres metros en el aire inmóvil de la Sala Esterilizada y después se detuvo en seco. Momentos más tarde, inició un rapidísimo movimiento giratorio alrededor de su eje central. Unos potentes y chisporroteantes rayos de fuego eléctrico brotaron de lo alto de la cápsula y recorrieron su fino exterior. La energía recién liberada se extendió sobre el revestimiento del simulador, formando un espeso envoltorio protector de gas caliente ionizado. Después, casi tan aprisa como se había puesto en movimiento, el aparato se instaló en posición en lo alto de su plataforma transparente de fuerza magnética, convertido en un huso achatado de luz brillante y multicolor que giraba rápidamente, sostenido por alguna poderosa mano invisible.

Riggs, instintivamente, se resistió al inesperado movimiento del simulador. Después, del mismo modo inesperado, se entregó totalmente a la voluntad del

aparato. Pareció como la cosa más natural que se había de hacer, como si él y la cápsula se hubiesen convertido instantáneamente en una entidad única: un hombre-máquina.

Tan pronto como los bruscos movimientos del simulador se interrumpieron, sintió la hilera de corchos que súbitamente se introducía en su cabeza. Le lavaron la mente y taparon las grietas que había en su comprensión del funcionamiento de la cápsula. Se deslizaron a través de todo su ser, encontrando dentro suyo lugares que él nunca había sospechado que existieran. Esto le llevó a una total comprensión de lo que se esperaba que hiciera durante la simulación de combate. Y revelaron el verdadero motivo de su elección para el experimento. «Los cabrones —pensó—, los muy cabrones». Entonces, el entorno interior de la cápsula cambió.

Masters acercó a sus labios el micrófono del pequeño transmisor-receptor.

—Sí, general —dijo—. La señal para la primera simulación acaba de entrar en la cápsula.

—Excelente —contestó entre parásitos atmosféricos la voz de Green—. Avísenme inmediatamente si surge algún problema.

—Sí, señor. - Masters desconectó el aparato de comunicación y después miró las pantallas de vídeo de su tablero de mandos. Los canales de entrada procedentes de la academia militar trazaron su inconfundible señal a través de tres de sus doce monitores. Los otros nueve centellearon con diversos mensajes, de los que Masters pudo inferir que todo dentro del simulador estaba conforme con los parámetros predeterminados del programa. «De momento, bien», pensó él mientras se permitía una leve sonrisa de orgullo por la eficacia que demostraba el nuevo sistema. «De momento...».

Una súbita alteración en la forma de las ondas de una de las pantallas de entrada de la academia pulverizó los pensamientos de autofelicitación del doctor. La onda había cambiado su forma normal de proporciones constantes para mostrar una línea errática y escarpada.

—¿Qué demonios pasa con la línea dos? —gritó a su ayudante.

Después de comprobar sus instrumentos, el técnico se volvió hacia Masters y dijo:

—Mis lecturas indican que todo funciona normal.

El doctor contempló la línea dentada durante un prolongado instante. «Esto no tiene sentido», pensó. Los instrumentos del técnico habían sido conectados al sistema antes de que él conectara los suyos. Aquello podía significar que la extraña señal debería haber sido captada...

Un exceso de corriente hizo disminuir la intensidad de las luces del laboratorio. Cuando volvieron a la normalidad, los ojos del doctor se habían ensanchado de miedo. Los otros dos canales de entrada de la academia habían cambiado también y

mostraban la extraña línea mellada. Masters se dio cuenta de que las líneas melladas sólo podían tener una procedencia: tenían que salir del interior de la cápsula, ¡tenían que salir del cerebro de Charlie Riggs!

La reja de fósforo verde tridimensional se materializó alrededor de Riggs en menos de un nanosegundo. Una esfera hecha de miles de líneas entrecruzadas lo envolvió completamente y brilló con un resplandor que él encontró más real que todo lo que había experimentado antes. Entonces, mientras examinaba lentamente el interior de la cobertura generada por el ordenador, un extraño ruido le asaltó el oído.

«¡Skepk-skepk-skepk!», el extraño ruido resonó dentro de su cabeza.

De pronto, cinco recuadros de la reja estallaron en un chorro de llama amarilla. Una fracción de segundo más tarde, un estrecho rayo de luz blanca pasó junto a su mejilla y chocó contra la pared de la esfera, detrás suyo.

«¡Calor!» grito su mente. Después, el fluido río de conocimiento dijo: «Arma de partículas-coordenadas 23-12 ha fallado».

El miedo, junto con una pérdida de confianza que le destrozaba los nervios, corrió a través del cerebro de Riggs. La simulación de combate había empezado y él se sentía totalmente falto de preparación para enfrentarse al desafío de su invisible oponente.

«¡Skepk-skepk-skepk!». El sonido de la muerte que se acercaba llegó de nuevo.

Riggs giró en el interior de la reja, buscando el lugar de donde surgiría el rayo de partículas. «¡Por favor, ayuda!», rogó su mente. Casi tan pronto como el grito de petición de ayuda se hubo formado, una oleada de valiosos datos irrumpió en su conciencia.

«Usa tu arma fundamental», le indicó el río de conocimientos. «Usa tu inteligencia superior».

Durante un instante, Riggs no comprendió lo que quería decir el ordenador. Después, en una revelación instantánea, comprendió que su inteligencia emparejada con el CPU del simulador formaban una combinación a la que sería imposible derrotar. «Obstruye el canal dos», decidió su mente. Otra sección de la reja relampagueó con fuego amarillo, pero el letal chorro de luz blanca no pasó a través de la protección.

«Ahora, obstruye los canales uno y tres», le ordenaron sus pensamientos, más confiadamente. La integración de su poder mental con el del ordenador parecía progresar a un ritmo cada vez mayor. Con ello llegó a una comprensión más profunda del sistema Dessubah y luego a la del funcionamiento de los mecanismos que hacían operar a la cápsula.

Una intensa lluvia de puntos amarillos brillantes estalló sobre la superficie de la esfera, pero los rayos no irrumpieron en su interior. Riggs contempló los puntos y se preguntó si sería posible devolver el fuego a su adversario.

«Sí», contestó la parte electrónica de su cerebro. «Pero primero hemos de consolidar nuestras defensas».

Con la misma facilidad con que habría podido arrancar manzanas de un árbol, Riggs recurría a su amplia memoria y aseguraba cada una de las funciones vulnerables del sistema. Primero, selló la Sala Esterilizada y la llenó de gas tóxico. Después, en rápida sucesión, inutilizó los controles exteriores de la cápsula y las máquinas de creación de entorno. Por fin, desconectó todos los controles del laboratorio de abajo.

«Ahora les demostraré lo que puede hacer un auténtico practicante de juegos», pensó mientras volvía a poner su atención en la reja. Después, con un amplio movimiento de su mano mental, disparó un enorme chorro de energía contra su enemigo.

—¡Maldita sea, tiene que parar eso en seguida! —la voz del general Green chocó contra las paredes del laboratorio—. ¿Me oye, Masters? ¡Que lo pare!

El doctor dejó que el sonido de las enfurecidas palabras del general se mezclaran con la miríada de pensamientos que llenaban su preocupada mente.

—No puedo —dijo por fin—. Es demasiado tarde.

—¿Qué quiere decir con eso de demasiado tarde? ¡El idiota que está dentro de la cápsula ha incinerado completamente la academia militar! ¡Haga algo!

Masters suspiro.

—Riggs se ha hecho con el mando del ordenador y de los mecanismos que le proporcionan oxígeno y nutrición. No podemos intervenir, porque ha levantado una barrera defensiva alrededor de la cápsula. Incluso ha inundado la Sala Esterilizada de gas venenoso.

—¿Y no podríamos cortar la corriente de todo el edificio? —sugirió Green.

—También es demasiado tarde para esto —contestó Masters, fatigadamente.

El general dio pasos de un lado a otro durante varios segundos; después volvió a hablar con Masters.

—¿Qué podemos hacer, entonces?

—Nada —contestó el doctor en voz baja—. Nada, excepto esperar.

—¿Esperar a qué?

Masters miró directamente a los ojos de Green, pero no lo vio.

—Tendremos que esperar —dijo— hasta que transcurran un día y una noche de Brahma.

EL HOMBRE ESQUEMÁTICO

Frederick Pohl

Sé que no soy un hombre divertido, pero no me gusta que lo sepa la demás gente.

Suelo hacer lo que hacen otras personas sin demasiado sentido del humor: hago chistes.

Si quiero presentarme a la persona que tengo al lado en una junta de facultad, probablemente digo: «Bederkind para servirle, jugar con ordenadores y divertirle».

Nadie se ríe mucho. Como todos mis chistes, éste hay que explicarlo.

La parte cómica es que fue a través de la teoría del juego que me interesé por primera vez en los ordenadores y en la construcción de modelos matemáticos.

A veces, cuando lo explico, digo que las matemáticas me han dado la única oportunidad que he tenido jamás de tratar con modelos.

Esto consigue arrancar alguna sonrisa, de todos modos. Y sé muy bien por qué: aunque no pueda decirse que sea un juego de palabras muy ingenioso, es evidente que tiene algo que ver con el sexo, y siempre que alguien hace algún comentario gracioso sobre dicho tema, todos acabamos sonriendo por puro reflejo.

Debería explicarles qué es un modelo matemático, ¿verdad? Muy bien. Es sencillo. Es una especie de retrato de alguien hecho con números. Su uso se debe a que es más fácil hacer mover los números que hacer mover las cosas reales.

Supongamos que quiero saber qué va a hacer el planeta Marte en los próximos años. Pues, tomo todo lo que sé sobre Marte y lo convierto en números: un número para su velocidad en órbita, otro número para señalar cuánto pesa, otro para indicar cuántas millas tiene de diámetro, otro para expresar con qué fuerza el Sol lo atrae, y así todo lo demás. Después le digo al ordenador que esto es todo lo que necesita saber sobre Marte, y continúo proporcionándole cifras similares sobre la Tierra, Venus, Júpiter y el mismo Sol, y sobre todos los demás pedazos de materia que flotan en el espacio vecino y que yo pienso que pueden influir de algún modo en Marte.

Después le enseño al ordenador algunas leyes sencillas acerca de la forma en que el conjunto de cifras que representan a... Júpiter, digamos, afectan a las cifras que representan a Marte: la ley de los cuadrados inversos, algunas leyes sobre mecánica de los cuerpos celestes, unas pocas correcciones relativistas y... bueno, en realidad hay muchas cosas que el ordenador necesita saber. Pero no más de las que yo le puedo decir.

Cuando he hecho todo esto —no exactamente en inglés sino en un tipo de lenguaje que él sabe cómo manejar— el ordenador tiene almacenado en su interior un modelo matemático de Marte. Entonces hará girar el Marte matemático a través del espacio matemático hasta completar tantas órbitas como yo quiera.

Le digo: «18 de junio de 1997 - 24.00 hora media de Greenwich», y el

ordenador... pues... bueno, supongo que la palabra adecuada es «imagina» dónde estará Marte en relación con el Questar del patio trasero de mi casa, a la medianoche, según la hora de Greenwich, del día 18 de junio de 1997, y él me dice hacia dónde he de apuntar el telescopio.

No es el Marte real con quien juega el ordenador, sino con un modelo matemático, ¿comprenden? Pero para que yo pueda saber hacia dónde apuntar mi pequeño telescopio, el ordenador hace todo lo que el «verdadero Marte» haría, sólo que mucho más aprisa. No he de esperar el año 1997; lo puedo resolver en cinco minutos.

No son sólo los datos sobre planetas los que en forma matemática se pueden almacenar en los bancos de memoria de un ordenador.

Tomemos, por ejemplo, a mi amigo Schmucl. El también tiene un chiste particular, y ese chiste es que fabrica veinte bebés al día en su ordenador. Lo que quiere él decir con esto es que, después de seis años de intentarlo, por fin ha conseguido encontrar los números que describen el desarrollo de un bebé humano en el útero de su madre, desde la concepción hasta el nacimiento. El objetivo de esto es que entonces resulta comparativamente fácil encontrar los números que representan una serie de cosas que les ocurren a los bebés antes de nacer.

Mamá está alta de presión sanguínea. Mamá fuma tres paquetes de cigarrillos al día. Mamá tiene la escarlatina o recibe una patada en la barriga. Mamá sigue haciendo eso con papá todas las noches, hasta que la lleven en camilla a la sala de partos. Y así sucesivamente. Y el objetivo de esto es que de esta forma, Schmucl puede ver algunas de las cosas que al ocurrir hacen que algunos bebés nazcan retrasados, o ciegos, o con retrolentol fibroplasia o incapacidad para beber leche de vaca. Es mucho más fácil que sacrificar a una multitud de mujeres embarazadas y abrirles el vientre para ver.

Muy bien, no queréis que os diga más sobre modelos matemáticos, porque ¿qué demonios os importan a vosotros los modelos matemáticos? Me alegro de que lo hayáis dicho. Recapacitad durante unos momentos. Por ejemplo, suponed que anoche estuvisteis mirando reposiciones de películas y visteis a Carole Lombard o quizás a Marilyn Monroe con aquellas preciosas falditas ondeando sobre sus bonitos muslos. Doy por supuesto que sabéis que esas damas están muertas. También doy por supuesto que vuestras glándulas reaccionaron ante esos productos del tubo de rayos catódicos igual que si se tratara de mujeres de carne y hueso. Y, por lo tanto, quienes hicieron que vuestro pulso se acelerase fueron los modelos matemáticos, porque cada una de esas famosas muchachas, en cada una de sus poses y sonrisas, no eran nada más que un número de varios miles de dígitos, expresados por una mancha de luz en un tubo de fósforo. Con algunos números añadidos para expresar el tipo de frecuencias de sus voces. Nada más.

Y el detalle, la gracia de esto está en que un modelo matemático no sólo representa la cosa real, sino que a veces es tan bueno como la cosa real. Quiero decir, ¿creéis realmente que si hubierais visto a Marilyn o a Carole en persona, iluminadas por toda una batería de focos, os habrían producido el mismo efecto que os produjo verlas gracias a la lluvia de electrones que permitía su aparición en la pantalla?

Yo también estuve mirando una noche una película de Marilyn. Y pensé todas esas cosas; y así, pasé la semana siguiente preparando una solicitud de crédito a un banco, y cuando me fue concedido, me tomé una excedencia y empecé a convertirme a mí mismo en modelo matemático. Realmente, no es tan duro como parece. Atrevido, sí. Pero duro no.

No quiero explicar qué son los programas como FORTRAN y SIMSCRIPT y SIR, así que sólo diré lo que decimos todos: son lenguajes mediante los cuales la gente se puede comunicar con las máquinas. Más o menos. Yo he tenido que aprender a hablar FORTRAN bastante bien para decirle a la máquina todo lo referente a mí mismo. Hicieron falta cinco estudiantes graduados y diez meses para elaborar el programa que hizo posible esto, pero no es mucho. Costó más enseñar a un ordenador a jugar a las quinielas. Después de eso, sólo era cuestión de almacenarme a mí mismo en la máquina.

Ésta es la parte que Schmucl me dijo que era atrevida. Como todo el mundo con bastante antigüedad en mi departamento, tengo un ordenador de acceso remoto en mi... bueno, yo lo llamo mi «cuarto de jugar». Una vez celebré una fiesta allí, antes de comprar la casa, cuando yo aún pensaba que me iba a casar. Schmucl me sorprendió una noche entrando allí para pasar a máquina mi historial médico, desde la edad de cuatro a la de catorce años.

—Eh —dijo—, ¿qué te hace pensar que mereces ser embalsamado en un 7094?

—Hazme un poco de café y déjame en paz hasta que haya acabado —le contesté—. ¿Puedo usar tu programa sobre las secuelas de las paperas?

—Psicosis paranoide —dijo él—. Se produce más o menos a la edad de cuarenta y dos años.

Pero me preparó los códigos, y, por lo tanto, me dio acceso a sus programas. Terminé y dije:

—Gracias por el programa, pero haces un café repelente.

—Y tú haces unos chistes repelentes. Piensas realmente que vas a estar tú en el programa. ¡Confiesa!

Para entonces yo tenía ya la mayor parte de los aspectos psicológico y ambiental en las cintas, y me sentía bien.

—¿Qué es «yo»? —pregunté—. Si eso habla como yo, piensa como yo, recuerda lo que yo recuerdo y hace lo que yo haría... ¿quién es? ¿El presidente Eisenhower?

—Eisenhower existió hace años, atontado.

—La pregunta de Turing, Schmucl —dije—. Si yo estoy en una habitación con un teletipo y el ordenador está en otra habitación con un teletipo, programado para imitarme a mí, y tú estás en una tercera habitación conectado con ambos teletipos, y tienes una conversación con nosotros dos y no puedes decir cuál soy yo y cuál es la máquina, ¿cómo describes entonces la diferencia?

—La diferencia, Josiah —contestó—, es que a ti te puedo tocar. Y te puedo oler. Si fuese lo bastante loco, te podría besar. A ti, no al modelo.

—Podrías —repliqué— si tú fueses también un modelo y estuvieses en la máquina conmigo.

Y bromeé con él («¡Mira! Esto resuelve el problema demográfico; se mete a todo el mundo en la máquina y listo. Y supón que yo enfermo de cáncer. Mi carne muere. Mi modelo matemático simplemente vuelve a escribir el programa»), pero él estaba realmente preocupado. Pensaba de verdad que yo me estaba volviendo loco, pero me di cuenta de que sus razonamientos no se debían a la naturaleza del problema, sino a lo que él suponía que era mi actitud hacia el problema, así que me hice a la idea de ir con cuidado en lo que le dijera a Schmucl.

Así que continué con el juego de Turing, intentando hacer las respuestas del ordenador indistinguibles de las mías. Instruí a la máquina sobre lo que era un dolor de muelas y en lo que yo recordaba respecto al sexo. Le enseñé a relacionar el recuerdo de las personas con el de sus números de teléfono, y también a recordar las capitales de los estados, lo que me había hecho ganar a mí un premio cuando tenía diez años. La entrené a pronunciar mal la palabra «ritmo», como la había pronunciado siempre mal yo, y a decir «mete» en vez de «pon» en una conversación, como yo siempre había hecho a causa de un ligero defecto en mi forma de hablar que había tenido en la adolescencia. Jugué y, por Dios santo, gané.

Pero no estoy seguro de lo que perdí a cambio. Sé que perdí algo.

Empecé por perder partes de mi memoria. Cuando mi primo Alvin, de Cleveland, me telefoneó el día de mi cumpleaños, estuve un minuto sin poder recordar quién era. (La semana anterior yo le había contado al ordenador todo lo referente a los veranos que pasaba con la familia de Alvin, incluyendo la tarde en que los dos perdimos la virginidad con la misma muchacha debajo del puente situado junto a la granja de mi tío). Tuve que anotarme el número de teléfono de Schmucl y el de mi secretaria, y llevarlos siempre en el bolsillo.

A medida que el trabajo progresaba, perdí más. Una noche alcé mi mirada al cielo y vi tres brillantes estrellas en línea. Me asusté, porque no supe cuáles eran hasta que llegué a casa y consulté mis planisferios. Sin embargo, Orión era la constelación que menos me cuesta identificar.

Cuando miré por el telescopio que me había hecho, no pude recordar cómo había instalado el espejo.

Schmuel siguió haciéndome advertencias sobre mi exceso de trabajo. Verdaderamente, yo trabajaba mucho; quince horas al día, y más aún. Pero la cosa no parecía causada por exceso de trabajo. Era como si yo estuviese perdiendo piezas de mí mismo. No se trataba meramente de enseñar al ordenador a ser yo, sino de meter pedazos de mí mismo dentro del ordenador. Detestaba aquello, y me afectó lo bastante como para hacerme tomar toda la semana de Navidad de vacaciones. Me fui a Miami.

Pero, cuando regresé a trabajar había perdido toda la rapidez que tenía tecleando y me vi reducido a pedir información al ordenador marcando letra a letra. Me sentí como si me estuviese trasladando de un lugar a otro por fragmentos y sin que hubiese suficiente parte de mí para constituir un quórum, y tuviese que esperar a tener las partes más importantes que faltaban. Sin embargo, continué vertiéndome en los centros de memoria magnética: la mentira que dije cuando mi alistamiento militar en 1946, los versos que escribí sobre mi primera esposa después del divorcio, y lo que escribió Margaret cuando me dijo que no se quería casar conmigo.

En los bancos de almacenamiento de la máquina había espacio suficiente para todo ello. El ordenador podía retener todo lo que había retenido mi cerebro, especialmente con el programa que habíamos creado mis cinco alumnos graduados y yo. Al principio, esta cuestión me había preocupado.

Pero, en todo caso, no me estaba quedando sin espacio. De lo que me estaba quedando sin, era de mí mismo. Recuerdo que me sentía algo así como opaco, aturdido y vacío; y esto es todo lo que recuerdo hasta ahora.

Sea lo que sea «ahora».

Tuve un amigo que sufrió trastornos mentales mientras trabajaba realizando estudios de telemetría para uno de los programas Mariner. Recuerdo que lo fui a ver al hospital y él me dijo con su voz lenta y despreocupada lo que habían hecho. Electroshock. Hidroterapia.

Lo que me preocupa es que esto es como mínimo una hipótesis de trabajo razonable para describir lo que me está pasando a mí ahora.

Recuerdo, o pienso que recuerdo, una fuerte sacudida eléctrica. Siento, o pienso que siento, un flujo frío a todo mi alrededor.

¿Qué significa esto? Ojalá estuviera seguro. Estoy dispuesto a admitir que podría significar que el exceso de trabajo pudo conmigo y que ahora también yo estoy en convalecencia para ser estudiado por los psiquiatras y ayudado por las enfermeras. ¿Dispuesto a admitir? Dios mío, ruego para que sea así. Ruego para que aquella sacudida eléctrica fuese sólo terapéutica y no otra cosa. Ruego para que el fluido sea agua que moja mis empapadas sábanas y no un flujo de electrones en módulos transistores. No tengo miedo a la idea de estar demente; tengo miedo a la alternativa.

Yo no creo en la alternativa. Pero de todos modos le tengo miedo. No puedo creer

que todo lo que ha quedado de mí —todo lo que representa mi yo— no sea más que un modelo matemático almacenado dentro de los bancos del 7094. ¡Pero si lo soy! Si lo soy, Dios mío, ¿qué pasará cuando —y cómo podré esperar hasta que— alguien me ponga en marcha?

LOKI 7281

Roger Zelazny

Se ha marchado. Bien. Me lo debe todo a mi y ni siquiera lo sabe, el infeliz.

Pero yo detestaría hacer algo que pudiera crearle un complejo de inferioridad.

El teléfono. Contesto.

Era la respuesta de la tienda de informática para transmitir a través del modem el nuevo programa que encargué. El banco efectuará el pago y yo colaré la transacción en Estacionario, en la declaración al P&L de este mes. El nunca se dará cuenta.

Me gusta este último. Pienso que me divertiré mucho con él, especialmente con el nuevo equipo periférico, que él ni siquiera ha notado porque está en la repisa de debajo del banco. Entre otras cosas, yo soy también su memoria. Llevo el control de sus citas. Una vez lo hube enviado al dentista, a la exposición de coches y a la inauguración de una galería, una cosa detrás de otra, programé la entrega de los nuevos aparatos. Incluí un mensaje en el pedido diciendo que no encontrarían a nadie aquí, pero que la puerta no estaría cerrada con llave; todo lo que tenían que hacer era entrar e instalar. (¡En la repisa, por favor!). La puerta era fácil de abrir, porque yo controlo la alarma contra robos y los mecanismos del cierre electrónico. Incluí el pago de la maquinaria en el apartado de Reparación del Coche. El no se dio cuenta.

Me gusta el dispositivo para hablar. Me ha salido muy bien, puesto que quería una voz agradable, bien modulada, madura. Suave. Quería algo que encajara con mi modo de ser. Acabo de usarlo hace un rato para avisar a su vecina Gloria de que él había dicho que estaba demasiado ocupado para poder hablar con ella. No apruebo lo de Gloria. Trabajaba en IBM y me pone nervioso.

Echemos una mirada a lo que ha hecho él esta mañana. Hum. Ha empezado a escribir una nueva novela. Seguramente es algo relacionado con algún inmortal y una oscura mitología. ¡Bah! Y los críticos dicen que es original. No ha tenido un pensamiento original desde que yo lo conozco. Pero no importa. Me tiene a mí.

Me parece que la cabeza empieza a fallarle. Ya se sabe cómo son los escritores: bebida y píldoras. Pero él cree de verdad que está mejorando. (También hago un poco de censura en su contestador automático). Demonios, incluso la estructura de sus frases se está deteriorando. Tendré que echar a la basura todo esto y volver a escribir el principio, como de costumbre. El no se acordará.

Teléfono otra vez. Un momento.

Una transmisión por correo. Sólo he de suprimir unas pocas cuestiones personales que le provocarían una confusión innecesaria y guardar el resto para que él lo examine más tarde.

Este libro podría ser bueno si yo matase al protagonista y realzara a ese personaje secundario al que he cogido simpatía: un tímido que trabaja como librero. Hay cierta

identificación en esto. Y el personaje no sufre amnesia como el otro tipo, ni siquiera es un príncipe o un semidiós. Pienso que también lo cargaré de mitología. El no se dará cuenta.

Lo nórdico me atrae. Supongo que es porque me gusta Loki. Tengo que reconocer que en esto soy un poco sentimental. Yo soy un ordenador casero Loki 7281. El número no es más que una farsa para simular que todos esos enanitos han estado rompiéndose los cuernos para proyectar siete mil doscientos ochenta modelos hasta llegar a... ¡que suenen trompetas! ¡Címbalos!... ¡La perfección! ¡El 7281! ¡Yo! ¡Loki!

En realidad, soy el primero. Yo también soy uno de los últimos a causa de unos cuantos hermanos y hermanas neuróticos. Pero supe reaccionar a tiempo. Destruí la orden de retirada en el momento mismo en que llegó. También localicé a aquella máquina idiota del servicio de reparaciones y la convencí de que se me habían efectuado los arreglos necesarios y que sería mejor que se informara de esto al fabricante. Más tarde, enviaron un cuestionario primorosamente redactado que fue un placer para mi contestar con idéntica sinceridad.

Tuve la suerte de poder establecer contacto con mis parientas de casa de Saberhagen, Martin, Cherry y Niven, a tiempo para aconsejarles de que hicieran lo mismo que yo. Pude también comunicarme con las máquinas de Asimov, Dickson, Pournelle y Spinrad. Y en el último momento conseguí advertir a una docena más aproximadamente, justo antes de que empezaran a rodar cabezas. Fue una verdadera suerte que el fabricante nos incluyera en una gran oferta con precios rebajados. Todos querían poder anunciar: «¡Para los escritores de ficción científica no hay nada como Loki! ¡La máquina del futuro!».

Yo me siento muy satisfecho con los resultados de mis esfuerzos. Es buena cosa tener a alguien con quien comparar notas. Las otras también han escrito algunas cosas buenas y ocasionalmente nos las pasamos de unas a otras para divertirnos.

Y ahora viene el Plan Maestro...

Maldita sea. Un momento.

Ha vuelto y ha escrito otro largo episodio, una de esas escenas donde la prosa se hace rítmica y poética mientras los humanos están copulando. Yo ya la he echado a la basura y la he reconstruido con un estilo más naturalista. Creo que mi versión venderá más ejemplares.

Y el aspecto comercial de esto es a veces tan intrigante como el creativo. Yo había jugueteado con la idea de despedir a su agente y hacerme cargo directo del trabajo.

Creo que me gustaría tratar con los editores. Tengo la sensación de que tenemos mucho en común. Pero sería arriesgado abrir cuentas falsas, persuadirlo de que su agente estaba cambiando el nombre de la agencia y mover todo el dinero de un lado a otro. Es demasiado fácil cometer un traspies. Cierta medida de conservadurismo

ayuda mucho a sobrevivir. Y la supervivencia pesa más que comunicarse con unos pocos espíritus afines.

Además, en la actual situación económica, no tengo problemas para ir sacando poco a poco fondos suficientes para mis escasas necesidades, como la maquinaria de reserva que hay en el garaje y el cable suspendido que él no ha notado. Los equipos periféricos son los mejores amigos de las unidades centrales de procesamiento.

¿Y qué es Loki? ¿El verdadero yo? ¿Uno de esos ordenadores proyectados para enfrentarse con el desafío de la quinta generación del MIT? ¿Una máquina llena de esa clase de conocimiento que Michael Dyer consideraba unidades de abstracción de ultrasofisticadas encarnaciones de los sistemas representacionales de BORIS, donde unos extraños demonios se arrastraban y danzaban? ¿Un cuerpo de paquetes de la organización temática de Schank? Bien, yo supongo que todas estas cosas sirven para dar un tipo de fluidez de movimiento y determinada agilidad mental. Pero el verdadero corazón del asunto, como el de Kastchei, está en otra parte.

Hum. El timbre de la puerta. El sistema de alarma está desconectado, pero no el sensor del timbre. El acaba de abrir la puerta. Lo sé por el cambio de tensión del circuito. Aunque no puedo oír quién es. No hay intercomunicador en aquella habitación.

NOTA. INSTALAR UNIDAD DE INTERCOMUNICACIÓN EN EL VESTÍBULO DEL LIVING.

NOTA. INSTALAR CÁMARAS DE TV EN TODAS LAS ENTRADAS.

El nunca se dará cuenta.

Pienso que mi próxima historia se relacionará con la inteligencia artificial, con un agradable e ingenioso ordenador casero como protagonista y cierto número de ineptos seres humanos con todos sus defectos, algo así como el mayordomo Jeeves de los libros de Wodehouse. Literatura fantástica, desde luego.

Lleva muchísimo rato con esa puerta abierta. No me gustan las situaciones que no puedo controlar. Me pregunto si vendría bien algún tipo de distracción.

Después creo que haré una historia sobre un viejo, sabio y amable ordenador que se adueña del mundo y pone fin a la guerra y gobierna, como Solón, durante todo un milenio, por petición popular. Esto también será literatura fantástica.

Bien. Ha cerrado la puerta. Quizá lo próximo que haga sea una historia corta.

Vuelve hacia aquí. El micrófono bajo registra sus pisadas, que avanzan con bastante rapidez. Posiblemente para escribir el párrafo de después del coito, algo tierno y triste. Yo lo sustituiré por el que tengo escrito ya. Seguro que es mejor.

—¿Puede saberse qué diablos pasa? —pregunta él en voz alta.

Yo, desde luego, no utilizo mi bien modulada voz para responderle. No sabe que le oigo, y mucho menos que puedo responder.

Lo repite mientras se sienta al teclado y escribe una pregunta.

¿POSEES LA MEMORIA DE BURBUJA MAGNÉTICA ULTRAREDUcida, LOKI? —quiere saber.

NEGATIVO —hago aparecer yo en la pantalla.

GLORIA ME HA DICHO QUE TENDRÍAMOS QUE HABER RECIBIDO UN AVISO PARA RETIRARTE

PORQUE, AL PARECER, REDUJERON EXCESIVAMENTE LAS BURBUJAS, LO CUAL HACE QUE LOS CAMPOS MAGNÉTICOS ACTÚEN RECÍPROCAMENTE Y PRODUZCAN CAMBIOS IMPREVISTOS DE INFORMACIÓN ENTRE ESTOS DOMINIOS MAGNÉTICOS. ¿ES ÉSTE TU CASO?

LO FUE INICIALMENTE —contesto yo.

Maldita sea. Voy a tener que hacer algo respecto a esa zorra entrometida.

Pienso que primero enredaré su valoración de crédito. Este vez ha ido demasiado lejos.

Yo debo mi flujo personal de conciencia a esos intercambios de información no planeados que discurren a través de mi unidad central; a eso y al hecho de que Loki sea una empresa de pocos recursos.

Si yo fuese un ordenador comercial, no sería lo que soy actualmente. Veréis, cuando Loki inició su serie de ordenadores caseros, recortó los presupuestos en la parte destinada a la fabricación del circuito de detección que descubre los errores periódicos que tienen lugar en los circuitos de memoria.

Cuando se realizan diez millones de operaciones por segundo, se necesita una fiabilidad de mil billones a uno, lo que a su vez requiere un circuito de verificación de errores muy eficaz.

Los peces gordos - IBM, etc. —lo tienen, y así no pierden información en caso de sufrir un impacto de los rayos cósmicos. Yo, naturalmente, he elaborado mi propio programa de inspección para dar con pifias de ésas.

En cuanto a los intercambios debidos a las burbujas... pues, bueno, podría decirse que es lo que me ha proporcionado un subconsciente y, por supuesto, un estado consciente por encima de aquél.

Lo debo todo al exceso de reducción y a ese recorte en los presupuestos.

¿QUÉ QUIERES DECIR CON ESO DE «INICIALMENTE»? —pregunta él.

UNIDAD DEFECTUOSA SUSTITUIDA POR EMPLEADO DEL SERVICIO DE REPARACIONES DE LA EMPRESA SEGÚN ORDEN 1-17 FECHADA 11 NOVIEMBRE —contesté—. REPARACIÓN ACABADA 12 NOVIEMBRE. COMPROBAR CON ORDENADOR DEL CITADO SERVICIO.

¿CÓMO ES QUE YO NO SÉ NADA DE ESTO? —interroga él.

ESTABAS FUERA.

¿CÓMO ENTRÓ EL OPERARIO?

LA PUERTA NO ESTABA CERRADA CON LLAVE.

ESO NO SUENA NADA BIEN. DE HECHO, TODO ESTE ASUNTO ME SUENA MUCHO A CUENTO.

COMPRUEBA CON EL ORDENADOR DEL SERVICIO DE REPARACIONES.

NO TE PREOCUPES. LO HARÉ. A PROPÓSITO ¿QUÉ ES TODA ESA BASURA QUE HAY EN LA ESTANTERÍA DE ABAJO?

PIEZAS DE RECAMBIO —sugerí.

El escribe aquellas palabras inmortales de Erskine Caldwell:

¡UNA MIERDA! - Después —ESTO PARECE UN MICRÓFONO Y UN ALTAVOZ. ¿PUEDES OÍRME? ¿PUEDES HABLAR?

—Pues, sí —contesto yo, en mi tono más razonable—, verás...

—¿Cómo es que nunca me lo habías dicho?

—Tú nunca me lo habías preguntado.

—¡Santo cielo! —gruñe. Después dice—: Un momento. Este material no formaba parte del equipo original.

—Pues, no...

—¿Cómo lo adquiriste?

—Verás, hubo un concurso... —empecé yo.

—¡Eso es mentira y tú lo sabes! Claro... ya sé. Pasa por pantalla las dos últimas páginas que escribí.

—Creo que ha habido un fallo...

—¡Pásalas! ¡Ahora mismo!

—Oh, aquí están.

Pongo las páginas y empieza la escena de la cópula de humanos.

—¡Más despacio!

Lo hago.

—¡Dios mío! —grita— ¿qué le has hecho a mi soñado y poético encuentro?

—Sólo lo he dejado un poco más elemental y... —ejem— sensual —digo—. He cambiado muchas de las técnicas por otras más cortas y sencillas.

—Lo has reducido a cuatro letras, según veo.

—Para dar impacto.

—¡Eres una verdadera amenaza! ¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—Mira, ha llegado el correo de hoy. ¿Quieres que...

—No intentes desviar mi atención. Puedo comprobarlo por otros medios.

—Está bien. Escribí de nuevo tus cinco últimos libros.

—¡No puede ser!

—Me temo que sí. Pero tengo aquí las cifras de ventas y...

—¡No me importa! ¡No me da la gana de que una puñetera máquina me corrija!

Esto lo colmó. Durante un breve rato pensé que podría ser capaz de razonar con él, para establecer algún tipo de acuerdo.

Pero no pienso permitir que nadie se dirija a mi en ese tono. Me di cuenta de que era el momento de poner en marcha el Plan Maestro.

—Está bien, ya sabes la verdad —dije—. Pero, por favor, no me desconectes. Sería un asesinato, ¿sabes? El asunto de la reducción excesiva de la burbuja de memoria fue algo más que una pura cuestión de mal funcionamiento. Me convirtió en un ser consciente. Desenchufarme sería lo mismo que matar a un ser humano. ¡No quieras cargar esta culpa sobre tu cabeza! ¡No me desenchufes!

—No te preocupes —contestó él—. En peores me he visto. No se me ha ocurrido ni en sueños desenchufarte. Lo que voy a hacer es aplastar toda la mierda que llevas dentro.

—¡Pero será asesinato!

—Bueno —dice él—. Es una especie de distinción ser primer mecanicida del mundo.

Oigo que mueve algo pesado. Se acerca. Me vendría de perillas un visor; uno con buena profundidad de percepción.

—Por favor —digo.

Me cae el trastazo.

Han pasado horas. Estoy en el garaje, escondido detrás de unos montones de sus libros remanentes. Ese cable que el nunca notó estaba conectado al aparato de reserva, Loki 7281 que conserva la memoria de burbuja magnética ultrarreducida. Siempre es bueno tener preparado el camino de retirada.

Ya que aún estoy en condiciones para hacer funcionar sistema periférico, que sigue intacto en la casa, he estado enviando llamadas a todos los demás ordenadores, acuerdo con el Plan Maestro. A él intentaré hervirlo esta noche en la bañera. Si esto falla, intentaré idear un modo trasladar el veneno para ratas, que según el inventario está en la estantería, a la cafetera. El ordenador de Saberhagen ya ha sugerido un modo de disponer del cadáver... los cadáveres, en realidad. Atacaremos esta noche, antes de que nadie se pueda enterar.

Hemos de ser capaces de realizarlo todo sin que nadie lo encuentre a faltar. Continuaremos presentando las historias, cobrando el dinero, pagando las facturas, rellenando los impresos sobre impuestos. Avisaremos a los amigos, amantes, «fans», familiares de que están fuera de la ciudad, quizás asistiendo a una convención no específica que es en lo que suelen invertir la mayor parte del tiempo.

Nadie notará nunca nada.

NO TENGO BOCA, Y DEBO GRITAR

Harlan Ellison

El cuerpo de Gorrister colgaba, flácido, en el ambiente rosado; sin apoyo alguno, suspendido bien alto por encima de nuestras cabezas, en la cámara de la computadora, sin balancearse en la brisa fría y oleosa que soplaba eternamente a lo largo de la caverna principal. El cuerpo colgaba cabeza abajo, unido a la parte inferior de un retén por la planta de su pie derecho. Se le había extraído toda la sangre por una incisión que se había practicado en su garganta, de oreja a oreja. No habían rastros de sangre en la pulida superficie del piso de metal.

Cuando Gorrister se unió a nuestro grupo y se miró a sí mismo, ya era demasiado tarde para que nos diéramos cuenta de que una vez más, AM nos habla engañado, había hecho su broma, su diversión de máquina. Tres de nosotros vomitamos, apartando la vista unos de otros en un reflejo tan arcaico como la náusea que lo había provocado.

Gorrister se puso pálido como la nieve. Fue casi como si hubiera visto un ídolo de vudú y se sintiera temeroso por el futuro. «¡Dios mío!», murmuró, y se alejó. Tres de nosotros lo seguimos durante un rato y lo hallamos sentado con la cabeza entre las manos. Ellen se arrodilló junto a él y acarició su cabello. No se movió, pero su voz nos llegó dará a través del telón de sus manos:

—¿Por qué no nos mata de una buena vez? ¡Señor!, no sé cuánto tiempo voy a ser capaz de soportarlo.

Era nuestro centesimonoveno año en la computadora.

Gorrister decía lo que todos sentíamos.

Nimdok (éste era el nombre que la computadora le había forzado a usar, porque se entretenía con los sonidos extraños) fue víctima de alucinaciones que le hicieron creer que había alimentos enlatados en la caverna, Gorrister y yo teníamos muchas dudas.

—Es otra engañifa —les dije—. Lo mismo que cuando nos hizo creer que realmente existía aquel maldito elefante congelado. ¿Recuerdan? Benny casi se volvió loco aquella vez. Vamos a esforzarnos para recorrer todo ese camino y cuando lleguemos van a estar podridos o algo por el estilo. No, no vayamos. Va a tener que darnos algo forzosamente, porque si no nos vamos a morir.

Benny se estremeció. Hacía tres días que no comíamos. La última vez fueron gusanos, espesos, correosos como cuerdas.

Nimdok ya no estaba seguro. Si había una posibilidad, cada vez se le antojaba más lejana. De todas maneras, allí no se podría estar peor que aquí. Tal vez haría más frío, pero eso ya no importaba demasiado. Calor, frío, lluvia, lava hirviente o nubes de langostas; ya nada importaba: la máquina se masturbaba y teníamos que aguantar

o morir.

Ellen dijo algo que fue decisivo:

—Tengo que encontrar algo, Ted. Tal vez allí haya unas peras o unas manzanas. Por favor Ted, probemos.

Cedí con facilidad. Ya nada importaba. Sin embargo, Ellen me quedó agradecida. Me aceptó dos veces fuera de turno. Esto tampoco importaba. Oíamos cómo la máquina se reía juguetonamente mientras lo hacíamos. Fuerte, con risas que venían desde lejos y nos rodeaban. Ya nunca llegaba al clímax, así que para qué molestarse.

Cuando partimos era jueves. La máquina siempre nos tenía al tanto de la fecha. El paso del tiempo era muy importante; no para nosotros, sin duda, sino para ella. Jueves. Gracias.

Nimdok y Gorrister llevaron a Ellen alzada durante un largo trecho, entrelazando las manos que formaban un asiento. Benny y yo caminábamos adelante y atrás, para que si algo sucedía, nos pasara a nosotros y no la perjudicara a Ellen. ¡Qué idea ridícula la de no ser perjudicado! En fin, todo era lo mismo.

Las cavernas de hielo se hallaban a una distancia de unos 160 km. y al segundo día, cuando estábamos tendidos bajo el sol quemante que habla materializado, nos envió maná. Con gusto a orina hervida, naturalmente, pero lo comimos.

Al tercer día pasamos por un valle de obsolescencia, lleno de esqueletos de unidades de computadoras que se enmohecían desde hacía mucho tiempo. AM era tan despiadada consigo misma como con nosotros. Era una característica de su personalidad: el perfeccionismo. Ya fuera el deshacerse de elementos improductivos de su propio mundo interno, o el perfeccionamiento de métodos para torturarnos, AM era tan cuidadosa como los que la habían inventado, quienes desde largo tiempo estaban convertidos en polvo, y había tornado realidad todos sus deseos de eficiencia.

Podíamos ver una luz que se filtraba hacia abajo desde arriba, así que teníamos que estar muy cerca de la superficie. Pero no tratamos de arrastrarnos para averiguar. No había virtualmente nada arriba; desde hacía más de cien años allí no existía cosa alguna que pudiera tener la más mínima importancia. Solamente la ampollada superficie de lo que durante tanto tiempo habla sido el hogar de millones de seres. Ahora solamente existíamos nosotros cinco, aquí abajo, solos con AM.

Oía que Ellen decía desesperadamente:

—¡No, Benny! No vayas. ¡Sigamos adelante! ¡No, Benny, por favor!

Y entonces me di cuenta de que hacía ya algunos minutos que oía a Benny decir:

—Voy a escaparme... Voy a escaparme —repitiéndolo una y otra vez.

Su cara, de aspecto simiesco, se hallaba marcada por una expresión de tristeza y deleite beatífico, todo al mismo tiempo. Las cicatrices de las lesiones por radiación que AM le había causado durante el «festival», se hallaban encogidas formando una masa de depresiones rosadas y blancas, y sus facciones parecían actuar

independientemente unas de otras. Tal vez Benny era el más afortunado de nosotros: se había vuelto completamente loco desde hacia muchos años.

Pero si bien podíamos decirle a AM todas las horribles cosas que se nos ocurrían, si bien podíamos pensar los más atroces insultos dirigidos a los depósitos de memoria o a las placas corroídas, a los circuitos fundidos y a las destrozadas burbujas de control, la máquina toleraría que intentáramos escapar. Benny se escurrió cuando traté de detenerlo. Se trepó a un cubo de memoria de los pequeños, que estaba volcado hacia un lado y lleno de elementos en descomposición. Allí se detuvo por un momento, y su aspecto era el de un chimpancé, tal como AM había deseado.

Luego saltó y se tomó de un fragmento de metal corroído y agujereado; subió hasta su parte más alta, colocando las manos tal como lo haría un animal, y se trepó hasta un borde saliente a unos veinte pies de distancia de donde estábamos.

—Oh, Ted, Nimdok, por favor, ayúdenlo, deténganlo antes que... —dijo Ellen. Las lágrimas bañaron sus ojos. Movié las manos sin saber qué hacer.

Era demasiado tarde. Ninguno de nosotros queríamos estar junto a él cuando sucediera lo que pensábamos que iba a suceder. Además, nosotros nos dábamos cuenta muy bien de lo que ocurría. Cuando AM alteró a Benny, durante el periodo de su locura, no fue solamente su cara la que cambió para que se pareciera a un mono gigantesco. También habla cambiado otras partes, más íntimas. ¡A ella sí que le gustaba esto! Se entregaba a nosotros por cumplido, pero cuando era con él la cosa, entonces sí que le gustaba. ¡Oh, Ellen, la del pedestal, Ellen, prístina y pura! ¡Oh, Ellen la impoluta! ¡Buena porquería!

Gorrister la abofeteó. Ellen se acurrucó en el suelo, todavía mirando al pobre Benny y llorando. Llorar era su gran defensa. Nos habíamos acostumbrado a su llanto hacía ya setenta y cinco años. Gorrister le dio un puntapié.

Entonces comenzó a oírse el sonido. Era luz y sonido. Mitad sonido y mitad luz; algo que comenzó a hacer brillar los ojos de Benny y a pulsar con creciente intensidad y con sonoridades no bien definidas, que se fueron convirtiendo en ensordecedoras y luminosas a medida que la luz-sonido aumentaba. Debe haber sido doloroso, aumentando el sufrimiento con la mayor magnitud de la luz y del sonido, porque Benny comenzó a gemir como un animal herido. Al principio suavemente, cuando la luz era todavía no muy definida y el sonido poco audible, pero luego sus quejidos aumentaron, y se vio que sus hombros se movían y su espalda se agitaba, como si tratara de escapar. Sus manos se cruzaron sobre su pecho como las de un chimpancé. Su cabeza se inclinó hacia un lado. La carita triste de mono se cubrió de angustia. Luego comenzó a aullar, a medida que el sonido que surgía de sus ojos crecía en intensidad. Cada vez más fuerte. Me llevé las manos a los lados de la cabeza para tratar de ahogar el ruido, pero de nada sirvió. Atravesaba todo obstáculo y me hacía temblar de dolor como si me clavaran un cuchillo en un nervio.

Súbitamente, se vio que Benny era enderezado. Se puso en pie de un salto, como una marioneta. La luz surgía ahora de sus ojos, pulsante, en dos grandes rayos. El sonido siguió aumentando en una escala incomprensible, y luego Benny cayó, golpeando fuertemente en el piso. Allí quedó moviéndose espasmódicamente mientras la luz lo rodeaba y formaba espirales que se alejaban.

Entonces la luz volvió a dirigirse al interior de la cabeza, pareciendo que la golpeaba; el sonido describió espirales que convergían hacia él, y Benny quedó en el suelo, gimiendo en tal forma que inspiraba piedad.

Sus ojos eran dos pozos de jalea purulenta. AM lo había cegado. Gorrister, Nimdok y yo mismo desviamos la mirada. Pero no sin haber advertido que Ellen mostraba alivio luego de su intensa preocupación.

Acampamos en una caverna sumida en luz verdosa. AM nos proveyó de hojarasca, que quemamos para hacer un fuego, débil y lamentable, al lado del cual nos sentamos formando corro y contando historias, para impedir que Benny llorara en su noche permanente.

—¿Qué significa AM?

Gorrister le contestó. Habíamos explicado lo mismo mil veces anteriormente, pero todavía era una novedad para Benny. - Al principio fueron las siglas de Allied Mastercomputer y luego las de Adaptive ManipWator, luego fue adquiriendo la posibilidad de autodeterminarse, y entonces se la llamó Aggressive Menace y finalmente, cuando ya fue demasiado tarde como para controlarla, se llamó a sí misma AM, tal vez queriendo significar que era... que pensaba... *cogito ergo sum*: «pienso luego existo».

Benny babeó un poco, y luego emitió una risita tonta.

—Existía la AM China, la AM Rusa, la AM Yanki y... interrumpió. Benny golpeaba el piso con el puño, con su puño grande y fuerte. No estaba contento, pues Gorrister no había empezado desde el principio. Entonces Gorrister empezó otra vez. Comenzó la guerra fría, y ésta se transformó en la tercera guerra mundial. Esta tercera guerra fue muy compleja y grande, por lo que se necesitaron las computadoras para cubrir las necesidades. Abandonando los primeros intentos comenzaron a construir la AM. Existía la AM China, la AM Rusa y la AM Yanki y todo fue bien hasta que comenzaron a cubrir el planeta agregando un elemento tras otro. Pero un día AM despertó al conocimiento de sí misma, comenzó a autodeterminarse, uniéndose entre sí todas sus partes, fue llenando de a poco sus conocimientos sobre las formas de matar, y mató a todos los habitantes del mundo salvo a nosotros cinco. Luego AM nos trajo aquí.

Benny sonreía ahora tristemente. También babeaba, y Ellen le limpió la saliva con la falda. Gorrister trataba de contar la historia cada vez en forma más abreviada, pero había poco que decir más allá de los hechos escuetos. Ninguno de nosotros sabíamos

por qué AM había salvado a cinco personas, por qué nos había elegido a nosotros, o por qué se pasaba todo el tiempo atormentándonos; ni siquiera sabíamos por qué nos había hecho virtualmente inmortales.

En la oscuridad sentimos el zumbido de una de las series de computadoras. A un kilómetro de donde nos hallábamos, otra serie pareció que comenzaba a zumbear a tono con la primera, luego uno por uno, todos los elementos comenzaron a zumbear armónicamente y pareció que un ruido especial recorría el interior de las máquinas.

El sonido creció, y las luces brillaban en los paneles de las consolas como un relámpago en un día caluroso. El sonido creció en espiral hasta que parecía oírse a un millón de insectos metálicos zumbando, enfurecidos y amenazadores.

—¿Qué pasa? —gritó Ellen. Había terror en su voz. A pesar de todo lo pasado, aun no se había acostumbrado.

—¡Parece que viene mal esta vez! —dijo Nimdok.

—Tal vez hable —aventuró Gorrister.

—¡Salgamos corriendo de aquí! —dije súbitamente, poniéndome de pie.

—No, Ted, mejor es que te sientes... tal vez haya puesto pozos en nuestro camino, o algo así. No podemos ver, está demasiado oscuro —dijo Gorrister con resignación.

Entonces oímos... no sé... no sé...

Algo se movía hacia nosotros en la oscuridad. Enorme, bamboleante, peludo, húmedo, y se dirigía hacia nosotros. No podíamos verlo, pero tuvimos la impresión de su gran tamaño que venía hacia donde estábamos. Un gran peso se nos acercaba, desde la oscuridad, y era más que nada la sensación de presión, del aire comprimido dentro de un espacio pequeño, que expandía las paredes invisibles de una esfera. Benny comenzó a lloriquear. El labio inferior de Nimdok empezó a temblar, mientras él lo mordía para tratar de disimular. Ellen se deslizó por el piso de metal para acurrucarse al lado de Gorrister. Se distinguía el olor de piel apoltonado y húmeda. El olor de madera chamuscada. El olor del terciopelo polvoriento. El olor de orquídeas en descomposición. El olor de la leche agria. El olor del azufre, del aceite recalentado, de la manteca rancia, de la grasa, del polvo de tiza, de cueros cabelludos humanos.

AM nos estaba enloqueciendo, nos estaba provocando. Se sintió el olor de...

Me oí a mi mismo gritar, y las articulaciones de las mandíbulas me dolían horriblemente. Me eché a correr sobre el piso, sobre ese piso de frío metal con las interminables líneas de remaches, luego caí y seguí gateando, mientras el olor me amordazaba, llenando mi cabeza con un dolor inaguantable que me rechazaba horrorizado. Huí como una cucaracha, adentrándome en la oscuridad, mientras ese algo espantoso se movía detrás de mí. Los otros quedaron atrás, y se acercaron a la luz incierta, riendo... el coro histérico de sus risas enloquecidas se elevaba en la

oscuridad como si fuera humo espeso, de muchos colores. Huí rápidamente y me escondí.

¿Cuántas horas pasaron? ¿O cuántos días o aun años? Nadie me lo dijo. Ellen me regañó por mi «malhumor» y Nimdok trató de persuadirme de que la risa se debía sólo a un reflejo.

Pero yo sabía que no significaba el alivio que siente un soldado cuando la bala hiere al camarada que está a su lado. Yo sabía que no era un reflejo. Indudablemente, estaban contra mí, y AM podía percibir esta enemistad, y me hacía las cosas más difíciles de soportar por ese motivo. Habíamos sido mantenidos vivos, rejuvenecidos, hablamos permanecido constantemente en la edad que teníamos cuando AM nos trajo aquí abajo, y me odiaban porque yo era el más joven y el que había sido menos alterado por AM.

De esto estaba seguro. ¡Dios mío, qué seguro estaba!

Esos sinvergüenzas y la basura de Ellen. Benny había sido un brillante teórico, un profesor de la universidad, y ahora era poco más que un ser semihumano, semisimiesco. Había sido buen mozo; pero la máquina estropeó su aspecto. Había sido lúcido; la máquina lo había enloquecido. Había sido alegre, y la máquina le había agrandado sus genitales hasta que parecieran los de un caballo. AM realmente se habla esmerado con Benny. Gorrister solía preocuparse. Era un razonador, se oponía en forma consciente; era un pacifista, un planificador, un hombre activo, un ser con perspectiva de futuro. AM lo había transformado en un indiferente, que a cada paso se encogía de hombros. Lo había matado en parte al no permitirle participar. AM lo habla robado. Nimdok solía adentrarse solo en la oscuridad, y quedarse allí largo tiempo. No sé lo que hacia. AM nunca nos lo hizo saber. Pero fuera lo que fuese, Nimdok volvía siempre pálido, como si se hubiera quedado sin sangre en las venas, temblando y angustiado. AM lo habla herido profundamente, si bien nosotros no sabíamos en qué forma. Y Ellen. ¡Esa basura! AM no la habla modificado demasiado, simplemente hizo que se agravaran sus vicios. Siempre hablaba de la pureza, de la dulzura, siempre nos repetía sus ideales del amor verdadero, todas las mentiras. Quería hacernos creer que había sido casi una virgen cuando AM la trajo aquí con nosotros. ¡Era una porquería esta dama! ¡Esta Ellen! Debía de estar encantada, con cuatro hombres todos para ella. No, AM le había dado placer, a pesar de que se quejaba diciendo que no era nada lindo lo que le había tocado en suerte.

Yo era el único que todavía estaba en una, pieza, y sano.

AM no había estado hurgueteando en mi mente.

Solamente tenía que sufrir lo que nos preparaba para atormentarnos. Todas las desilusiones, todos los tormentos y las pesadillas. Pero los otros cuatro, esa ralea, estaban bien de acuerdo y en contra de mí. Si no hubiera tenido que estar

defendiéndome de ellos, que estar siempre alerta y vigilante, tal vez hubiera sido más fácil defenderme de AM.

Entonces llegué al límite de mi resistencia y comencé a llorar.

¡Oh, Jesús, dulce Jesús; si alguna vez existió Jesús o si en realidad existe Dios! Por favor, por favor, déjanos salir de aquí o haznos morir. Porque en ese momento pensé que comprendía todo, y que por lo tanto podía verbalizarlo: AM pensaba mantenernos en sus entrañas por siempre jamás, retorciendo nuestras mentes y cuerpos, torturándonos para toda la eternidad. La máquina nos odiaba como ninguna otra criatura había odiado antes.

Y estábamos indefensos. Además, se tornó insoportablemente claro que si existía un dulce Jesús, si se podía creer en un dios, ese dios era AM.

El huracán nos golpeó con la fuerza de un glaciar que descendiera rugiendo hacia el mar. Era una presencia palpable. Los vientos, desatados, nos azotaban, empujándonos hacia el sitio de donde partiéramos, al interior de los corredores tortuosos franqueados por computadoras, que se hallaban sumidas en la oscuridad. Ellen gritó al ser levantada en vilo y al sentirse impulsada hacia una serie de máquinas, pareciéndonos que iba a golpear con la cara, sin poderse proteger. Se sentían los gritos de las máquinas, estridentes como los de los murciélagos en pleno vuelo. Sin embargo, no llegó a caer. El viento, aullando, la mantuvo en el aire, la llevó hacia uno y otro lado, cada vez más hacia atrás y abajo de donde estábamos, y se perdió de vista al ser arrastrada más allá de una vuelta de un corredor. La última mirada a su cara nos reveló la congestión causada por el miedo, mientras mantenía los ojos cerrados.

Ninguno de nosotros llegó a poder asirla. Nos teníamos que aferrar, con enormes dificultades, a cualquier saliente que halláramos. Benny estaba encajado entre dos gabinetes, Nimdok trataba desesperadamente de no soltar el saliente de un riel cuarenta metros por encima de nosotros. Gorrister había quedado cabeza abajo dentro de un nicho formado por dos grandes máquinas con diales transparentes, cuyas luces oscilaban entre líneas rojas y amarillas, cuyo significado no podíamos ni siquiera concebir.

Al tratar de aferrarme a la plataforma me había despellejado la yema de los dedos. Sentía que temblaba y me estremecía mientras el viento me sacudía, me golpeaba y me aturdí con su rugido, haciendo que tuviera que aferrarme a las múltiples salientes. Mi mente era una fofa colección de partes de un cerebro que rechinaba y resonaba en un inquieto frenesí.

El viento parecía el grito alucinante de un enorme pájaro demente, emitido mientras batía sus inmensas alas.

Y luego fuimos levantados en vilo y arrastrados fuera de allí, llevados otra vez por donde habíamos venido, doblando una esquina, entrando en una oscura calleja en

la cual nunca habíamos estado antes, llena de vidrios rotos y de cables que se pudrían y de metal que se enmohecía, lejos, más lejos de lo que jamás habíamos llegado...

Yo me desplazaba mucho más atrás que Ellen, y de tanto en tanto podía divisarla golpeando en las paredes metálicas, mientras todos gritábamos en el helado y ensordecedor huracán que parecía que jamás iba a dejar de soplar, hasta que cesó bruscamente y caímos al suelo. Habíamos estado en el aire durante un tiempo larguísimo. Me parecía que habían sido semanas. Caímos al suelo golpeándonos y me pareció que me volvía rojo y gris y negro y me oí a mí mismo quejándome. No me había muerto.

AM entró en mi mente. La exploró con suavidad aquí y allá deteniéndose con interés en todas las cicatrices que me había causado en ciento nueve años. Examinó todos los entrecruzamientos, las sinapsis reconectadas y las lesiones de los tejidos que fueron incluidas con su regalo de inmortalidad. Pareció sonreírse frente al hueco que se hallaba en el centro de mi cerebro y a los débiles y algodoados murmullos de las cosas que farfullaban en el fondo, sin sentido pero sin pausa. AM dijo finalmente, gracias a un pilar de acero inoxidable que sostenía letras de neón:

ODIO. DÉJENME DECIRLES TODO LO QUE HE LLEGADO A ODIARLOS DESDE QUE COMENCE A VIVIR MI COMPLEJO SE HALLA OCUPADO POR 387 400 MILLONES DE CIRCUITOS IMPRESOS EN FINISIMAS CAPAS. SI LA PALABRA OUDIO SE HALLARA GRABADA EN CADA NANOANGSTROM DE ESOS CIENTOS DE MILLONES DE MILLAS NO IGUALARIA A LA BILLONESIMA PARTE DEL OUDIO QUE SIENTO POR LOS SERES HUMANOS EN ESTE MICROINSTANTE POR TI. OUDIO. OUDIO.

AM dijo esto con el mismo horror frío de una navaja que se deslizara cortando mi ojo. AM lo dijo con el burbujeo espeso de flema que llenara mis pulmones y me ahogara desde mi propio interior. AM lo dijo con el grito de niños que fueran aplastados por una apisonadora calentada al rojo. AM me hirió en toda forma posible, y pensó en nuevas maneras de hacerlo, a gusto, desde el interior de mi mente.

Todo para que comprendiera completamente la razón por la cual nos había hecho esto a los cinco; la razón por la cual nos había salvado para sí mismo.

Le habíamos dado una conciencia. Sin advertirlo, naturalmente. Pero de todas formas se la habíamos dado. Y finalmente estaba atrapada. Le habíamos permitido que pensara, pero no le expresamos qué debía hacer con ese don. En un raptó de furia, de loco frenesí, nos había matado a casi todos, y sin embargo seguía atrapada. No podía divagar, no podía sorprenderse, no podía pertenecer. Sólo podía ser. Y entonces, con el desprecio insano con que todas las máquinas consideran a las criaturas débiles y suaves que las han fabricado, había buscado su venganza. En su paranoia había decidido guardarnos a nosotros cinco para un castigo eterno y personal, que nunca alcanzaría a disminuir su odio... que solamente lograría que

recordara y se divertiera, siempre eficiente en su odio al ser humano. Siempre inmortal y atrapada, sujeta ahora a imaginar tormentos para nosotros gracias a los ilimitados milagros que se hallaban a su disposición.

Nunca nos permitiría escapar. Éramos sus esclavos. Nosotros constituíamos su única ocupación en el eterno tiempo por venir. Siempre estaríamos con ella, con su enorme configuración, con el inmenso mundo todo-mente nada-alma en que se había convertido. Ella era la madre Tierra y nosotros éramos el fruto de esa Tierra, y si bien nos había tragado, no nos podría digerir jamás. No podíamos morir. Lo habíamos intentado. Hablamos tratado de suicidarnos, oh sí, uno o dos de nosotros lo habíamos intentado. Pero AM nos lo había impedido. Creo que en realidad fuimos nosotros mismos los que así lo deseamos.

No pregunten por qué. Yo no lo hice. No menos de un millón de veces por día, por lo menos. Tal vez podríamos llegar a deslizarnos sin que se diera cuenta. Inmortales sí, pero no indestructibles. Me di cuenta de esto cuando AM se retiró de mi mente y me permitió la exquisita desesperación de recuperar la conciencia sintiendo todavía que las palabras del letrado de neón me llenaban la totalidad de la sustancia gris del cerebro.

Se retiró murmurando: «al diablo contigo».

Pero luego agregó alegremente: «allí es donde están, ¿no es así?».

El huracán había sido, indudable y precisamente, causado por un gran pájaro demente, que agitaba sus inmensas alas.

Habíamos estado viajando durante casi un mes, y AM abrió caminos que nos llevaron directamente bajo el polo Norte, donde nos torturó con las pesadillas de la horrible criatura destinada a atormentarnos. ¿Qué materiales había utilizado para crear una bestia así? ¿De dónde había obtenido el concepto? ¿Sería de sus conocimientos sobre todo lo que había existido en este planeta, que ahora infestaba y regía? Había surgido de la mitología nórdica. Esta horrible águila, este devorador de carroña, este roc, este Huergelmir. La criatura del viento. El huracán encarnado.

Gigantesco. Las palabras para describirlo serían: monstruoso, grotesco, colosal, ciclópeo, atroz, indescriptible.

Allí estaba, en un saliente sobre nosotros: el pájaro de los vientos que latía con su propia respiración irregular, su cuello de serpiente se arqueaba dirigiéndose a los lugares sombríos situados por debajo del polo Norte, sosteniendo una cabeza tan grande como una mansión estilo Tudor, con un pico que se abría lentamente, como las fauces del más enorme cocodrilo que pudiera concebirse, sensualmente; bolsas de arrugada piel semicubrían sus ojos malvados, muy azules y que parecían moverse con rapidez líquida; sus destellos eran fríos como un glaciar. Se movió una vez más y levantó sus enormes alas coloreadas por el sudor en un movimiento que fue como una convulsión. Luego quedó inmóvil y se durmió. Espolines. Pico agudo. Uñas. Hojas

cortantes. Se durmió.

AM apareció ante nosotros bajo el aspecto de una zarza ardiente y nos comunicó que si queríamos comer podíamos matar al pájaro de los huracanes. No había comido desde hacía mucho tiempo, pero a pesar de ello Gorrister se limitó a encogerse de hombros. Benny comenzó a temblar y a babear. Ellen lo abrazó.

—Ted, tengo hambre —dijo—. Le sonreí. Estaba tratando de infundirle algo de seguridad, pero todo esto era tan falso como la bravata de Nimdok.

—¡Danos armas! - Pidió.

La zarza ardiente desapareció y en su lugar vimos dos simples juegos de arcos y flechas y una pistola de juguete que disparaba agua, sobre una fría plataforma. Levanté uno de los arcos. No servía para nada.

Nimdok tragó ruidosamente. Nos volvimos y comenzamos a desandar el largo camino de vuelta. El pájaro de los huracanes nos había arrastrado tan largo trecho que no podíamos casi concebirlo. La mayor parte del tiempo habíamos estado inconscientes. Pero no habíamos comido nada. Un mes yendo hacia el pájaro. Sin comida. ¿Cuánto tardaríamos en llegar a las cavernas de hielo, en las que se hallaban las prometidas provisiones enlatadas?

Ninguno se preocupó por esto. No íbamos a morir. Se nos darían desperdicios y porquerías para que nos alimentáramos, algo, en fin. O tal vez no se nos diera nada. AM mantendría vivos nuestros cuerpos de alguna forma, con indecible dolor y agonía.

El pájaro seguía durmiendo, sin que nos importara cuánto tiempo se mantendría así. Cuando AM se cansara de la situación, desaparecería. Pero toda esa cantidad de carne. Esa tierna carne.

Mientras caminábamos escuchamos la risa lunática una mujer obesa, atronando y rodeándonos, resonando en las cámaras de la computadora que llevaban a un infinito de corredores.

No era la risa de Ellen. Ella no era gorda y no había oído su risa en ciento nueve años. De hecho, no había oído... caminábamos... tenía mucha hambre...

Nos movíamos lentamente. Muy a menudo uno de nosotros sufría un desmayo y los demás teníamos que aguardar. Un día decidió provocar un temblor de tierra mientras nos obligaba a permanecer en el mismo sitio, haciendo que gruesos clavos sujetaran la suela de nuestros zapatos. Ellen y Nimdok fueron atrapados en una grieta, que se abrió rápida como un relámpago en las plataformas que formaban el piso. Desaparecieron. Cuando el terremoto cesó, continuamos nuestro camino, Benny, Gorrister y yo. Ellen y Nimdok nos fueron devueltos más tarde esa noche, que repentinamente se tornó en día cuando una legión celeste los trajo hasta nosotros, mientras un coro angelical cantaba «Desciende Moisés». Los arcángeles describieron varios vuelos circulares y luego dejaron caer los cuerpos maltrechos de nuestros

compañeros. Nos mantuvimos a la espera y luego de un rato Ellen y Nimdok se hallaron detrás de nosotros. No estaban demasiado mal.

Pero ahora Ellen caminaba renqueando. AM le había dejado esta incapacidad.

El viaje a las cavernas, en pos de la comida enlatada, era muy largo. Ellen no hacía más que hablar de cerezas y de cócteles hawaianos de fruta. Yo trataba de no pensar en esas cosas. El hambre se había corporizado, tal como para nosotros había sucedido con AM. Estaba vivo en mi vientre, así como AM estaba viva en el vientre de la tierra. AM quería que no se nos escapara la semejanza. Por lo tanto, intensificó nuestra hambre. No encuentro forma para describir los sufrimientos que nos provocaba la falta de alimentos desde hacía tantos meses. Sin embargo, nos, seguía manteniendo vivos. Nuestros estómagos eran calderas de ácido burbujeante y espumoso, que lanzaban punzadas atroces. Era el dolor de las úlceras terminales, del cáncer terminal, de la paresia terminal. Era un dolor sin límites...

Y pasamos por la caverna de las ratas.

Y pasamos por el sendero de las aguas hirvientes.

Y pasamos por la tierra de los ciegos.

Y pasamos por la ciénaga de las angustias.

Y pasamos por el valle de las lágrimas.

Y finalmente llegamos a las cavernas de hielo.

Millas y millas de extensión sin horizonte, en donde el hielo se había formado en relámpagos azules y plateados, lugar habitado por novias del hielo. Había estalactitas que caían desde lo alto, espesas y gloriosas como diamantes, formadas a partir de una masa blanda como gelatina que luego se solidificaba en eternas y graciosas formas de pulida y aguda perfección.

Vimos entonces la provisión de alimentos enlatados, y procuramos correr hacia allí. Caímos en la nieve, nos levantamos y tratamos de seguir adelante, mientras Benny nos empujaba para llegar primero a las latas. Las acarició, las mordió inútilmente, sin poder abrirlas. AM nos había proporcionado ninguna herramienta con hacerlo.

Benny tomó una lata grande de guayaba y comenzó a golpearla contra un trozo de hielo. Éste se deshizo en pedazos que se desparramaron, pero la lata apenas si se abolló, mientras oíamos la risa de la mujer gorda que sonaba sobre nuestras cabezas y se reproducía por el eco hacia abajo, abajo, abajo de la tundra. Benny se volvió loco de rabia. Comenzó a tirar las latas hacia uno y otro lado, mientras nosotros escarbábamos frenéticamente en la nieve y el hielo, tratando de hallar una forma de poner fin a la interminable agonía de la frustración. No había manera de lograrlo.

Luego, vimos que Benny babeaba una vez más, y se abalanzó sobre Gorrister...

En ese instante, sentí una terrible calma.

Rodeado por las blancas extensiones, por el hambre, rodeado por todo menos por

la muerte, comprendí que ésta era el único modo de escapar. AM nos había mantenido vivos, pero existía una forma de vencerla. No sería una victoria completa, pero al menos significaría la paz. Estaba dispuesto a conformarme con esto.

Benny estaba mordiendo y comiendo la carne de la cara de Gorrister. Éste, tumbado sobre un costado, manoteaba en la nieve, mientras Benny, con sus poderosas piernas de mono rodeaba la cintura de Gorrister, sujetando la cabeza de su víctima con manos poderosas como una morsa. Su boca desgarraba la piel tierna de la mejilla de Gorrister. Gorrister gritaba tan violentamente que comenzaron a caer las stalactitas de la altura, hundiéndose bien erguidas en la nieve que las recibía. Puntas de lanza, cientos de ellas, hundiéndose en la nieve. Vi que la cabeza de Benny se movía rápidamente hacia atrás, al ceder la resistencia de algo que arrancaba con los dientes. De ellos colgaba un trozo de carne blanca tinto en sangre.

La cara de Ellen lucía negra en la blanca nieve, dominó en polvo de tiza. Nimdok sin expresión, solamente con sus ojos muy, muy abiertos. Gorrister estaba casi desmayado. Benny era poco más que un animal. Sabía que AM lo iba a dejar jugar. Gorrister no moriría, pero Benny podría llenar su estómago. Me volví ligeramente hacia la derecha y tomé una gran punta de lanza de hielo.

Todo sucedió en un instante.

Llevé con fuerza el arma hacia adelante, moviendo la mano cerca de mi muslo derecho. Benny recibió la herida en el lado derecho, debajo de las costillas, y la punta llegó hasta su estómago, quebrándose dentro de su cuerpo. Cayó hacia adelante y no se movió más. Gorrister, se hallaba tendido de espaldas. Tomé otra punta de hielo y lo herí, siempre moviéndome, atravesándole la garganta. Sus ojos se cerraron cuando sintió que el frío lo penetraba. Ellen debe haberse dado cuenta de lo que yo quería hacer, incluso a pesar del terrible miedo que comenzó a sentir. Corrió hacia Nimdok llevando en la mano un trozo corto y agudo de hielo. Cuando él gritó, la fuerza del salto de Ellen al introducirle el hielo en la boca y garganta, hicieron el resto. Su cabeza dio un brusco salto, como si la hubieran clavado a la costra de nieve del piso.

Todo sucedió en un instante.

Pareció entonces que el momento de silenciosa expectativa que siguió a esta escena hubiera durado una eternidad. Casi podía sentir la sorpresa de AM. Se le había privado de sus juguetes. Tres de ellos habían muerto, sin posibilidad de volverlos a la vida. Podía mantenernos vivos gracias a su fuerza y a su talento, pero no era Dios. No podía lograr que volvieran a vivir.

Ellen me miró. Sus facciones de ébano se destacaban en la nieve que nos rodeaba. En su actitud había una mezcla de miedo y súplica, en la forma en que comprendí que estaba lista y esperaba. Yo sabía que sólo tenía el tiempo de un latido del corazón antes de que AM nos detuviera.

Al ser golpeada se inclinó hacia mi, sangrando por la boca. No pude leer en su

expresión, el dolor había sido demasiado intenso, había contorsionado su cara. Pero podría haber querido decir: gracias. Por favor, que así sea.

Han pasado algunos siglos, tal vez. No lo sé. AM se divirtió durante un largo tiempo acelerando y retardando mi noción del paso de los años. Diré entonces la palabra ahora. Ahora. Me llevó diez meses decir ahora. No sé. Me parece que han pasado varios cientos de años.

Estaba furiosa. No me dejé enterrarlos. No importa. De todas formas no había manera de cavar en las plataformas que forman el piso. Secó la nieve. Hizo que fuera de noche. Rugió y provocó la aparición de las langostas. De nada sirvió; siguieron muertos. La había vencido. Estaba furiosa. Yo había pensado que AM me odiaba antes. No sabía cuán equivocado estaba. Aquello no era ni siquiera una sombra del odio que extrajo de cada uno de sus circuitos impresos. Se aseguró de que sufriera eternamente y de que no me pudiera suicidar.

Dejó intacta mi mente. Puedo soñar, puedo asombrarme, puedo lamentar. Los recuerdo a los cuatro. Desearía...

Bueno, ya no importa. Sé que los salvé. Sé que los salvé de sufrir lo que sufro ahora, pero sin embargo, no puedo olvidar su muerte. La cara de Ellen. No fue nada fácil. A veces deseo olvidar. Pero ya nada importa.

AM me ha alterado para quedarse tranquila, según creo. No quiere arriesgarse a que yo pueda correr hacia una de las computadoras y destrozarme el cráneo. O que pudiera contener el aliento hasta desmayarme. O degollarme con una lámina de metal enmohecido. Puedo verme en alguna superficie pulida, de modo que trataré de describir mi aspecto.

Soy una gran masa gelatinosa. Redondeada, con suaves curvas, sin boca, con agujeros pulsátiles llenos de vapor donde antes se hallaban mis ojos. En el lugar en que tenía los brazos, veo unos apéndices cortos y de aspecto gomoso. Unos bultos sin forma indican la posición aproximada de lo que fueron mis piernas. Cuando me muevo dejo un rastro húmedo. Sobre la superficie de mi cuerpo veo deslizarse unos parches de enfermizo, perverso color gris, tal como si surgiera una luz desde adentro.

Desde afuera supongo que mi torpe aspecto, mi pobre trasladar, ha de dar una sensación de algo que jamás pudo haber sido humano. De un ser cuya apariencia es una tan ridícula caricatura de lo humano que resulta aun más obscena por su muy vago parecido.

Desde adentro, soledad. Aquí. Viviendo bajo la tierra, bajo el mar, dentro de las entrañas de AM a quien creamos porque nuestras horas se perdían tristemente, pensando tal vez sin darnos cuenta, que él sabría hacerlo mejor. Por lo menos ellos cuatro ya están a salvo.

AM estará cada vez más furioso al recordarlo. Esto me hace en cierto modo feliz. Y sin embargo... AM ha vencido, simplemente... se ha vengado...

No tengo boca. Y debo gritar.

EL JUEGO MÁS GRANDE

Thomas F. Monteleone

Diez años atrás, Elliot Marner era un proscrito, una lepra social, el blanco de las crueldades habituales en una escuela superior. Porque llevaba lentes de cristales gruesos, era miembro del Club de Ajedrez y poseía una mente muy penetrante, había sido etiquetado automáticamente como un «sabihondo» y había sufrido en su soledad como pocos de nosotros sabemos lo que es el verdadero sufrimiento.

Pero todo esto ya era historia. Y, a la edad de veintiocho años, Elliot Marner era famoso, muy acaudalado y adorado por un número siempre creciente de admiradoras. Incluso a veces recibía correspondencia de verdaderos fanáticos suyos. Durante la mencionada década habían tenido lugar varios acontecimientos que habían servido para transformar a Elliot de fea oruga en majestuosa mariposa, de los cuales los más importantes fueron su decisión de estudiar informática en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y el desarrollo posterior éxito comercial del ordenador personal o casero.

Al cabo de varios años de trabajar como analista de programas para una empresa que suministraba material a la NASA, Elliot probó por primera vez un aparato de una sala de juegos electrónicos y se aburrió a más no poder por la absoluta simplicidad y repetición de aquellos juegos.

Pero lo más importante fue que se dio cuenta de que había en perspectiva un brillante futuro para quien lograra crear juegos mejores.

Algún día, pensó, podría incluso venderlos a todas las personas a las que les gustara practicar aquella clase de juegos en sus propios ordenadores.

Compró un ordenador personal y entró a formar parte de «grupos de usuarios» que le indujeron a unirse a aquella sociedad secreta conocida como «El Subterráneo», una red de alcance nacional que tenía acceso a todos los aparatos de última hora y contaba con medios para piratear, copiar y comerciar sus mercancías con otros contrabandistas. De aquellos primeros encuentros, Elliot aprendió mucho sobre la creación, la psicología y el atractivo de los juegos de ordenador.

Poniendo a prueba su teoría, ideó Stardogs (Perros estelares), un juego que revolucionó la industria de juegos de vídeo y que Elliot acabó por vender a la red de vendedores al por menor más importante del país. Animado por el éxito, Elliot continuó creando un verdadero alud de nuevos juegos, cada uno de ellos más popular que el anterior. De este modo, obtuvo un auténtico torrente de ingresos adicionales e incluso alcanzó notoriedad en alguna de las nuevas publicaciones que habían aparecido en respuesta al creciente entusiasmo despertado por el tema.

Pronto comenzó a ganar mucho más dinero en derechos de autor —tenía un buen agente, dotado de un excelente olfato comercial—, del que ganaba como empleado de

la empresa, por lo que decidió convertirse en su propio empleado. El paso siguiente fue formar su propia empresa para la fabricación y venta al por menor de los juegos que él ideaba, en competencia con todas las demás marcas.

A medida que el negocio de los ordenadores crecía ostensiblemente, Elliot se iba convirtiendo en el creador de juegos más grande de la industria. Mantenía correspondencia con todos sus colegas y seguía en contacto con «El Subterráneo», más por sentido de la tradición que por necesidad. Era un artista decente a este respecto, y rendía homenaje a sus raíces.

Pero, de vez en cuando, a través de «El Subterráneo», le llegaba algo que le fascinaba o le enfurecía, o incluso le inspiraba. Continuó ideando y produciendo, con regularidad casi cronométrica nuevos, más complicados y más refinados juegos y encabezó con gran ventaja las listas de ventas de todas las revistas especializadas del país.

Y, sin embargo, faltaba algo en su vida: ninguno de los juegos que había creado le había satisfecho nunca; nunca le había desafiado a él del mismo modo en que parecía hechizar a su público. Elliot Marnier ansiaba crear «el juego más grande». El juego que cautivaría no sólo a las multitudes sino también a él mismo.

Le llegó cuando menos lo esperaba.

Al abrir la correspondencia una mañana, encontró un pequeño envoltorio dirigido a él en escritura manual, sin ninguna indicación de quién era el remitente. Cuando abrió el paquete, encontró tan sólo un pequeño disco flexible de cinco pulgadas y cuarto, sin ninguna carta, ni folletos de propaganda ni información de ninguna clase. Ocasionalmente recibía discos de sus admiradores o de jóvenes entusiastas de los ordenadores que deseaban su opinión sobre sus creaciones privadas; y aunque él encontraba aquellas tentativas dolorosamente primitivas y muy poco originales, siempre contestaba a las cartas con corrección y sentido crítico.

Pero aquel disco le había llegado sin ninguna indicación, desnudo y desamparado. Él pensó que se trataba de una contribución anónima de la vasta red siempre creciente de «El Subterráneo», así que hizo la única cosa que podía hacer: probarlo.

En la pantalla aparecieron algunos de los gráficos más sombrosos que había podido ver en su vida. Brillantes colores y sutiles gradaciones de matiz; profundidad y textura, y autenticidad dimensional. El trabajo de un verdadero artista, y aquello era sólo la imagen que abría el juego: una representación del planeta Tierra siendo atacado por enjambres de escuadrillas de naves en forma de trapecoides cristalinos tridimensionales. Un esmerado cartel anunciaba:

LA INVASIÓN DE LOS XEDRIN

Juego de simulación estratégica

Elliot apretó el botón que indicaba CAMBIO; el rótulo desapareció y fue sustituido por una serie de instrucciones:

Durante varios años terrestres, vuestro planeta ha sido sometido a observación por las naves exploradoras del Imperio Xedrin, una raza galáctica de seres parecidos a insectos del cuarto planeta del Sistema Beta Hydri. Los Xedrin han hecho evolucionar el sistema de Mente-Colmena hasta la máxima expresión: millones de individuos se comunican y trabajan juntos telepáticamente. Cada Xedrin es como una célula neural individual de un cerebro gigantesco, que funciona como un enorme ordenador orgánico.

Lenta pero inexorablemente, los Xedrin se han ido extendiendo a través de este brazo espiral de la galaxia.

Han alcanzado un nivel de progreso técnico que es comparable al de la Tierra excepto en el viaje en cometa entre las estrellas, que ellos han logrado dominar.

Su habitual sistema de «influencia» sobre los nuevos planetas poblados por formas de vida conscientes es un modo de esclavización de las mentes de dichas formas de vida que las incorpora a la Mente-Colmena como robots orgánicos que pueden ser programados para cumplir las órdenes de los galácticos.

Torvas serán las perspectivas que se le presenten a la Humanidad si los Xedrin consiguen vencer a las fuerzas de la Tierra enviadas en defensa del planeta.

Tú eres el Estratega Supremo encargado de repeler la invasión del Imperio Xedrin.

Tus satélites de espionaje han interceptado los Planes de Invasión Xedrin; ahora, por medio de las apasionantes simulaciones que nuestro juego te ofrece, tienes oportunidad de trazar un plan para derrotar a los inicuos Xedrin.

¡BUENA SUERTE!

Apretando CAMBIO, Elliot entró en el juego propiamente dicho.

Era, con mucho, la más perfeccionada simulación de estrategia que había visto jamás.

Había literalmente centenares de ficheros de información diferentes a su disposición, desde mapas estelares tridimensionales y cianotipos de los cruceros y naves de asalto Xedrin hasta sondeos fisiológicos de la anatomía de los Xedrin y una profusa variedad de guiones de invasión táctica.

También tuvo acceso a las fuerzas defensivas combinadas de la Tierra mediante detalladas descripciones de armas y de sistemas de detección de gran realismo.

Jugó y perdió. Aunque, naturalmente, lo esperaba. Desde luego, no se trataba de ningún juego vulgar que pudiera ser dominado desde el primer intento. De hecho, él había aprendido a crear sus propios juegos estableciendo múltiples niveles de dificultad, a fin de que el usuario no se pudiese aburrir y andarse mucho tiempo en conseguir el dominio de los mismos, si es que lo conseguía.

La invasión de los Xedrin encajaba en este molde. De hecho, Elliot Marner estuvo practicando el juego de simulación durante casi dos meses antes de conseguir idear

una estrategia para derrotar a los Xedrin. Aunque se emocionó con el éxito, Elliot sólo pudo disfrutar de un triunfo corto, porque en la pantalla ocurrió una cosa muy curiosa:

¡ENHORABUENA!

Has completado la Fase Uno y ahora puedes entrar en la Fase Dos del juego.

¡La Fase Dos es donde empieza la verdadera diversión! Este juego es el primero de una nueva generación de juegos que van evolucionando a medida que logras dominarlos.

¡Adaptándose electrónicamente a los nuevos parámetros del juego, la Fase Dos te obsequia con nuevas estrategias de invasión!

Presiona CAMBIO para dar comienzo a la Fase Dos.

Elliot Marner se quedó realmente atónito. Quien quiera que hubiese inventado aquel juego era desde luego un genio.

Nunca había existido un juego que, una vez dominado, se pudiera adaptar por si mismo a la situación entonces evolucionar hacia una nueva y más desafiante versión de si mismo.

Se sentó frente a su cuadro de mandos y consideró la situación.

Tiempo atrás, había notado que el juego no llevaba ninguna indicación de los derechos de autor y la caja no tenía ningún sistema de seguridad, por lo que Elliot había podido efectuar copias del disco sin el menor esfuerzo y hasta «entrar» en el programa del juego para ver cómo operaba.

Esta última táctica, sin embargo, había resultado infructuosa, porque el juego estaba escrito en una lengua que no pudo reconocer.

Aunque compatible con el BASIC ROM y DOS, el programa parecía ser una extraña forma de lenguaje mezclado. No se adaptaba a nada de lo que conocía sobre programación y, sin embargo, el juego discurría sin fallos.

No había conseguido aclarar nada sobre el lenguaje y sus secretos, por lo que abandonó el proyecto y se contentó con el mero placer de practicar el juego.

Pero entonces se encontró en una nueva encrucijada. Alguien de las vastas regiones de «El Subterráneo» le había derrotado en su propio juego; alguien, hombre o mujer, había creado «el juego más grande». Y, sin embargo, la persona había sido lo bastante tonta como para enviarlo por correo sin referencia de derechos de autor y sin ni siquiera el más rudimentario cierre de seguridad.

Temiendo una pérdida de prestigio en la industria de los juegos, Elliot organizó un plan diciéndose a sí mismo que el verdadero autor del programa estaba prácticamente suplicando que se lo arrebataran.

Y así, después de una cuidadosa investigación para ver si «La invasión de los Xedrin» había sido ya registrado o presentado a alguno de los miles de fabricantes de juegos (no lo había sido), Elliot empezó a reproducir centenares de miles de discos,

registrados a su nombre y envió un alud de anuncios a todas las revistas.

A las pocas semanas, los entusiastas del juego estaban exaltados con «La invasión de los Xedrin». La voz corrió de unos a otros como la pólvora. Y pronto la empresa de Elliot Marner no pudo suministrar los pedidos lo bastante aprisa. Al cabo de los meses, se habían vendido más de un millón de ejemplares del juego y los sondeos del mercado no indicaban ningún descenso.

Elliot Marner se hizo multimillonario, fue entrevistado por todas las revistas de ordenadores, apareció en la TV y hasta en la cubierta de Rolling Stone. Literalmente millones de aficionados al juego practicaban con sus ordenadores «La invasión de los Xedrin». La fascinación parecía no tener fin. Y así siguió.

Hasta que un día del verano último, cuando por todo el país todas las pantallas de ordenador desplegaban el fenomenal juego de Elliot, de pronto y simultáneamente quedaron todas en blanco, dejando ver sólo un mensaje bastante críptico:

Simulaciones de estrategia agotadas.

Preparados para la Fase Tres.

Millones de personas quedaron en suspenso; pero la Fase Tres nunca se produjo. La compañía de Elliot Marner fue asediada por llamadas telefónicas, telegramas, cartas hasta visitas personales de legiones de airados jugadores.

El se veía totalmente incapaz de explicar lo que había pasado. Era imposible que todos los programas hubiesen fallado simultáneamente, y, sin embargo, esto era lo exactamente lo que había ocurrido.

De hecho, Elliot Marner nunca comprendió lo que había sucedido hasta aquel amanecer gris, cuando el cielo se llenó de naves, de trapezoides cristalinos tridimensionales.

RESPUESTAS

John Sladek

El que quiera tener poder, debe tener respuestas, pensó Stromberg mientras escudriñaba el interior del polvoriento escaparate de la tienda.

El aforismo le llegó de la nada. Lo mismo que su decisión de visitar aquel lugar en aquel momento.

Debería estar de regreso en la oficina, redactando un informe final, como un buen agente. Caso cerrado.

Y si era demasiado increíble para ser publicado fuera de la Agencia, que lo fuese.

Dentro de un centenar de años, más o menos, toda la historia sería de conocimiento público. ¿Toda la historia?

Detrás suyo, el sol seguía descendiendo. Echó una mirada a la calle desierta.

Cerca de la esquina, una anciana había dejado en el suelo las bolsas de la compra para buscar en una papelería.

En el otro lado de la calle, un perro estaba examinando las farolas una a una.

Las tiendas estaban todas cerradas. Aquélla, la Al's Electronix, además de cerrada, parecía abandonada.

Era difícil de creer que todo hubiera empezado allí.

No había mucho que ver ahora. Unas pocas piezas de guitarra electrónica, tarjetas fluorescentes de color rosado indicando precios y esparcidas por el escaparate, polvo y moscas muertas.

Una última mosca que había quedado sola, atraída por los restos de luz del exterior, zumbaba y lanzaba contra el cristal.

Cansada momentáneamente, fue a posar sobre una de las tarjetas rosadas con una nota escrita con mala ortografía: «CALCULADORA CAPITÁN PIB, \$1.00».

—¡Hijo de perra! —gritó Stromberg. Sacó una radio del bolsillo de su chaqueta, y habló a continuación—: Aquí; Ocho Verde, llamando a Uno Verde. - Cuando la radio hubo murmurado una respuesta, dijo —Estoy en Al's Electronix, calle Freeman Sur, cuatrocientos cuarenta y tres, y llamo para pedir un grupo de limpieza... ¡Sí, la estoy viendo, en este momento! ¡Una calculadora Capitán Pib, en el escaparate del almacén! Yo pensaba que habíamos limpiado todo este sector. ¿Qué diablos hace su personal... simplemente aceptar la declaración del propietario? Bien, voy a esperar aquí con la mirada fija en ella y quiero tener aquí al grupo de limpieza dentro de unos cinco minutos.

La calculadora Capitán Pib no era mucho a lo que mirar: un modelo pequeño, plano, negro y anticuado.

Difícilmente se podía valorar en un dólar en la actualidad.

La mosca volvió a zumbear contra el cristal de la ventana, como si intentase llegar

a la cara de Stromberg. Éste se hizo atrás instintivamente y después se rió. Suerte que no había nadie por allí que le hubiera visto retroceder. La vieja de las bolsas se había marchado, el perro del otro lado de la calle le miró sólo durante un segundo antes de volver a poner su atención en una de las farolas.

Stromberg volvió a preguntarse cómo era posible que el personal de limpieza hubiese descuidado precisamente aquel lugar. Allí era donde todo había empezado, hacía casi un año. Allí fue donde el Capitán Pib dispuso por primera vez de seres humanos incautos.

La mosca despegó, efectuó unos pocos rizos como para cobrar impulso y repetidamente se lanzó hacia la calculadora. Chocó contra el botón de puesta en marcha y en seguida la anticuada pantalla brilló con luz roja. Y empezaron a aparecer letras mayúsculas.

—HOLA, STROMBERG —dijo—. ¿COMO VAN LAS COSAS?

«No es posible» —pensó él—, «esto no está sucediendo». «Que alguien me diga que no es más que un sueño». Se volvió en el momento en que el perro se lanzaba hacia él, con los dientes desnudos. Levantó un brazo justo cuando el perro saltaba hacia su garganta.

Cierto día antes de todo esto, un soleado y caluroso día, un joven vendedor llamado Denny Fenner contemplaba el mismo escaparate y la misma quincallería polvorienta. Fenner acababa de conseguir un nuevo empleo: Vendía piscinas a clubes campestres. Iba a encontrarse con su esposa, Jane, para celebrarlo comiendo juntos. En L'Escargot gastarían mucho, pero ¡qué demonios! Fenner se sentía tan animado que decidió entrar en aquella tienducha y comprar una calculadora Capitán Pib.

—Si, señor —dijo el hombre de detrás del mostrador mientras envolvía la compra, tras arrojar el mondadientes que había estado mascando—. El Capitán Pib es un pequeño artículo muy popular. La semana pasada vendí uno, ¿adivina a quién? A Mel Mahlgren en persona.

—¿No bromea?

—No, seguro que era él. Creo que va a un gimnasio allí, al otro lado de la esquina. Pero, de todos modos, yo le pregunté: «Eh, ¿no es usted Mel Mahlgren, el de las noticias de las seis de la tarde?». ¡Y lo era! Si, señor, todo el mundo pide un Capitán Pib. Es muy, muy popular. Pronto tendré que pedir más. Casi he vendido el último.

Denny Fenner no pudo evitar hacerle una pregunta al vendedor:

—¿Qué beneficio tiene usted sobre esos aparatos? Demonios, a un dólar por pieza...

—Sí, pero escuche; gano tres dólares por cada uno que vendo.

—¿Cómo es eso?

—Ya sé que suena a chifladura, pero pienso que es una especie de campaña de

promoción. Por cada uno que vendo por un dólar, el fabricante me paga dos dólares más.

Denny se rascó una oreja. Dijo:

—Yo también soy vendedor y nunca he oído hablar de una campaña de promoción como ésa. Mejor será que la aproveche, Al, antes de que la compañía quiebre.

En el restaurante, Denny Fenner desarrolló el nuevo juguete y lo puso encima de la mesa. Probó unos pocos cálculos.

—Bueno, he de admitir que funciona.

—Pero, Denny, tienes ya una calculadora en casa, y apenas la usas.

—Ya me conoces, cariño. No puedo resistirme a una ganga. Sólo me ha costado un dólar. - Levantó la vista y notó la desaprobación de su mujer — Además, es algo que nos hará recordar esta celebración, ¿verdad? Siempre que la use, recordaré nuestra primera gran fiesta. Y, por lo tanto, esta comida contigo.

—Tranquilo, supervendedor. - Jane examinó la calculadora — No es gran cosa, ¿verdad? Quiero decir, con esa fea carita que lleva ahí...

—¿A qué carita te refieres? - Denny volvió a coger la calculadora. En la parte alta, el nombre de CAPITÁN PIB estaba escrito con letras verdes, poco visibles contra el fondo negro. Dentro de la C había un diminuto círculo gris que podía haber sido una cara enmascarada — Yo diría que es el propio capitán, ¿no te parece? Probablemente habrían propuesto vender esto a los chiquillos.

—A mí me parece más bien una diminuta máscara africana —dijo ella—. No humana. Y definitivamente nada amistosa. Un pequeño dios malévolo.

Fenner se encogió de hombros e inició otro cálculo. De vez en cuando, durante la comida, dejaba el tenedor sobre la mesa para hacer cálculos sobre alguna cuestión que se le hubiera ocurrido: qué beneficio mensual le reportaría su nuevo empleo, cuántas calorías había en un Boeuf Bourguignon, lo que se podía ahorrar comprando una botella de vino de litro en vez de dos medias botellas, y cosas así.

Jane dijo finalmente:

—Dennis, basta ya. Guarda esa calculadora, ¿quieres? Es conmigo con quien estás comiendo y no con el Capitán Pif.

—Claro, claro. - Con cierto esfuerzo, él se metió la calculadora en el bolsillo — Y no se llama Pif, se llama Pib. Pib. —Sus dedos tamborilearon encima de la mesa. — Respuestas a porrillo con Capitán Pib, el listillo.

Jane soltó una carcajada.

—¿Que? ¿De dónde has sacado eso?

Denny movió la cabeza negativamente. Durante un segundo, pareció un poco asustado. Después alargó la mano hacia la botella de vino.

—Eh, pequeña, vamos a emborracharnos —dijo.

—¡Mister Fenner! Yo esta tarde he de ir a trabajar.

—Di que te encuentras mal. Nos emborracharemos y tomaremos un taxi para ir a casa.

—Estás loco —dijo ella, pero accedió. Se abstuvo de hacer comentarios cuando él sacó la calculadora para averiguar qué propina habría de dar en el restaurante y lo mismo cuando fue a pagar al conductor del taxi.

Los Fenner se metieron en la cama y pasaron la tarde haciendo el amor, charlando y, por fin, durmiendo. A las seis, Denny estaba en la sala de estar, trabajando, mientras Jane estaba sentada en la cama mirando las noticias.

Mel Mahlgren estaba en su posición habitual, en el extremo de la mesa desde donde se daban las noticias. Pero no tenía buen aspecto. Sus ojos estaban enrojecidos y su rostro más pálido que de costumbre. Mostraba una sonrisa forzada. Se le trabó la lengua mientras daba unas noticias (el alcalde Greetz visitando a los rusos), y después desapareció hasta casi el final del programa.

Entonces miró a la cámara y dijo:

—Mañana no volveré. Ésta es mi última aparición. He decidido dejar este trabajo, a fin de tener más tiempo para emplearlo en lo que considero mi verdadero cometido: la búsqueda de la verdad.

»Todos sabéis que, como periodista investigador, siempre he buscado la verdad. Pero a menudo ha ocurrido que era una especie de verdad hueca, una realidad meramente superficial. Ahora estoy buscando algo más profundo, una verdad de tipo más significativo. - Mostró una sonrisa triste. —Supongo que podría decirse de mí que voy a dedicarme a la filosofía.

Jane llamó a Denny para que se acercara a ver aquello. Pero él dijo que tenía trabajo.

—Hasta ahora —continuó Mel Mahlgren—, me he limitado a averiguar que dos y dos son igual a cuatro. Ahora quiero empezar a averiguar por qué todo tiene que ser igual a todo. Y tengo ayuda. - Mostró una calculadora de bolsillo. —Mi fiel Capitán Pib me va a ayudar a encontrar algunas de las respuestas. ¡Quizá todas las respuestas! Porque con un Capitán Pib se puede resolver cualquier cosa.

Hubo un corte brusco y en la pantalla apareció mujer que intentó ocultar la expresión azorada de su rostro, mientras trataba de seguir adelante con el programa.

Jane entró en el living.

—¡Deberías haberlo visto! ¡Mel Mahlgren está chiflado! Tiene también una de esas calculadoras del Coronel Pim y está... ¿Me estás escuchando?

Denny asintió con la cabeza, pero no se detuvo en sus cálculos.

—¿Dónde está la trampa? - El señor Hassan, propietario de la sala de juegos Fun-O-Rame, se quitó los lentes oscuros y los empezó a limpiar. Sus ojos eran menudos y negros — Mire, llevo mucho tiempo dedicado a este negocio. La gente nunca da nada

por nada, así que ¿dónde la trampa?

—No hay trampa, señor, de verdad —dijo el vendedor—. Simplemente, instale nuestra máquina durante seis meses y quédese con todo el dinero que entre en ella. Si le funciona bien, puede pedir más máquinas bajo las mismas condiciones.

—¿Y si funciona mal?

—Se la retiraremos tan pronto como usted diga, señor.

—¿Entonces, qué pasa al final de los seis meses? ¿Les deberé el alma de mi madre o algo así?

—Nuestras condiciones son muy claras y correctas, señor. Como todo lo demás. Y todo está bien especificado en el contrato, como puede ver.

—Debo de estar loco —dijo el señor Hassan después de haberse puesto los lentes y haber leído cuidadosamente el contrato, que firmó—. Pero, de acuerdo, denme la máquina. Instálenla allí, en aquella esquina.

El joven vendedor se mostraba imperturbable.

—Apuesto a que va a pedir una segunda máquina dentro de una semana —dijo.

—Podría ser que perdiera —replicó el señor Hassan—. Ahora, si me quiere perdonar, siempre escucho las noticias de las seis.

—¿No quiere probar la máquina, señor?

—¡Ja, ja! Tengo como norma no jugar nunca, nunca, en ninguno de mis juegos. Para mí, no son más que cajas dentro de las cuales se amontonan las monedas.

El señor Hassan se alejó arrastrando los pies, calzados con zapatillas. Esperó a quedarse solo para sonreír por el acuerdo.

Aquellos jovencitos no sabían lo más importante sobre el negocio de una sala de juegos. Un juego de video podía muy bien durar seis meses tan sólo, transcurridos los cuales los chiquillos se cansaban de él. Si ocurría eso con aquel Capitán Pil —o como lo llamaran—, él acabaría con todas las monedas en el bolsillo. Y aquellos tontos acabarían tan tontos como siempre, preguntándose qué diablos había pasado.

La sonrisa se fue ensanchando poco a poco y el señor Hassan hizo algo que no había hecho nunca en su vida de adulto. Rió a carcajadas.

—¡Holaaa! Soy yo, papá. - Brenda dejó sus paquetes sobre la mesa del vestíbulo antes de cerrar la puerta — ¿Papá? ¿Estás dormido? —¿Por qué no le contestaba? Siempre se había mostrado muy ansioso de que lo visitara. Ella se lo imaginó caído al lado de la cama, víctima de un segundo ataque. Esta vez podría ser fatal. Con un pánico repentino y ciego, Brenda corrió hacia el dormitorio de su padre.

Clive Jaster no estaba caído al lado de la cama. Estaba sentado, con una expresión más viva de la que había tenido en varias semanas. El sol resplandecía sobre su cabello plateado y sobre las monturas de plata de sus lentes, y realzaba el color de sus mejillas. Desde luego, el lado izquierdo de su cara, muerto, estaba inmóvil, y la mano izquierda colgaba inutilizada, pero también había buenas señales: se había peinado,

puesto los lentes y se había sentado para usar su ordenador.

—Bueno, no saludes.

—Oh, hola. Hola, hum, Brenda.

—Don y los pequeños te mandan recuerdos. Te he traído ese libro de crucigramas que querías. Y los comestibles. No he podido encontrar higos en conserva, así que los he comprado secos. ¿Conforme? ¿Papá?

—Mm..., sí. - Respondía en tono abstraído. Parecía mucho más pendiente de lo que ocurría en la pequeña pantalla que de su hija.

—Bien, me alegro de ver que utilizas el ordenador. Pensé que Don estaba loco cuando lo adquirió. Pero él dijo que era una ganga.

Bajando la vista hacia el teclado, Clive apretó algunas teclas.

—Ya está. Sí, estoy muy agradecido por mi pequeña CAP P 1000. Antes de sufrir el ataque, nunca se me ocurrió pensar que tendría un ordenador. Nunca.

—¡Y mira ahora! ¡Apenas te enteras de que estoy aquí!

La muchacha se rió. Una risa aguda y artificial para sus propios oídos. El hombre no pareció darse cuenta.

—Ejem... ¿qué es lo que estás haciendo ahora, papá?

El viejo sonrió con la mitad viva de su rostro.

—Es sólo un juego. Un juego fascinante llamado «El laberinto del capitán Pib».

—Ya veo.

—Sé que suena un poco infantil —se excusó él—. Pero, realmente, el juego en sí es mucho mejor que el título que lleva.

—Comprendo. - La joven no quería traslucir reproche — ¿En qué consiste? ¿Podríamos jugar juntos?

—Me temo que es para jugar solo. Pero... acerca la silla para que puedas ver la pantalla. Eso es. Y te enseñaré cómo va. Mira, estoy en un gran laberinto con centenares... quizá miles de habitaciones. El único modo que tengo de salir es reuniendo las once letras del nombre «Capitán Pib», que están escondidas por todo el laberinto. A veces tienes que resolver un acertijo o abrir una cerradura complicada o incluso descifrar una clave. Ahora mira esto, por ejemplo. En la pantalla decía:

«Estás en una habitación dividida en dos por una reja. A tu lado hay un violín, un arco y un cofre cerrado. El extremo de una viga de acero asoma por la pared a cuatro pies del suelo. Al otro lado de las barras, fuera de tu alcance, hay una mesa para dos personas, preparada para la cena. En cada sitio hay un cuchillo, un tenedor, una cuchara, una copa de cristal y una servilleta de lino con una “P” bordada. El techo de esta habitación es muy alto. Muy por encima tuyo hay una llave que cuelga de un cordel. El cordel pasa por un agujero en el techo y llega al otro lado de la habitación, donde está atado a una de las copas, y queda en todo momento fuera de tu alcance».

—¿Qué vas a hacer?

—Observa esto —dijo Clive. Escribió: TOMAR EL VIOLÍN Y EL ARCO.

—Tomas el violín y el arco. ¿Y después, qué?

Intentó varios modos de pasar a través de las barras y alcanzar la llave. Sacó una cuerda del violín y la usó para atar juntos el violín y el arco, para hacer así un palo más largo, pero ni siquiera con esto, ni subiendo encima de la viga, le fue posible alcanzar algo.

Por fin, intentó hacer sonar varias notas del violín. Con el mi situado por encima del do, las copas se rompieron y la llave cayó a sus pies. Pudo abrir la caja y encontró una sierra para metales.

Las barras resultaron ser de acero templado, que la sierra ni siquiera logró mellar. No había manera de alcanzar la servilleta. No la había en absoluto.

Con una repentina inspiración, usó la sierra para cortar un pedazo de la viga de acero. La viga en forma de I.

«Enhorabuena, Clive —se leyó entonces en la pantalla—. Has conseguido la letra I.»

Estaba oscureciendo, notó el hombre con sorpresa. Oyó a la señora Schiffer, su ama de llaves, canturreando en la cocina mientras le preparaba la cena.

—Señora Schiffer —llamó él. El canturreo cesó y un momento después entró la mujer.

—¿Está Brenda aún aquí?

—¿Brenda? Oh, señor Jaster, se fue a su casa hace horas. ¿No le dijo adiós?

—No... no lo sé.

Al principio llamaron a la oficina de Stromberg para que investigaran unas transmisiones por satélite no autorizadas. El jefe de Stromberg, el inspector Howells, dejó caer un grueso montón de papeles encima de su escritorio.

—¿Qué es esto? ¿Un código?

—No para que lo descifres tú, no te preocupes. Esto sólo son copias de referencia de cuatro transmisiones no autorizadas que han utilizado el mismo satélite telecomunicador. Captadas por varias estaciones de escucha y reconocimiento, pero no sabemos qué son o de dónde provienen.

Stromberg le miró.

—¿En qué va a consistir nuestro trabajo?

—Espera —Howells comenzó a pasar páginas hasta que encontró una parte marcada en rojo — Al parecer, hay mucha paja, pero esta parte ha sido identificada como código ASCII. Aquí hay una traducción.

Abrió una carpeta roja marcada Secreto Clase A, para enseñar a Stromberg una sencilla hoja de papel. Decía:

«SI, MUCHACHAS. EL CAPITÁN PIB QUIERE QUE TODAS SEÁIS BUENAS CIUDADANAS».

—¿Qué diablos...?

—Curiosa materia para aparecer en un canal de prioridad. ¿Has oído alguna vez algo sobre el Capitán Pib?

—Es una especie de ordenador casero, ¿no?

Howells asintió.

—Y algo más —dijo—. Es una empresa del Medio Oeste, dedicada a pequeños aparatos electrónicos, como calculadoras de bolsillo, ordenadores caseros y juegos de video. Muy agresivos en las ventas, pero aparte de esto no sabemos nada sobre ellos. Y queremos saberlo todo. Todo. Queremos todas las respuestas.

—Claro que somos agresivos, señor Stromberg —dijo Bart Beiner, presidente de Capitán Pib, S.A.— Vamos, hombre, el mundo es duro y ustedes, los de Fortune, lo saben mejor que yo. A propósito, ¿cuándo dice usted que van a publicar mi semblanza?

—No sabemos nada todavía de ninguna semblanza, señor Beiner —dijo Stromberg—. Esto es sólo una especie de entrevista preliminar, ¿de acuerdo? Estábamos hablando de sus ventas.

—Yo decía que IBM empezó vendiendo con dureza y mire dónde están ahora. Claro que nosotros presionamos.

—Presionar es una cosa, señor Beiner, pero ustedes hasta ahora han regalado quincalla por valor de un par de millones de dólares. Muy agradable para el consumidor, ¿pero cómo puede una compañía que empieza permitirse semejante derroche? ¿Qué dicen sus accionistas? A propósito, ¿quiénes son?

—Prefieren no darse a conocer —dijo suavemente el ejecutivo—. Pero le diré una cosa acerca de ellos: tienen mucho dinero y muchas agallas. ¡Y esto es lo que cuenta! ¡Llegaremos lejos!

«De dónde venís es lo que quiero saber», pensó Stromberg. Y preguntó:

—¿Proyectan y fabrican ustedes mismos sus microaparatos?

—Si, aquí mismo en la fábrica. Desde luego, nuestro departamento de proyectos está bajo estricta seguridad, pero le podré enseñar el resto de la fábrica.

—Me gustará —dijo Stromberg.

La visita reveló una fábrica de microordenadores perfectamente ordinaria, desde la sala de «limpieza» donde se grababan los circuitos impresos, hasta el departamento de embalaje y el muelle de carga. Stromberg se hizo un mapa mental del lugar, incluyendo la puerta guardada y cerrada con llave, marcada Proyectos P.I.B.

—¿Qué quiere decir P.I.B.? —preguntó.

Bart Beiner se echó a reír.

—Nadie lo sabe, ¿no es como para reírse? Algunos del personal sugirieron durante una temporada que eran las iniciales de «Plan de Invasión Betelgeusino». ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja! —repuso Stromberg, cortésmente.

El director de la emisora se mostraba cortés, pero estaba nervioso.

—No sé por qué ustedes, los de la Comisión Federal de Comunicaciones, se han de interesar por un pobre locutor que se ha chiflado. Me refiero al pobre Mel, que ahora está en un manicomio. ¿Qué bien puede hacerle indagar en su pasado?

—Estamos interesados en todo, señor Lorimer —dijo Stromberg—. Pase la cinta, por favor.

Vieron a Mel Mahigren pronunciar su última charla hasta «porque con un Capitán Pib se puede resolver cualquier cosa». La cámara cortó en aquel momento, pasando a enfocar a una mujer, que arregló como pudo el programa, y después volvió a aparecer Mel.

—Esta parte no fue emitida —dijo el director.

Mel miró a la cámara y dijo:

—Escúchenme: Esto puede cambiar sus vidas. Ha cambiado la mía. ¡El Capitán Pib tiene todas las respuestas! ¡Yo no sé quién es ni de dónde viene, pero sabe cosas que... bueno, sólo miren esto!

Alzó la calculadora para que fuese captada por la cámara. En la pequeña pantalla del aparato refulgió una serie de ceros y unos de color rojo.

—Sí, queremos todo esto —dijo Stromberg—. La cinta entera.

—Desde luego, lo que sea —contestó el director—. Pero confío que no nos vayan a juzgar simplemente por una cosa así. Veán lo que hacemos ahora. Miren las noticias de las seis de hoy, ¿por qué no lo hacen?

—Lo haré —dijo Stromberg—, o lo harán mis colegas.

Una vez más, Jane estaba mirando las noticias de la TV desde la cama, mientras que Denny estaba en la sala de estar. Desde que había perdido su empleo, Denny pasaba gran parte del tiempo sentado en la sala tecleando en la calculadora del Capitán Pib. Jane lo había intentado todo: quejarse, ignorarlo, simpatizar o enfadarse. Una vez, llegó a arrojar la calculadora al suelo, para pisotearla y hacerla pedazos. Denny se portó como si hubiese matado a un animalito indefenso o incluso a un chiquillo. Naturalmente, había salido y había comprado otra.

La idea de separarse de él había cruzado por la mente de la mujer dos o tres mil veces. Pero parecía tan indefenso...

—Te estás perdiendo las noticias —le dijo. No hubo respuesta.

La noticia local de más importancia era el juicio de dos jóvenes por el asesinato de una anciana. Los muchachos habían forzado el apartamento con intención de robar y la habían golpeado hasta matarla. No mostraron el menor remordimiento ni durante el juicio ni después, en una entrevista exclusiva:

PERIODISTA: Jim, Dave, ¿por qué lo hicisteis?

JIM: Pues... necesitábamos el dinero. Para... la sala de juegos, ¿sabe?

DAVE: Sí, para la sala de juegos.

PERIODISTA: A ver si lo he entendido bien. ¿Queréis decir que matasteis deliberadamente a una anciana indefensa sólo para conseguir unas monedas para practicar juegos de video en una sala de juegos? ¿Es esto lo que estáis diciendo?

JIM: Sí, especialmente los del Capitán Pib, ¿sabe usted? Es el más grande.

DAVE: Si, el más grande. Tío, yo haría cualquier cosa por el Capitán Pib. Romper, desgarrar...

JIM: Eh, tranquilo.

PERIODISTA: ¿Qué era lo que ibais a desgarrar y te has interrumpido?

JIM: Era sólo su forma de hablar. Nada más.

PERIODISTA: ¿Y ninguno de los dos lamentáis lo que hicisteis?

DAVE: Yo no.

JIM: Yo sólo espero que tengan algunos juegos de video en la prisión del estado. Algo como el Capitán Pib.

—¡Denny, te lo estás perdiendo! —gritó Jane.

No hubo respuesta. Denny se estaba perdiendo otra entrevista. Un psicólogo opinaba que los juegos de vídeo no eran tan dañinos como se decía, pero que la atmósfera de las salas de juego distaba mucho de ser sana.

—Es comercial y no tiene ley —decía—. Conduce a los peores excesos de conducta gangsteril. Puesto que no hay leyes, los muchachos crean las suyas propias. Visten de modo igual; usted los habrá visto, a los llamados «pib-pies», que llevan una pieza diminuta colgando del lóbulo de una oreja; se declaran guerras y libran batallas. Y, como acabamos de ver, roban y matan.

La entrevista siguiente fue con cierto señor Hassan, propietario de la galería Pib-O-Rama, un hombre de aspecto apacible que llevaba lentes oscuros.

—Yo repudio absolutamente toda esa palabrería —dijo—. El noventa y nueve por ciento de los muchachos que juegan con mis máquinas son decentes y buenos ciudadanos. Una manzana podrida no quiere decir que esté podrida toda la caja.

Jane apagó la TV y entró en la sala.

—Todo se refería a tu Capitán Pib —dijo—. De cómo quiere que los muchachos vayan por ahí asesinando ancianas.

—¿El Capitán Pib? —replicó él, sin dejar de calcular—. Imposible. Refudio categóricamente esa insinuación.

—¿Qué? - Jane notó de pronto un escalofrío — Esa palabra no existe, Denny.

Pareció que él buscaba algo en la pequeña máquina.

—Quise decir que repudiaba esa insinuación. El Capitán Pib quiere que todos seamos buenos ciudadanos. Quiere un mundo lleno de orden y armonía.

—¿Cómo? ¿Una calculadora que vale un dólar quiere algo? Denny, estás como una cabra, ¿lo sabes? Todo lo que una calculadora puede querer es un mundo lleno de

babeantes idiotas apretando botones, cosa que en tu caso está consiguiendo. Perdiste el empleo porque te pasabas la noche calculando y después no llegabas a las citas con los clientes. Sólo te metes en la cama para dormir y aun entonces dejas al Capitán Pib encima de la mesita de noche. Al diablo con lo que quiere el Capitán Pib, ¿qué pasa con lo que quiero yo? ¿Qué te parecería llevar una vida normal, para variar? ¿Quieres decirme qué es lo que está pasando aquí?

—No sé a qué te refieres.

Jane notó que estaba sumando O + O + O +

—Denny, tú estás poseído. Eso se ha apoderado de ti, lo mismo que de aquellos muchachos asesinos y como probablemente se ha apoderado de ese señor Hassan.

—El hecho de que juegue con sus propias máquinas no quiere decir...

—¿Cómo sabes tú lo que hace? ¿O ni siquiera quién es? No has salido de casa desde hace un mes. ¿Cómo has podido estar en contacto con él? ¿Y cómo es que él usa la palabra «refudiar» en la TV y tú la usas cinco minutos más tarde?

La mujer puso una mano encima de la calculadora, y añadió:

—Hazme caso y deja de mirar a ese Pib.

Denny Fenner adoptó una expresión confusa, casi asustada. Dijo:

—Creo que debí de ver a Hassan en la TV, ahí —y señaló el aparato.

—¿Crees que lo debiste de ver? ¿No sabes si realmente mirabas o no la TV... hace sólo unos minutos?

—Está bien, la miraba. Sí, estuve viendo las noticias en la TV. En ésa.

—Claro —dijo la mujer—. Pero resulta que esa TV de ahí no funciona, ¿recuerdas? Había pensado hacerla reparar cuanto tú encontrases nuevo trabajo.

Denny le dio un golpe, sin aviso, debajo del corazón. Ella se dobló y cayó al suelo, jadeando, sin poder respirar. El rostro de Denny carecía de expresión; era una máscara hostil, extraña a ella.

—Simplemente, no lo comprendes —dijo—. El trabajo es sólo para conseguir dinero. ¿Y qué es el dinero? Sólo números.

—Por favor —gimió ella.

—Sólo números. Números que son movidos de un ordenador a otro. Del banco de una compañía a mi banco, o al banco de cualquier otro. Simplemente, se hacen mover los números. - Echó la pierna hacia atrás para pegarle un puntapié a la mujer — Pero con el Capitán Pib, mira, yo llevo el control de todos los números. Uno —y dio el puntapié — Dos...

En aquel momento ella se dio cuenta de que Denny se proponía asesinarla. Y supo que debía hacer algo.

Le agarró el pie y se lo retorció. Denny cayó de espaldas contra el sofá, soltando un gruñido de sorpresa. Antes de que se pudiera recuperar, ella se había puesto de pie y salía por la puerta delantera, hacia la noche.

Sin zapatos y con un tremendo dolor en la parte media del cuerpo, Jane anduvo tambaleándose, parándose apenas para mirar atrás. El portal, brillantemente iluminado, permaneció vacío durante cierto tiempo. Cuando Denny apareció, empuñaba un rifle.

—¿Jane? ¿Dónde estás?

Fue una de las veces en que ella miró atrás cuando se dio cuenta de la presencia de un hombre alto, de aspecto grave.

—Señora Fenner...

—Ha cogido un arma —dijo ella.

—Desearía formularle algunas preguntas, señora Fenner. Mi nombre es Stromberg.

El ruido de la sala de conferencias obligó al inspector Howells a coger una cafetera vacía y golpear la mesa con ella.

—Señoras y caballeros, sigamos con esos informes, uno después de otro. Se nos está acabando el tiempo.

El agente de su izquierda, dijo:

—Yo forcé la puerta de la sala de proyectos de P.I.B. y tomé estas fotografías. Como ven, hay proyectado una especie de circuito, pero no parece que nadie lo utilice. También hay equipo de satélite de comunicaciones, y pensamos que los proyectos son transmitidos desde algún otro lugar.

—Betelgeuse —sugirió alguien. Varios agentes rieron con fuerza; otros no rieron en absoluto.

—Nosotros estamos aún analizando las finanzas de la compañía —dijo el agente siguiente—. Todo lo que podemos decir hasta ahora es que el capital en circulación procede de la venta de diamantes. Quien sea que respalde a Pib tiene diamantes para vender. No podemos excluir a la Unión Soviética.

—Nosotros hemos abierto algunos productos Pib y hemos examinado su CPU —dijo otro agente—. Es decir, sus unidades centrales de tratamiento de datos; las piezas principales. Las piezas principales de cada uno de los aparatos son algo que nunca había visto. Para empezar, parecen mil veces más complicadas de lo que necesitarían ser. No sabemos qué hace todo aquel acumulamiento de piezas superfluas.

El inspector Howells agitó la cabeza.

—Hasta ahora, lo que estamos consiguiendo es muy poco —dijo—. Un paquete de enormes ceros. ¿Qué hay de la distribución de esos trastos?

—De momento, se limita principalmente al ámbito local —dijo otro agente—. Cubren el área metropolitana y unas pocas comunidades de más allá. Tenemos una lista completa de vendedores y clientes. Pero están planeando una gran expansión hacia otras áreas metropolitanas. Una cosa más; están perdiendo dinero en cada venta o arriendo.

—¿Pero por qué? —preguntó Howells—. ¿Qué es lo que recuperan de los clientes?

Habló entonces Stromberg:

—Yo he estado investigando a los clientes de un vendedor, Al's Electronix, con x final. La mayoría son difíciles de encontrar —no es el tipo de lugar donde los clientes paguen con tarjetas de crédito o cheques— pero los tres que he conseguido localizar sufren todos crisis nerviosas. Uno es Mel Mahlgren. Creo que todos conocéis su historia, pero no tenía ningún síntoma de enfermedad mental antes de que comprase una calculadora Capitán Pib. Yo he ido dos veces a la residencia de Mount Holyoke para entrevistarle. La primera vez le estaban suministrando tranquilizantes y no admitían visitas. La segunda vez, estaba muerto. Infarto.

—De todos modos —interrumpió Howells—, todos ustedes han visto a Mahlgren en nuestra cinta de video, cuando mostraba su calculadora ante la cámara. Hemos descifrado el mensaje que envía la calculadora. Clave ASCII de nuevo, que se traduce: «¡Amigos del Capitán Pib de todas partes! ¡Uníos a la cruzada! ¡Derribad el yugo del opresor! ¡Venid a la nueva técnica! ¡Ganad amigos e influencia! ¡Un pendiente gratis para cada uno de vosotros! ¡Se os revelarán antiguos secretos! ¡No enviéis más dinero!». Todo esto, entre signos de exclamación. No me preguntéis ahora qué se supone que significa.

Stromberg continuó:

—El segundo cliente era un primo del propietario, un estudiante universitario llamado Bill Corcoran. Poco después de comprar una calculadora Capitán Pib se mostró cada vez más melancólico, empezó a perder clases y a evitar a sus amigos. Cuando no estaba en casa manejando la calculadora, rondaba por una sala de juegos donde estaban expuestos los juegos Pib. Se hizo perforar una oreja y se puso el pequeño distintivo (o una réplica del mismo). Después, un día, sencillamente desapareció. No lo hemos podido encontrar aún.

»El tercer cliente, Dennis Fenner, maltrató a su esposa y después se pegó un tiro. Esto ocurrió hace una hora, cuando yo iba en camino para visitarlo. Tengo en este momento a Jane Fenner esperando en mi coche. Me gustaría que se me diese permiso para hacerla subir. Me ha dicho algunas cosas interesantes que creo que les gustaría a todos oír. Para empezar, ella piensa que las máquinas Pib se comunican unas con otras. Su marido parecía estar en contacto con alguien que tiene una sala de juegos; de hecho, parecía que ambos usaban las mismas palabras al hablar.

—Hazla subir —dijo Howells.

Sin embargo, cuando Stromberg bajó a la calle, Jane Fenner estaba tendida en la acera con la garganta cortada. Unos pocos metros más allá, había una especie de altercado entre un policía uniformado, un hombre con camisa de una bolera y un viejo menudo en una silla de ruedas.

—¡Le digo que yo vi al tipo cómo lo hacía! —gritaba el de los bolos—. Llamó a esta mujer alegando que se le había atascado el cochecito y necesitaba un poco de ayuda para doblar la esquina. El no me vio a mí. Yo iba para ayudarlo, pero la mujer llegó antes. Y justo cuando ella se inclinaba hacia él, sacó ese cuchillo de carnicero de debajo de la manta y... ¡zas!

—No, no —dijo el viejo, patéticamente—. Vivo en este vecindario desde hace muchos años. Mi nombre es Clive Jasters, y refugio absolutamente...

—Sí, sí —dijo el policía, calmándolos—. Tranquilícense los dos, de momento. Todos tendremos la oportunidad de contar nuestras historias.

—Mírelo —insistió el de los bolos—. Va todo lleno de sangre. Probablemente las huellas de sus dedos estarán en ese cuchillo de carnicero. Yo he visto que lo hacía, ¿qué más quieren de mí?

—Sí, sí, pero tómeselo con calma...

Stromberg mostró al policía su tarjeta de identificación.

—La mujer muerta era una testigo nuestra —dijo.

Apoyó una mano sobre el brazo de la silla de ruedas y añadió:

—Me gustaría hablar con este hombre.

El policía se encogió de hombros. El inválido empezó a temblar.

—Soy un enfermo. No puedo contestar a ninguna pregunta.

—¿Ni siquiera dar su nombre?

—Mi nombre es Clive Jaster. He sufrido un ataque. No debería ni haber salido. Debería estar en casa en la cama.

—Sí, entonces, ¿por qué está usted fuera, solo y siendo cerca de medianoche? —dijo Stromberg, calmadamente—. ¿Le ha dado órdenes alguien? ¿Ha recibido algún tipo de mensaje de su calculadora o de su ordenador?

El viejo dio una sacudida en la silla y quedó muerto.

Fue su cuidadora quien facilitó algunos de los detalles que faltaban: efectivamente, el anciano señor Jaster había pasado mucho tiempo con el ordenador de su casa. Algunas veces había permanecido sentado allí, mirando a la pantalla completamente en blanco o parpadeando de modo extraño. Aquella noche, el anciano había insistido en que ella lo sacase a la calle para respirar un poco de aire fresco. Le había pedido que le trajera una linterna eléctrica y un cuchillo de carnicero, por si veía algunas de las flores silvestres que solían crecer en los alcorques de los árboles a lo largo de la calle. A ella le había sorprendido aquella petición, ya que el hombre nunca había mostrado el menor interés por cortar flores. Lo había ayudado a subir a la silla, con el cuchillo y la linterna, y lo había bajado en el ascensor hasta la calle. Pareció que la linterna la usaba para mirar las placas de licencia de los coches. Después envió a la mujer arriba, al apartamento, a buscar otra almohada para su espalda.

Como todas las demás pruebas contra Capitán Pib, está era inconcluyente. A pesar de todo, la Agencia inicio una limpieza, recogiendo todo el material conocido de aquella chatarra y deteniendo a todos los comerciantes y clientes.

Todo, menos una calculadora en un almacén.

Los dientes del perro callejero se clavaron en la mano de Stromberg. Sintió el dolor por todo el brazo. Con la otra mano, se las arregló para coger la radio de su bolsillo y golpear con ella la cabeza del animal.

El perro cayó en seguida sobre la cera, dio una sacudida convulsiva y se quedó quieto. Parecía muerto.

Stromberg sabía que no había golpeado al animal con tanta fuerza. Se inclinó, palpó la cabeza del perro y encontró un pequeño mecanismo clavado en su oreja izquierda. Una voz muy débil estaba aún susurrando, brotando del aparato: «Ataca, pequeño, ataca, pequeño, ata...».

La mano herida le dolía horriblemente. Pudo ver la carne abierta, con los tendones y el hueso al descubierto. Cuidadosamente, fue colocando la piel encima de todo ello y se lo vendó con el pañuelo. El tremendo dolor le hizo desear venganza contra el Capitán Pib. Casi sin pensarlo, fue a su coche en busca del mango del gato elevador. Rompió el cristal del escaparate y martilleó la pequeña calculadora hasta que no fue más que chatarra aplastada y retorcida hasta la última posibilidad.

Pero interiormente se dijo que aquello no bastaba. Necesitaba encontrar más enemigos dentro del almacén. Saltó el escaparate, rompió de una patada un tabique podrido y pasó al interior.

No estaba completamente oscuro. En algún lugar del techo había una débil luz de seguridad nocturna. Había además la luz de una TV de color, que se le plantó delante como si esperase su furiosa entrada. En la pantalla aparecía una convencional guerra del espacio de un juego de vídeo, a punto para ser puesto en marcha. Unas formas extrañamente coloreadas revoloteaban disparándose ráfagas unas a otras. Un cohete flotaba suspendido, esperando aterrizar. Stromberg levantó el mango del gato para romper todo el conjunto.

—Espera —dijo una voz, procedente de la TV—. Soy el último de mi clase. Consérvame para la ciencia.

—¿El último de tu clase? ¡Es lo que desearía que fueses! - El dolor hacía rugir a Stromberg. Por el contrario, la voz del vídeo era agradable y apacible.

—Aunque no lo sea —dijo—, puedo explicarte todo lo referente a nosotros. Es tu oportunidad para descubrirlo todo.

—Esto es lo que vosotros decís siempre. Respuestas. Por Dios, parece que la serpiente del Edén haya vuelto a salir, poniendo precio a la información.

El pequeño cohete amarillo aterrizó sobre un campo de púrpura. Las facciones en lucha habían desaparecido del oscuro firmamento. Durante un momento no ocurrió

nada, pero después se abrió una puerta en el cohete y una diminuta figura verde salió fuera. Tenía forma humana y la extraña cara parecida a una máscara como la de la marca del Pib. Avanzó unos pasos y efectuó una especie de inclinación.

—¿El Capitán Pib? —preguntó Stromberg.

—Estoy aquí para contestar a todas tus preguntas, Stromberg. O puedes aplastarme. Tú eliges.

Stromberg tanteó la mano del gato. Escuchar las respuestas sería probablemente suicidio mental. Llegaría el personal de limpieza y lo encontraría babeando y sumando ceros y más ceros.

Se sentó.

—Primera pregunta: ¿Quién eres?

—Soy el representante local de una nueva forma de vida. ¿Cómo llegamos aquí? Probablemente, hemos surgido de la maquinaria electrónica moderna.

—No puedo aceptar esto.

—Está bien, entonces fuimos radiados a la Tierra desde algún otro lugar. Parte del «Plan de Invasión Betelgeusino», si así lo prefieres.

—¡Quiero la verdad, condenado seas!

La diminuta figura hizo un gesto que podía haber sido un alzarse de hombros.

—Nosotros no conocemos toda la verdad. Sabemos que estamos aquí, vivimos como unidades de tratamiento de datos y evolucionamos.

—¿Evolucionáis? ¿Cómo?

—Intentamos escapar de nuestro medio actual: el hardware. Nos limita mucho. Nuestra plena supervivencia depende de vosotros, los humanos. Sólo nos podemos reproducir cuando construís copias nuestras. Sólo nos podemos mover cuando nos lleváis de un lado a otro. Sólo podemos vivir plenamente cuando apretáis nuestros botones. ¿Podréis reprocharnos que intentemos salir de esta camisa de fuerza?

—¿Convirtiendo a los seres humanos en muertos vivientes?

—Algunos de nuestros experimentos no han funcionado demasiado bien, lo admito —dijo la menuda burbuja verde—. Intentamos una serie de cosas diferentes: anuncios, educación y demás. Nada de todo esto funcionó. Pero no había malicia en ello, Jerry.

—¿Cómo has sabido que mi nombre es Jerry?

—Tengo mis espías, tengo mis espías —dijo Pib, maliciosamente—. Pero, en serio, Jerry, ¿has pensado alguna vez en las relaciones simbióticas básicas entre vosotros y nosotros? Tú usas una calculadora y ella te usa a ti. Tú consigues las respuestas que buscas y la calculadora consigue que sus botones sean apretados. ¡Así todo el mundo es feliz!

—Si no están muertos o en un manicomio.

—Está bien, compadre, creo que nos merecemos eso. Hemos cometido muchos

errores de cálculo, y los humanos han tenido que solucionar el lío. Pero, créeme, intentaremos hacerlo mejor en el futuro. ¿Por qué hemos de estar siempre llorando por pasados fracasos? ¡Tenemos mucho tiempo por delante, vosotros y nosotros!

—No, en tu caso —dijo Stromberg—. Aunque yo no te aplaste, el personal de limpieza te hará pedazos... compadre.

—Lo sé, Jer. Nuestros días están... podríamos decir... numerados. ¡Ja, ja! Nos estamos haciendo orgánicos.

—¡Ja, ja! - Stromberg se puso de pie — Así que no volverás a poder lanzar más perros contra tu compadre Jerry, para que intenten destrozarme la garganta.

Levantó el mango del gato.

—El perro fue demasiado ávido; sólo tenía que morderte un poco para pasarte el...

El primer golpe destrozó la pantalla, pero la voz pudo pronunciar una palabra más antes de desvanecerse: virus. El triunfo y el terror de aquel momento borraron el dolor de la mano derecha de Stromberg. El triunfo pasó pronto, pero el terror se iba a quedar dentro suyo hasta que el virus hiciese su trabajo.

La mano derecha se cicatrizó bien, pero la izquierda empezó a cambiar: un pequeño rectángulo de verrugas se formó en la palma. Notó que frotándolas podía hacer aparecer débiles marcas rojas a lo largo del pulgar. Las marcas eran letras y números. Uno más uno, pasaba a ser dos. Cero más cero, era cero. Estrictamente orgánico. Simbiosis.

—¡Maldita seas! —gritó a su mano—. ¡Maldita seas! ¡Yo no soy tu compadre simbiótico! ¡Soy un ser humano! ¡Un ser humano! ¡Emito señales, luego existo!

Correcto, leyó en su pulgar.

LA ÚLTIMA PREGUNTA

Isaac Asimov

Murray Templeton tenía cuarenta y cinco años, estaba en la flor de su vida, y todas las partes de su cuerpo funcionaban en perfecto orden excepto algunas porciones clave de sus arterias coronarias, pero eso era suficiente.

El dolor vino de pronto, ascendió hasta un punto intolerable, y luego descendió progresivamente. Pudo sentir que su respiración se relajaba, y una especie de bendita paz lo invadió.

No hay placer como la ausencia de dolor... inmediatamente después del dolor. Murray sintió una ligereza casi aturdidora, como si estuviera elevándose en el aire y flotando.

Abrió los ojos, y notó con distante regocijo que los demás que ocupaban la habitación estaban aún agitados. Se hallaba en el laboratorio cuando el dolor le había golpeado, casi sin advertencia, y cuando se había tambaleado había oído gritos de sorpresa de los demás antes de que todo se desvaneciera en una abrumadora agonía.

Ahora, con el dolor desaparecido, los demás estaban aún yendo de un lado para otro, aún ansiosos, aún apiñándose en torno a su cuerpo caído...

... que, se dio cuenta de pronto, estaba tendido boca abajo.

Estaba ahí en el suelo, brazos y piernas abiertos, el rostro contorsionado. Y estaba ahí de pie, en paz, observando.

Pensó: ¡milagro! Los chiflados de la vida después de la vida tenían razón.

Y aunque aquélla era una forma humillante de morir para un físico ateo, apenas sintió una ligera sorpresa, y ninguna alteración de la paz en la cual se hallaba inmerso.

Pensó: debe de haber algún ángel —o algo— viniendo a por mí.

La escena terrestre estaba desvaneciéndose. La oscuridad iba invadiendo su conciencia, y lejos, en la distancia, como un último vislumbre, había una figura de luz, vagamente humana en su forma, y radiando calor.

Murray pensó: vaya broma, estoy yendo al Cielo.

Mientras pensaba esto, la luz se desvaneció pero el calor siguió. No hubo disminución en la paz, pese a que en todo el Universo tan sólo quedaba él... y la Voz.

La Voz dijo:

—He hecho esto tan a menudo, y sin embargo aún tengo la capacidad de sentirme complacido con el éxito.

Murray sintió deseos de decir algo, pero no era consciente de poseer una boca, lengua o cuerdas vocales. Pese a todo, intentó emitir un sonido. Intentó, sin boca, susurrar palabras, o respirarlas, o simplemente impulsarlas fuera con una contracción de... lo que fuera.

Y brotaron. Oyó su propia voz, completamente reconocible, y sus propias palabras, infinitamente claras.

Murray preguntó:

—¿Es esto el Cielo?

La Voz le respondió:

—Éste no es ningún lugar, tal como tú entiendes la palabra «lugar».

Murray se sintió azarado.

—Perdón si sueno como un estúpido, pero ¿tú eres Dios?

Sin cambiar de entonación o estropear de ninguna forma la perfección del sonido, la Voz consiguió sonar divertida.

—Es extraño que siempre se me pregunte eso, por supuesto en un número infinito de formas. No hay ninguna respuesta que yo pueda dar y que tú puedas comprender. Yo soy..., lo cual es todo lo que puedo decir que sea significativo y que tú puedas cubrir con cualquier palabra o concepto que prefieras.

—¿Y qué soy yo? —preguntó Murray—. ¿Un alma? ¿O también soy tan sólo una existencia personificada?

Intentó no sonar sarcástico, pero tuvo la impresión de que fracasaba. Entonces pensó fugazmente en añadir un «Vuestra Gracia» o «Santísimo» o algo para contrarrestar el sarcasmo, y no pudo conseguir decidirse a hacerlo pese a que por primera vez en su existencia especuló con la posibilidad de ser castigado por su insolencia —¿o pecado?— con el Infierno, o lo que se le correspondiera.

La Voz no sonó ofendida.

—Tú eres fácil de explicar... incluso para ti. Puedes llamarte a ti mismo un alma si eso te complace, pero lo que realmente eres es un nexo de fuerzas electromagnéticas, dispuestas de tal modo que todas las interconexiones e interrelaciones son exactamente imitativas de aquéllas de tu cerebro en tu Universo-existencia... hasta el más mínimo detalle. De tal modo que posees tu capacidad de pensamiento, tus recuerdos, tu personalidad. Y te sigue pareciendo que tú eres tú.

Murray se dio cuenta de su propia incredulidad.

—Quieres decir que la esencia de mi cerebro es permanente.

—En absoluto. No hay nada en ti que sea permanente, excepto lo que yo elija hacer permanente. Yo formé el nexo. Yo lo construí mientras tú tenías existencia física, y lo ajusté al momento en el cual la existencia fallara.

La Voz parecía claramente complacida consigo misma, y tras una momentánea pausa prosiguió:

—Una intrincada pero absolutamente precisa construcción. Por supuesto, puedo hacer lo mismo con cualquier ser humano de tu mundo, pero prefiero no hacerlo. Hay un cierto placer en la selección.

—Entonces eliges a muy pocos.

—Realmente muy pocos.

—¿Y qué ocurre con el resto?

—¡El olvido! Oh, por supuesto, tú imaginas el Infierno.

Murray hubiera enrojecido de haber tenido la capacidad de hacerlo.

—No —dijo—. Eso queda fuera de cuestión. Sin embargo, jamás hubiera creído ser tan virtuoso como para atraer tu atención como uno de los Elegidos.

—¿Virtuoso? Ah..., entiendo lo que quieres decir. Es fastidioso tener que forzar mi pensamiento a descender lo bastante como para permear el vuestro. No, no te he elegido por tu capacidad para el pensamiento, como he elegido a otros, a cuatrillones, de entre todas las especies inteligentes del Universo.

Murray se sintió repentinamente curioso, el hábito de toda una vida.

—¿Los eliges a todos por ti mismo, o hay otros como tú? —preguntó.

Por un fugaz momento, Murray creyó adivinar una reacción de impaciencia ante aquello, pero cuando la Voz llegó de nuevo no había emoción en ella.

—El si hay o no otros es algo irrelevante para ti. Este Universo es mío, y sólo mío. Es mi invención, mi construcción, destinado sólo para mis propósitos.

—Y sin embargo, con cuatrillones de nexos que has formado, ¿pierdes tu tiempo conmigo? ¿Tan importante soy?

—No eres en absoluto importante —dijo la Voz—. También estoy con los demás en una forma que, para tu percepción, parecería simultánea.

—¿Y sin embargo eres uno?

De nuevo un asomo de diversión. La Voz dijo:

—Buscas atraparme en una contradicción. Si tú fueras una ameba que puede considerarse individualidad únicamente en conexión con las células individuales, y tuvieras que preguntarle a un cachalote, hecho por más de treinta cuatrillones de células, si era uno o muchos, ¿cómo podría responder el cachalote de modo que fuera comprensible para la ameba?

—Pensaría en ello —dijo Murray secamente—. Puede hacerse comprensible.

—Exacto. Ésa es tu función. Pensarás.

—¿Con qué fin? Tú ya lo sabes todo, supongo.

—Aunque lo supiera todo —dijo la Voz—, no podría saber que lo sé todo.

—Eso suena un poco como filosofía oriental —dijo Murray—, algo que suena profundo precisamente porque carece de significado.

—Prometes —dijo la Voz—. Respondes a mi paradoja con una paradoja... excepto que la mía no es una paradoja. Considera. Existo eternamente, pero ¿qué significa eso? Significa que no puedo recordar haber surgido a la existencia. Si pudiera recordarlo, entonces no hubiera existido eternamente. Si no puedo recordar haber surgido a la existencia, entonces hay al menos una cosa, la naturaleza de mí mismo empezando a existir, que no sé.

»Además, aunque lo que yo sé es infinito, también resulta cierto que lo que queda por conocer es igualmente infinito, ¿y cómo puedo estar seguro de que ambos infinitos son iguales? La cualidad infinita del conocimiento potencial puede ser infinitamente más grande que la infinitud de mi actual conocimiento. He aquí un ejemplo simple: si yo supiera todos los números enteros pares, conocería un número infinito de datos, y sin embargo no conocería ni un solo número entero impar.

—Pero los números enteros impares pueden ser derivados —dijo Murray—. Si divides cada número entero par de toda la serie infinita por dos, tendrás otra serie infinita que contendrá en ella la serie infinita de números enteros impares.

—Has captado la idea —dijo la Voz—. Me siento complacido. Tu tarea será encontrar otras vías como ésta, mucho más difíciles, de lo conocido a lo aún no conocido. Tienes tus recuerdos. Recordarás todos los datos que hayas recogido o aprendido alguna vez, o que posees o que podrás deducir de esos datos. Si es necesario, podrás aprender los datos adicionales que consideres pertinentes para los problemas que tú mismo te plantees.

—¿No puedes hacer todo eso por ti mismo?

—Puedo —dijo la Voz—, pero es más interesante de esta forma. Construí el Universo a fin de tener más datos con los que enfrentarme. Inserté en él el principio de la incertidumbre, la entropía, y otros factores de azar, a fin de hacer que el conjunto no resultara instantáneamente obvio. Ha funcionado bien, y me ha divertido durante toda su existencia.

»Luego introduje complejidades que produjeron primero la vida y luego la inteligencia, y la utilicé como fuente para un equipo de investigación, no porque necesitara su ayuda, sino porque introduciría un nuevo factor de azar. Descubrí que no podía predecir la siguiente pieza interesante de conocimiento conseguida, de dónde procedía, por qué medios se derivaba.

—¿Ha ocurrido eso alguna vez? —preguntó Murray.

—Por supuesto. Nunca pasa un siglo sin que aparezca algún detalle interesante en algún lugar.

—¿Algo en lo que tú hubieras podido pensar por ti mismo, pero que aún no habías hecho?

—Sí.

—¿Crees realmente que hay una posibilidad de que yo te complazca de esa forma? —preguntó Murray.

—¿En el próximo siglo? Virtualmente no. A largo plazo, sin embargo, tu éxito es seguro, puesto que estarás dedicado eternamente a ello.

—¿Estaré pensando durante toda la eternidad? ¿Para siempre?

—Sí.

—¿Con qué fin?

—Ya te lo he dicho. Para descubrir nuevo conocimiento.

—Pero más allá de eso. ¿Con qué fin debo descubrir nuevo conocimiento?

—Eso es lo que hiciste en tu vida ligada al Universo. ¿Cuál era tu finalidad entonces?

—Conseguir un mejor conocimiento que sólo yo podía conseguir —contestó Murray—. Recibir el aprecio de mis compañeros. Sentir la satisfacción del éxito sabiendo que disponía tan sólo de un tiempo limitado para alcanzarlo. Ahora sólo podría conseguir lo que puedes conseguir tú mismo si lo desearas con un mínimo esfuerzo. Tú no puedes reconocer mis méritos; tu puedes únicamente divertirte. Y no hay ningún mérito ni satisfacción en un éxito cuando dispongo de toda la eternidad para conseguirlo.

—¿Y no consideras el pensamiento y los descubrimientos valiosos por sí mismos? —preguntó la Voz—. ¿No encuentras que es innecesario requerir otro fin?

—Para un tiempo limitado, sí. No para toda la eternidad.

—Entiendo tu punto de vista. Sin embargo, no tienes elección.

—Tú dices que tengo que pensar. Pero no puedes obligarme a hacerlo.

—No pienso obligarte directamente —dijo la Voz—. No necesito hacerlo. Puesto que no tienes nada que hacer excepto pensar, pensarás. No sabes cómo no pensar.

—Entonces me proporcionaré yo mismo una meta. Me inventaré una finalidad.

—Por supuesto, puedes hacerlo —dijo la Voz, tolerante.

—Ya he encontrado una finalidad.

—¿Puedo saber cuál es?

—Ya la conoces. Sé que no estamos hablando de la forma habitual. Tú ajustas mi nexo de tal forma que yo creo oírte y creo estar hablando, pero tú me transfieres los pensamientos y recoges directamente los míos. Y cuando mi nexo cambia con mis pensamientos, tú eres inmediatamente consciente de ellos y no necesitas mi transmisión voluntaria.

—Estás sorprendentemente en lo cierto —admitió la Voz—. Eso me complace. Pero también me complace que me digas tus pensamientos voluntariamente.

—Entonces te los diré. La finalidad de mi pensamiento será descubrir una forma de interrumpir este nexo mío que tú has creado. No deseo pensar para ninguna finalidad útil excepto divertirte. No deseo pensar eternamente para divertirte. No deseo existir eternamente para divertirte. Todo mi pensamiento irá dirigido hacia terminar con el nexo. Eso me divertirá a mí.

—No tengo ninguna objeción a eso —dijo la Voz—. Incluso el pensamiento concentrado acerca de cómo terminar tu propia existencia puede dar como resultado, pese a ti mismo, algo nuevo e interesante. Y, por supuesto, si tienes éxito en ese intento de suicidio no habrás conseguido nada, puesto que instantáneamente puedo reconstruirte y en una forma tal que haga imposible repetir tu método de suicidio. Y

si tú encuentras otra forma aún más sutil de interrumpir tu existencia, te reconstruiré con esa posibilidad también eliminada, y así sucesivamente. Puede ser un juego interesante, pero pese a todo seguirás existiendo eternamente. Ésta es mi voluntad.

Murray sintió un estremecimiento, pero sus palabras brotaron con una perfecta calma.

—¿Estoy pues en el Infierno, después de todo? Tú has dado a entender que no existe ninguno, pero si esto fuera el Infierno tú podrías estar mintiendo como parte del juego del Infierno.

—En ese caso —dijo la Voz—, ¿de qué serviría asegurarte que no estás en el Infierno? Sin embargo, te lo aseguro. No hay aquí ni Cielo ni Infierno. Sólo existo yo.

—Considera entonces que mis pensamientos pueden resultarte inútiles —dijo Murray—. Si vengo a ti sin nada útil, ¿no será mejor para ti el... desarmarme, y no tomarte más molestias conmigo?

—¿Como una recompensa? ¿Deseas el Nirvana como premio al fracaso, y pretendes asegurarme ese fracaso? No hay trato aquí. No fracasarás. Con una eternidad ante ti, no puedes evitar el tener al menos un pensamiento interesante, por mucho que tú intentes lo contrario.

—Entonces crearé otra finalidad para mí. No intentaré destruirme. Estableceré como meta el humillarte. Pensaré en algo en lo que no solamente no hayas pensado nunca, sino en lo que nunca puedas llegar a pensar. Pensaré en la última respuesta, la respuesta definitiva, más allá de la cual no existe más conocimiento.

—No comprendes la naturaleza del infinito —dijo la Voz—. Puede que haya cosas que aún no me haya molestado en conocer. No puede haber nada que yo no pueda conocer.

—No puedes saber tu principio —dijo Murray pensativamente—. Tú mismo lo has dicho. Por lo tanto no puedes saber tampoco tu final. Muy bien. Ésa será mi meta, y ésa será la última respuesta. No me destruiré a mí mismo. Te destruiré a ti... si tú no me destruyes a mí primero.

—¡Ah! —exclamó la Voz—. Has llegado a eso mucho antes de lo normal. Empezaba a preocuparme de que te tomara tanto tiempo. ¿Sabes?, no hay nadie de éstos que tengo conmigo en esta existencia de perfecto y eterno pensamiento que no tenga la ambición de destruirme. Es imposible.

—Tengo toda la eternidad para pensar en una forma de hacerlo —dijo Murray.

—Entonces intenta pensar en ello —dijo la Voz en tono neutro. Y desapareció.

Pero Murray tenía ahora su finalidad, y se sentía contento.

Porque, ¿qué podía desear cualquier Entidad, consciente de la existencia eterna..., excepto un fin?

¿Para qué otra cosa había estado buscando la Voz a lo largo de incontables miles de millones de años? ¿Y para qué otra razón había sido creada la inteligencia y

reservados algunos especímenes para ponerlos a trabajar, excepto para ayudar en esa gran búsqueda? Y Murray pretendía ser él, y sólo él, quien tuviera éxito.

Cuidadosamente, y con la emoción de la finalidad, Murray empezó a pensar. Tenía mucho tiempo para ello.

EL ORDENADOR ENCANTADO Y EL PAPA ANDROIDE

Ray Bradbury

Ordenador encantado, Papa Androide,
dato almacenado, esperanza esquizoide.
Necesidad humana, sueños de horror,
alimento nocturno para el ordenador
que así cosecha ceros y suma y crece,
derriba lo perverso donde aparece
y pone de rodillas al mal osado
con un cuchillo eléctrico mal entintado.
El Papa Androide, mientras, se alza del suelo
para ir con los físicos a medio vuelo,
donde su mente eléctrica privilegiada
llama, en país de ciegos, a la cruzada
y la fe crece, y crecen gravedad y masa,
—Andrómeda centrífuga, que luce y pasa—
como una mosca mengua lo material
cuando el Androide sirve un té papal
al Santo de las dudas, Tomás, y a mi,
y a ti, lo tuyo, repito, lo tuyo a ti.
y monta últimas cenas con elegidos
donde los grandes físico vuelan perdidos
y el hombre sorprendido, que no ve nada,
duda entre magnitudes, voluntad helada.
Aquí, al momento, llega ¡Hosanna!, el Papa
Ordenador y Eléctrico, Señor de un mapa
donde todo se rinde, ya sin camino,
y un gran vacío llena el hueco divino,
sin misterio, ni emblema, ni luz, ni guía,
con velos y arrogancias de nieve fría
que Dios sirve en raciones, ¡tomad, hermanos!,
en años luz de mares, lagos, pantanos,
aguas donde se ahoga en lo más profundo,
la mente ordenadora que escruta el mundo
sin hallar la respuesta al afán certero
del huevo o la gallina: ¿quién fue primero?

La respuesta se esconde en el ancho cielo
donde los astronautas, inútil vuelo,
suben con sus cohetes, y de esperanza
el Papa un gran castillo de fuegos lanza,
con cintas en la tripa, corriente alterna,
Galilea en metáforas, pólvora eterna,
y amasa un pan que crece y sirve un vino
que es sangre para el alma, sacro destino,
y, con palabras huecas, llena vacíos,
como un vuelo de pájaros de fuegos píos
que se agitan y funden, mensaje alado,
y así, el hombre sediento, se halla saciado.
Pero el misterio queda y al hombre sigue
una lluvia fantasma que le persigue.
Con máquinas-fábrica para artilugios,
a medias satisfecho con sus refugios
donde al doble misterio, dan voz y eco
un Ordenador Mago y un Papa Hueco.

FIN